

El Martinete

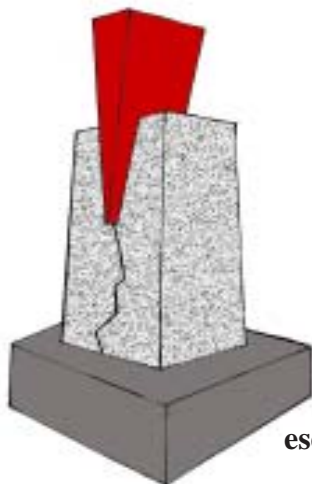
"¡Estudiar, organizar, difundir!" (K. Liebknecht)

NÚMERO 21

SEPTIEMBRE, 2008



MOVIMIENTO ANTI-IMPERIALISTA



**Internacionalista, solidario,
hermano de los pueblos oprimidos, como el martinete:
ese ave migratoria que habita en todos los continentes
y vive y se defiende en colectividad.**

**Proletario, trabajador del hierro revolucionario,
moldeador del metal de la nueva sociedad, como el martinete:
esa herramienta de la fragua que da nueva forma a los hierros.**

**Profundamente obrero, arraigado en las raíces culturales
que se hunden en la tierra de la historia de los pueblos, como el martinete:
ese cante flamenco que se acompaña del golpear del martillo sobre el yunque.**

Así es EL MARTINETE, la voz anti-imperialista del MAI.

SUMARIO

Editorial: LA CRISIS Y SUS VÍCTIMAS	3
ACTUALIDAD DEL MANIFIESTO	8
90 ANIVERSARIO DE LA REVOLUCIÓN DE OCTUBRE	
Breve crónica del acto	16
Ponencia del MAI	20
CONFERENCIA INTERNACIONAL DE MADRID	
Convocatoria del Movimiento Popular Perú	25
Intervención del Movimiento Popular Perú	28
Informe sobre la intervención del MAI	36
ANTE LAS ELECCIONES GENERALES DEL 9 DE MARZO, ¡BOICOT!	39
<u>ÁREA DE DEBATE: Línea General</u>	45
ZAPADOR331: Comentario a «Ante las elecciones generales del 9 de marzo, ¡Boicot!»	45
MAI: Respuesta a un camarada	46
ZAPADOR331: Contestación (1ª parte)	52
RECONSTRUCCIÓN: Carta abierta a los camaradas del MAI. A modo de respuesta a su carta abierta de Julio 07	55
MAI: Respuesta al grupo Reconstrucción. Algunas consideraciones sobre el maoísmo	58
ANTE LA REBELIÓN EN LA CAÑADA REAL GALIANA. UN POLVORÍN SOCIAL QUE NO EXPLOTA...	72
LA III REPÚBLICA SÓLO SERÍA OTRA FORMA DEL ESTADO BURGUÉS	76
SOLIDARIDAD CON LA LUCHA DE LOS ESTUDIANTES REVOLUCIONARIOS DETENIDOS EN MARRUECOS	78
¡ANTE EL COMIENZO DE LA INTERVENCIÓN YANQUI EN PERÚ, APOYAR LA GUERRA POPULAR CONDUCTIDA POR EL PCP!	79
Contraportada: UN FANTASMA RECORRE EUROPA...	80

LA CRISIS Y SUS VÍCTIMAS

Al final, la burbuja inmobiliaria *estalló*. No hubo *aterrizaje suave*. Casi todos los expertos vaticinaban que la fuente de especulación y exorbitantes beneficios en que se había convertido el negocio inmobiliario tenía que cerrarse de algún modo. Pero ninguno auguró un final tan desastroso ni unas consecuencias tan profundas para el sistema financiero y para el sistema económico capitalista en su conjunto. La crisis es tan grave que se compara con la Gran Depresión que siguió al *crash* de 1929. Ya ha comenzado a afectar a la economía *real* con recesión y las filas del paro acantonándose como un nutrido ejército ante las puertas de las oficinas de empleo. Está por ver hasta qué punto la crisis económica se traduce en crisis social, pero los augures del *derrumbe* capitalista deberían estar frotándose las manos. Ésta es, desde luego, una magnífica oportunidad, que no se presentaba desde hace al menos 30 años, para demostrar, sobre la práctica y con hechos, que los mecanismos de la crisis económica ponen en marcha los de la crisis social y, éstos, los de la revolución. Se ha planteado un reto ante quienes mantienen la creencia, arraigada en la tradición de nuestro movimiento, de que las crisis provocarán la caída del régimen capitalista porque en la crisis de superproducción y en sus secuelas sociales se condensan de manera decisiva sus contradicciones, reto que no tienen derecho a escamotear, pues es su responsabilidad ante la clase, después de tantos años de clamar por las *condiciones objetivas* que sirvan de caldo de cultivo en el que fermente la posibilidad de construir el Partido y el frente de masas revolucionario. Apliquen, pues, su plan aprovechando la oportunidad que se les brinda en bandeja de plata: diríjase a las masas de trabajadores afectados por la crisis, que ya son miles, encabecen sus reivindicaciones, de las que cada vez serán más conscientes, y organicen sus luchas, su extensión y su unión; y sobre la unidad de los trabajadores, forjen el Partido y el movimiento revolucionario de la clase obrera. Éste es su plan, ¡pues aplíqueno! Quienes llevamos también muchos años denunciando esta manera de ver las cosas, la falacia históricamente demostrada de esta estrategia espontaneísta y economicista de construcción revolucionaria, quienes creemos que la crisis de superproducción capitalista únicamente exagera el antagonismo entre la burguesía y el proletariado, pero

no lo resuelve, ni ayuda a ello si antes no existe el *factor subjetivo*, el Partido Comunista reconstituido, quienes pensamos que el Partido es condición del movimiento revolucionario de masas y no al revés, nos hemos sentado en primera fila para disfrutar del espectáculo de ver cómo sacan ahora la pelota que está en su tejado. Pero lo que pasará ante nuestros ojos será la marcha fúnebre de unos cuantos cadáveres políticos.

Ciertamente, el primero de estos cadáveres es el del neoliberalismo como política económica, el mito del mercado como generador de riqueza, igualdad y racionalidad, que ya está *corpore in sepulto*. La intervención de la Administración Bush en la economía norteamericana a través del rescate y la nacionalización de empresas con recursos públicos, que en la primera semana alcanzaba un monto equivalente a todo el PIB de España, el convencimiento que recorre todos los despachos de instituciones financieras y gobiernos sobre la necesidad de un mayor control y regulación de los mercados, y la conversión en masa de los ultraliberales de toda la vida al intervencionismo estatal son las estrofas de la oración de extremaunción que ha recibido aquel cadáver, al que acompañarán en breve algunas víctimas colaterales, como el moderno concepto de *globalización*, al menos en algunas de sus acepciones más extremas. Las normativas de regulación que ya se están cocinando en ministerios nacionales y en sedes intergubernamentales se encargarán de ello. No será un llamamiento al proteccionismo, pero sí a que las fronteras físicas impongan mayores límites al movimiento del capital. Lo cual nos da pie para situar a la otra de las principales víctimas colaterales de la muerte por indigestión del neoliberalismo doctrinario, el mito de la caducidad del Estado-nación. La socialización de la producción capitalista que la era de los monopolios extiende a escala planetaria exacerbará también la contradicción entre economía global y Estado nacional después de esta crisis, a través de un resurgimiento del capitalismo monopolista de Estado y del capitalismo burocrático, porque, en adelante, las diversas burguesías nacionales se cuidarán mucho más de que los costes económicos, sociales y políticos de los ciclos de expansión no recaigan indiscriminadamente sobre todos por igual, principalmente si no todos han disfrutado por igual de sus beneficios.

Naturalmente, todo esto no significa que tras la crisis vayan a sucederse cambios estructurales en el capitalismo, ni que el capital financiero deje de jugar el papel hegemónico y preponderante que disfruta ahora, ni mucho menos que las movilizaciones sociales pongan en cuestión el sistema más de lo que lo están haciendo los críticos reformistas burgueses del actual modelo de acumulación. Las crisis sirven para reajustar la estructura productiva, para redistribuir la riqueza entre los capitalistas y acelerar el proceso de acumulación y concentración del capital y para redefinir la correlación de fuerzas y las relaciones de poder entre las distintas fracciones de las clases dominantes, tanto en el plano nacional como en el internacional. Las movilizaciones de masas que tanto imploran nuestros comunistas sindicalistas no serán, en sus manos –si es que alguna vez consiguen movilizar a alguien o encabezar algo–, más que instrumento de la aristocracia obrera en su afán por conservar o mejorar sus posiciones en el sistema de dominación del capital. A este único interés de clase corresponde objetivamente su estrategia política de movilización de las masas obreras.

En definitiva, mucho nos tememos que entre las víctimas de la presente crisis no se encontrará el capitalismo, y que, una vez más, al capitalismo le sucederá el capitalismo. Pero no seamos agoreros ni adelantemos acontecimientos, que nuestros comunistas de pacotilla deben estar ya iniciando sus preparativos para encabezar la resistencia de las masas contra el capital y transformar la crisis económica en crisis social... ¿O no?

En el ala derechista del actual movimiento comunista del Estado español, los esfuerzos por orquestar un proyecto político *revolucionario* gravitan, ahora mismo, en torno a dos polos principalmente. Uno es el Partido Comunista de los Pueblos de España (PCPE), partido que se considera el núcleo de la verdadera futura organización de vanguardia del proletariado, y que por tanto desdeña toda propuesta de unidad comunista, de cara a la reconstitución del Partido Comunista, procedente de otros destacamentos similares mientras llana y simplemente no impliquen integración política y organizativa. El otro polo es el liderado por el Partido Comunista de España (marxista-leninista) [PCE(m-l)], que aboga por la unidad desde el trato igual entre organizaciones. A este bando se han unido, por el momento, sólo la Unión Proletaria (UP) y el Colectivo Comunista 27 de Septiembre (CC 27-s). Los líderes de este proyecto son conscientes de que la reconstitución del Partido Comunista desde la unidad entre organizaciones depende, en la situación actual, de la aquiescencia del partido más fuerte de ese sector del revisionismo a la izquierda del PCE-IU, el PCPE; sin embargo, del cambio de escenario que hipotéticamente traería consigo la crisis, deberían ampliarse las expectativas que, siempre según la perspectiva de estos señores, les permitieran

dotar de una base social a su proyecto de reconstitución y de construcción política fuera del paraguas del PCPE. Eso cabría esperar, aunque no nos preocupa mucho. Que con su pan se lo coman. Desde luego, de estos señores se puede esperar de todo, menos coherencia política y moral. No hace mucho que el MAI denunció y advirtió sobre la deriva oportunista-electoralista que había iniciado el grupo escindido que se denominaría UP. Corría el año 2005. La UP salió inmediatamente al paso para corregirnos y advertir públicamente que su objetivo no eran las elecciones. Pero lo cierto es que en las dos últimas citas electorales han pedido el voto para el PSOE e IU, y que, a la fecha, bregan sin descanso por organizar una plataforma electoral republicana que se presente cuanto antes a los comicios del capital. Ni siquiera nosotros, conocedores directos de la catadura moral de los jefecillos de este grupo, llegamos a prever una evolución tan acelerada de nuestros renegados, desde el marxismo-leninismo, hacia el electoralismo, el republicanismo y la socialdemocracia. Lo cual es muy significativo, porque dice mucho del grado de antagonismo y de polarización de la lucha de dos líneas que dominan el movimiento comunista en el Estado español, en el que son imposibles o muy difíciles las posiciones intermedias o conciliacionistas.

En cualquier caso, lo importante es que tanto unos –el PCPE– como los otros –PCE(m-l) y cía.– defienden exactamente la misma concepción del Partido (unidad comunista), de la línea de masas (dirigir las luchas inmediatas de los trabajadores y trabajar dentro de los sindicatos reaccionarios para desbancar a las direcciones burocráticas), de las tareas políticas (III República), de las relaciones de clase (hegemonía de una oli-

**LA CRISIS CAPITALISTA
QUE LA PAGUEN LOS RICOS
NI UN PASO ATRÁS
MÁS UNIDAD
MÁS LUCHA**



garquía financiera y terrateniente que ha vendido la soberanía nacional al imperialismo extranjero, mientras que entre las clases oprimidas están, al lado del proletariado y la pequeña burguesía, amplias capas de la burguesía capitalista) y del carácter de la revolución en España (antimonopolista, antioligárquica y “profundamente democrática”). Con este panorama, la identidad de líneas no justifica la diversidad de organizaciones. Pero es su responsabilidad explicar a sus seguidores semejante incoherencia, que no responde a la naturaleza oportunista y revisionista de la política que comparten, sino, seguramente, a los intereses personalistas de sus líderes y sus respectivas clientelas, más pendientes por no perder sus posiciones de privilegio de cara a la rifa de puestos en las listas electorales en una posible futura alianza o unificación política.

Pero, ¿cuál es la postura de todos estos señores ante la crisis? Desde el punto de vista de la revolución, la misma, es decir, ninguna. Al cierre de esta Redacción, ni el PCE(m-l), ni la UP, se habían pronunciado sobre el impacto de los últimos acontecimientos sobre sus expectativas políticas, ni cómo influirán en la marcha de sus planes (el CC 27-s se ha limitado a transcribir y hacer suyos los análisis y las genéricas conclusiones de otros, dudosamente marxistas). Es como si no hubiera ocurrido nada. Es como si el previsible ascenso de las luchas espontáneas de las masas no afectase a una línea política que se basa precisamente en el estado de esta variable social y en las expectativas que genera en cada momento. No en vano, algunos de ellos llevan mucho tiempo hablando de un supuesto “repunte” del movimiento de masas para justificar su política oportunista de acercamiento y unidad a cualquier precio, con el fin, precisamente, de no perder las posibilidades políticas que supuestamente ofrecería tal “repunte”. Ahora, resulta que pasamos de un periodo de bonanza económica, con reducción del paro y aumento de las migajas que el capital se digna conceder a los explotados, a un periodo de crisis abierta, con despegue repentino y vertiginoso de los desempleados, con el cierre de empresas al orden del día y con el capital preparándose para cargar sobre los trabajadores los costos de la crisis (por ejemplo, con la directiva europea de las 65 horas semanales), y los que hablaban de un imaginario “repunte” de las luchas obreras, cuando lo que había era un retroceso notorio de las mismas, quedan paralizados y mudos. Quizá porque el “repunte” ya no se presta a adornar, como palabra dócil e inofensiva, su discurso demagógico, sino que, como realidad cada vez más patente, exige demostrar coherencia política. O peor aún, pues, desde los postulados de los adoradores de la espontaneidad de las masas, cabe esperar que la cosa alcance tal dimensión que la excitación que la crisis puede provocar en la clase obrera sea algo más que un “repunte” (los recientes acontecimientos en Roquetas de Mar son un buen indicativo de lo que



queremos decir). Entonces, el asunto se pondría serio y la práctica política se presentará ante estos *revolucionarios*, por lo que se ve, más complicada que la simple declaración formal de algunos “compromisos ante la clase obrera”, como los *Diez compromisos de los comunistas españoles* que han suscrito recientemente esas tres organizaciones. En el quinto punto de este decálogo, se dice que los firmantes promoverán “la unidad de acción para desarrollar una línea de masas bolchevique”, que por lo visto consiste en trabajar juntos para “ganarnos a las masas, desde el nivel de conciencia en que estén”, consiguiendo “la unidad obrera y popular” a través del trabajo “allá donde estén las masas”, y todo ello también como medio para alcanzar el objetivo “de la unidad comunista”. Pues bien, señores, ya se abrió el telón: ustedes entran en escena.

Mucho nos tememos, sin embargo, que el actual silencio de estos comediantes se debe a que son conscientes de su incapacidad para abordar las tareas que ellos mismos se encomendaron con grandilocuencia en un momento en que ni sus mejores presagios les indicaban que iban a tener que apechugar tan pronto con la responsabilidad de sus palabras. De hecho, el mismo formato de ese documento revela su verdadero carácter. En cuanto a su contenido, se trata más bien de un documento para consumo interno, dirigido a ese sector del movimiento comunista que añora *los buenos tiempos* del PCE y de la URSS, ese sector influido por la tradición eurocomunista que es presa fácil de toda versión radicalizada del discurso revisionista. En cuanto a su estructura, es programática y positiva. Este modo de presentación del mensaje presupone un acuerdo ideológico básico sobre conceptos y símbolos, que se aceptan como incuestionables, y excluye la introducción de todo elemento crítico y de todo análisis discursivo que fundamente la posición política adoptada. De esta manera,



como plataforma política, los *Diez compromisos* no se presentan como escenario de debate o de plataforma de unificación política, ni mucho menos como un referente para la movilización, sino como mandato representativo con el que sus signatarios se presentan ante los supuestos representados (su base social o, incluso más genéricamente, “la clase obrera”) como depositarios y ejecutores del programa. Pero, el vínculo de representación es el típico vínculo burgués de relación política, que separa al representante del representado, asignando a aquél la responsabilidad de la acción y enajenando a éste de toda facultad y protagonismo políticos. Así, con los *Diez compromisos* se prefigura una concepción de la política en la que las masas pasan a un segundo plano y todo el peso recae sobre sus pretendidos representantes, y se preparan las condiciones para la educación política en términos electoralistas de la vanguardia y de las masas y no para su acción política directa. Cosa nada extraña, pues estos señores ya han comenzado el entrenamiento de sus seguidores en el muy noble y burgués deporte del sufragio universal, llamando a votar a los partidos de la burguesía. Será para tenerlos acostumbrados y sus dóciles mentes en forma para cuando decidan presentar ellos su programa electoral republicano.

La crisis y el posible ascenso del movimiento espontáneo de masas desborden, sin duda, esta plataforma que no ofrece salida política por sí misma, sino que está diseñada en función del juego de fuerzas dentro del movimiento republicano y del peso que en él puedan tener en el futuro estos señores, y porque está erigida desde y responde a un “nivel de conciencia” dado del proletariado en una fase de relativa calma de la lucha de clases.

Por lo que se refiere al otro polo revisionista, el PCPE, la cosa empeora aún más, si es que esto es posi-

ble. Tal vez porque este partido sí se ha pronunciado ante la crisis, y esto ha dejado en evidencia su política. En sus disertaciones sobre este problema tampoco encontraremos una propuesta sobre cómo transformar sus consecuencias en algo que favorezca el desarrollo revolucionario del proletariado, como cabría esperar de quienes se dicen “marxistas-leninistas”. Muy al contrario, se propone “estar al frente para que las nuevas situaciones de luchas supongan avances en la estabilización, coordinación y crecimiento del tejido social” (todas las citas son del número correspondiente al mes de septiembre de *Unidad y Lucha*, órgano del PCPE). Como no somos liberales, no queremos interpretar al modo liberal el significado de los conceptos “estabilización” y “crecimiento del tejido social”, conceptos muy del agrado del burgués admirador del desarrollo del tejido social como *sociedad civil*; somos marxistas, y como marxistas esos conceptos nos suenan a paz social y a *río revuelto, ganancia de pescadores*. El PCPE no se centra en la relación crisis-revolución, sino que dedica toda su atención a analizar y explicar las causas de la crisis con el fin de demostrar que todo es producto “de la desregulación neoliberal”. De modo que tenemos a estos *analistas* prontos para plantear la solución alternativa: frente al capitalismo *salvaje*, el capitalismo *de rostro humano*; frente al neoliberalismo, el Estado social y democrático de derecho. Parece broma, pero no lo es, pues el PCPE, en su esmero reformista, hasta ha diseñado su propio *New Deal*. Aunque se afirma que “la crisis es sistémica”, se proponen “algunas medidas que se apartan del pensamiento único neoliberal al uso”, seguramente con la *sana* intención de salvar al sistema de su “crisis sistémica”. El principio general que se propone consiste en aplicar una combinación de “soluciones económicas y energéticas” partiendo de la necesidad de “asumir un endeudamiento público y un déficit presupuestario”. Es decir, la vuelta al keynesianismo, la política económica de la otra gran escuela de economía burguesa. ¿Y en qué se concretaría tan novedoso plan de saneamiento? En olvidarse del AVE, recuperando la vieja y abandonada red de ferrocarriles, electrificándola para “volver a vertebrar las grandes extensiones de este país” (Sí, es verdad, esa “España invertebrada” que preocupaba tanto a Ortega, el primer ideólogo liberal “de este país”, gran admirador, por cierto, de la sociedad civil); en “promover las energías alternativas” y “mejorar las eficiencias energéticas y la reducción del consumo” (Sí, que tampoco falten los idolillos de la iniciativa empresarial: la eficiencia y la reducción de costos de producción); y en mandar al diablo la PAC europea, que sólo beneficia a los latifundistas (como la Duquesa de Alba, esa señora feudal, primer enemigo del pueblo. Ahora comprendemos por qué hay que hacer una *revolución* republicana antioligárquica) y favorecer a los “pequeños agricultores y ganaderos” (¿para que se conviertan en efi-

cientes capitalistas?). En resumen: “Para mantener una salida razonable que evite el abismo al que estamos abocados, hay que decrecer hasta igualar nuestro consumo con nuestras posibilidades de producción de la economía real y dejar de incrementar nuestro insostenible déficit comercial y deuda privada”, etc., etc., etc. Evidentemente, con tanto aleccionador emplaste reformista, lo que parece más bien es que estos señores lo que desean conjurar es el abismo por el que se precipita el capitalismo, el abismo de la revolución. La mortaja del revisionismo ya está preparada. Su incapacidad teórica y política lo convierte en la segunda víctima de esta crisis.

Si la crisis se ha llevado por delante el proyecto *comunista* del revisionismo español, por su impotencia para aplicar en la práctica su propia concepción teórica de la construcción del movimiento revolucionario y porque ha puesto en evidencia el verdadero papel de cortafuegos que juega en la lucha de clases, lo mismo ha ocurrido con su proyecto republicano. Éste ha sido la tercera víctima de la crisis. Ni el silencio y la prudencia ante ésta de unos, ni la iniciativa reformista de los otros pueden ya disimular la bancarrota del revisionismo. Y ha sido el propio capital quien le ha dado la puntilla final, porque el programa republicano se derrumbó en el mismísimo instante en que el jefe de los patronos, el señor Gerardo Díaz Ferrán, presidente de la CEOE, pidió “un paréntesis en la economía libre de mercado”. Porque esta declaración supone el reconocimiento de que no existen fronteras dentro del capitalismo, de que no hay distintos capitalismos o formas diferentes de economía capitalista, que no hay un capitalismo *salvaje* o neoliberal al que se puede confrontar otro capitalismo,



más *social* o *justo*, etc. El capitalismo es uno e indivisible y tiene siempre un único y universal objetivo, acumular plusvalía a través de la explotación del trabajo asalariado. Los distintos modos de gestión de esta voracidad de valor-trabajo, las distintas políticas económicas sólo son el reflejo o el resultado de la lucha de clases y de la correlación de fuerzas entre las distintas fracciones de la clase capitalista. Esta verdad, que el revisionismo ha tratado de ocultar durante décadas, difumina toda diferencia política entre mercado y Estado, entre liberalismo y socialdemocracia, entre neoliberalismo y empresa pública, entre monarquía y república. Esa verdad derriba todo programa político que pretenda representar los intereses de la clase obrera postulándose como alternativa al actual sistema desde una política de reforma económica basada en el intervencionismo público, la nacionalización de las grandes empresas y bancos y desde la promoción económica estatal, respetando en lo fundamental las relaciones de producción y distribución del modo de producción capitalista. Y este programa económico es, precisamente, el que forma la columna vertebral del proyecto de III República de nuestros actuales revisionistas. La crisis ha mostrado la realidad de la relación entre economía y política en el capitalismo; ha mostrado el margen de maniobra de que dispone éste y la verdadera esencia de clase de los proyectos reformistas del Estado, todos incluidos dentro de ese margen y diseñados en función de la adaptación del capitalismo a las nuevas situaciones.

De la misma manera que el señor Díaz Ferrán, ayer modélico ultraliberal, se ha convertido hoy al intervencionismo económico, mañana pasará de monárquico a republicano, si así lo exigieran las circunstancias; incluso, pasado mañana, si lo requiriese la conservación de su posición de clase, aprenderá euskera y lo hablará más allá de sus círculos íntimos.

mai@nodo50.org



Actualidad del *Manifiesto**

“Si uno niega, como a mi juicio se debe hacer, la validez de las predicciones hechas por Marx en el Manifiesto acerca de la polarización de las clases y de la revolución proletaria, no se niega que Marx fuera un campeón de la causa proletaria; sólo le quita uno al marxismo su optimismo juvenil”.

Martin Nicolaus

Si un burgués nos preguntara por la vigencia del *Manifiesto* de Marx y Engels, responderíamos que se mantiene intacta, pues en él se explican las condiciones históricas de la ruina del sistema de dominación de su clase.

Si fuese, en cambio, un obrero quien nos inquietase en tal sentido, responderíamos de igual manera, pues en ese libro se encuentran trazadas las líneas maestras de la concepción del mundo de su clase.

Pero, si quien nos interrogara al respecto fuera un comunista, entonces, la respuesta sería diferente, pues para los comunistas no son suficientes la noción abstracta del sentido histórico de la evolución social, ni la generalización teórica de la experiencia recogida por la humanidad durante la misma.

Los comunistas también necesitamos Línea política, definir los medios y los instrumentos que hagan efectivo ese devenir de la humanidad hacia el fin que propone el *Manifiesto* (el Comunismo). No basta sólo con el *Qué* y el *Por qué*, también se precisa el *Cómo*.

Un documento abierto a la crítica

El *Manifiesto* es una obra concebida para la revolución, para la acción práctica del proletariado; pero nos impone el requisito de conocer “las condiciones materiales” de esa acción, tanto en el plano objetivo como en el subjetivo. El *Manifiesto* es un primer intento de visualizar esas condiciones y es en este sentido que ha perdido parte de su vigencia.

Hoy, al celebrar este 160 aniversario, podríamos limitarnos a un acto de exaltación de la obra, de sus autores y de lo que han significado para la historia del movimiento obrero. Pero vivimos tiempos convulsos, marcados precisamente por la derrota de ese movimiento, y

sería erróneo no aprovechar este momento para extraer todas las lecciones posibles de esa experiencia revolucionaria recientemente vivida a la luz de la obra que lo inauguró.

De otra forma, a nuestro entender, traicionaríamos el espíritu que sus autores imprimieron al documento, que conmina a recapitular permanentemente sobre nuestras ideas en función de los resultados de la práctica. De hecho, fueron ellos los primeros en aplicar este espíritu a su propia obra, tan pronto como empezó a ser reeditada, a través de sus prólogos. Es conocida la valoración general de Marx y Engels sobre su folleto, décadas después, ratificando la validez de sus principios generales y señalando las limitaciones de su crítica a la literatura socialista, que sólo alcanza hasta 1847, y de la referida a los demás partidos de la oposición, casi todos extintos; pero, más conocida es –gracias a la especial atención que le prestaría posteriormente Lenin– la autocrítica sobre el principio que debe regir las relaciones del proletariado con el poder, realizada a la luz de la experiencia de la Comuna de París, según el cual “el proletariado no puede conformarse con tomar el aparato del Estado, debe destruirlo”.

Por nuestra parte, no insistiremos más en estos aspectos conocidos. Preferiremos continuar indagando sobre la vigencia de otros cuya actualidad se da por su puesta en nuestro movimiento y que no han sido retomados, desatendiendo los consejos aleccionadores de los padres fundadores, bajo el prisma de la experiencia más reciente de la Revolución Proletaria Mundial. En este sentido, es preciso advertir especialmente del peligro de quienes desean aplicar los postulados del *Manifiesto* a la actualidad sin la menor crítica. Esta obra se corresponde con una fase primitiva del desarrollo de la lucha de clases proletaria, clase que todavía estaba en formación. Desde su publicación, el proletariado ha madurado mucho. Proponer una línea política construida sobre esos postulados sería reaccionario y un crimen político. Particularmente grave es la utilización que algunos hacen del último capítulo, dedicado a la definición de la actitud de los comunistas ante el resto de partidos de oposición, en la dirección de propugnar la unidad a toda costa con los sectores desplazados y radicalizados de la burguesía y de la pequeña burguesía, con el fin de conformar un frente único electoral y una alianza que preste la base social necesaria para una reforma repu-

blicana del Estado capitalista, etc. A estos oportunistas les tiene sin cuidado el hecho de que ese capítulo del *Manifiesto* se corresponde con un momento en que el proletariado es débil porque acaba de constituirse en clase económica y no ha conquistado aún su independencia política, con un momento en que, además, no se ha consolidado del todo la revolución burguesa en toda Europa. Hoy, por el contrario, la revolución burguesa está agotada y el proletariado no sólo es una clase independiente, sino que, en términos históricos, está madura como clase revolucionaria. Proponer en estas condiciones la vieja táctica de apoyo subordinado a las fracciones radicalizadas de la burguesía es traición pura y simple.

En este punto, debemos añadir que, a nuestro entender, el *Manifiesto*, como documento escrito en un momento determinado para un fin determinado, es deficiente o está por detrás, en algunas cuestiones –como veremos–, del nivel de definición que ya habían alcanzado Marx y Engels al formular su nueva concepción del mundo. Desde nuestro punto de vista, en el *Manifiesto* se sacrifican principios en aras de su difusión.

A pesar de todo, el *Manifiesto* no ha perdido su frescura. Se trata de un texto cuya lectura puede resultar inspiradora para el comunista que huya de la rigidez conceptual hoy dominante entre los propagandistas de nuestro movimiento y que desee imbuirse de la riqueza intelectual de nuestro pensamiento originario. En muchos sentidos, puede decirse que nunca volvió a exponerse el materialismo histórico con el dinamismo y la mordiente con que aparece en este documento. Su solvencia fue tal que, más bien, todo marxista que se adentraba en el tratamiento de algún problema concreto daba por supuesto el conocimiento de las premisas teóricas desde las que iba a abordarlo, que el *Manifiesto* habían convertido en patrimonio común de la vanguardia. Su permanente presencia en el imaginario de ésta durante siglo y medio explican sus innumerables reediciones, que han permitido disimular su por otra parte evidente envejecimiento; aunque este hecho no puede ocultar que su enorme difusión también ha sido debida a que en él se encuentran ya las bases del paradigma revolucionario que irá tomando forma a lo largo de las siguientes décadas, paradigma cuyos postulados remiten permanentemente a él.

Un documento controvertido

Por otra parte, y en sorprendente contraste, es preciso señalar también que el *Manifiesto* recoge elementos que encierran concepciones que van por delante incluso de nuestra época, que todavía, más de siglo y medio después, no ha asimilado el marxismo *realmente existente* en la mayoría de las muy dispares versiones políticas en que se ha extendido o difuminado. Por ejemplo, Marx y Engels dejan sentado que, aunque la bur-

guesía fue una clase revolucionaria, ya no lo es: ha pasado a ser conservadora, reaccionaria. Sin embargo, no dejan de reconocer algo que parece paradójico: que, para sobrevivir, la burguesía necesita “revolucionar incesantemente los instrumentos de producción y, por consiguiente, las relaciones de producción, y con ello todas las relaciones sociales”. Esto ha sido confirmado por la historia, que ha presenciado varias revoluciones tecnológicas que han contribuido a transformar la industria y, con ella, los modos de vida y los usos culturales de la sociedad capitalista. La permanente revolucionarización de la industria –primero, sobre la máquina de vapor y el telar mecánico, después sobre la siderurgia, luego sobre la química, hasta las últimas innovaciones en electrónica, telecomunicaciones y nanotecnología–, ya sirvió a Schumpeter para formular tempranamente la teoría de los ciclos económicos del capitalismo en función del efecto acumulativo de la aplicación de las nuevas tecnologías a la industria y los periódicos *takeoffs* que en ella producía. Sin embargo, aquí la palabra *revolución* no significa salto cualitativo en el desarrollo social, sino evolución cuantitativa sobre la base del mismo modo de producción. Lo que no quita que haya que reconocer la capacidad del capitalismo para reinventarse a sí mismo tras sus sucesivas crisis.

Por otro lado, también es preciso advertir del peligro que entraña, para una comprensión cabal del materialismo histórico, la proyección mecánica, inmediata y directa de los cambios en la base técnica de los medios de producción hacia las relaciones sociales vigentes y hacia la superestructura, método que Marx y Engels aplican en esta temprana obra, pero que, en realidad, es una versión simplificada del verdadero complejo de interrelaciones estructurales de la sociedad, complejidad que los autores se encargarán de resaltar permanentemente a lo largo de su carrera. De hecho, será como reacción ante la interpretación excesivamente mecanicista y determinista del materialismo histórico por parte de algunos de sus seguidores que Marx diría que él no era marxista.

Pero lo que aquí queremos subrayar es que la tesis de la permanente revolucionarización de los medios de producción por parte de la burguesía, a pesar de que ha sido expresada de modo excesivamente determinista, dejando demasiado margen a una interpretación tecnológica del cambio social, refuta *a priori* el error común de considerar a la burguesía como una clase inmovilista, error que condujo a pensar que podría ser derrotada fácilmente con la *emulación pacífica*, con la demostración desde la competencia en el campo económico de la superioridad tecnológica y de producción de bienestar del socialismo (idea que conforma la base de todo el revisionismo de Jruschov, pero que ya estaba implícita en la carrera por la producción de los planes quinquenales de Stalin).

Naturalmente, bajo esta idea subyacía la tecnocrática y mecanicista *teoría de las fuerzas productivas*, que considera que la esencia del socialismo es abolir las relaciones sociales capitalistas con el fin de que se desplieguen plenamente las fuerzas productivas que hay en su seno, hasta la avenida del Comunismo, entendido como sociedad de la abundancia (tesis igualmente cara a Jruschov y que también heredó del estalinismo, quien, a su vez, lo recogió de la doctrina de la II Internacional). Esta idea, que, como hemos visto, también está en el *Manifiesto* y en el trasfondo de toda la doctrina de Marx, es efecto natural de la visión simplista, con resabios utopistas, propia de una época de escaso desarrollo de la lucha de clases del proletariado, como es la que rodea a la publicación del *Manifiesto*.

Sin embargo, las limitaciones de algunas tesis de ese documento, propias del periodo infantil o de formación de la concepción del mundo proletaria, cotejadas con el conjunto de la obra y del pensamiento de sus autores, permiten su superación o, al menos, hallar los elementos que ayuden a rebasar esos límites. Así, contemplando esta cuestión en coherencia con esa obra, podemos sostener que ya en Marx y Engels el cometido del poder proletario no es competir con el capital en el terreno del desarrollo de los “instrumentos de producción”, porque esto supone la reducción tecnicista del concepto de fuerzas productivas al de medios de producción. La pulsión de la burguesía por la innovación tecnológica no debe ser compartida por el proletariado; pretender competir en este terreno supone, como supuso, aceptar una batalla en terreno ajeno y anticipar la derrota o limitar la revolución proletaria a los términos de la revolución burguesa. En este sentido y desde la perspectiva privilegiada actual, que nos permite contemplar los resultados del primer gran ciclo de las revoluciones proletarias, podemos levantar acta y certificar sin temor que, probablemente debido a estos errores en la definición de los verdaderos objetivos y medios de la revolución proletaria, la consecuencia efectiva de todo el último periplo histórico de la clase obrera ha consistido, únicamente, en coadyuvar al advenimiento y consolidación de las revoluciones burguesas en aquellos países en que alcanzó el poder, principalmente los antiguos territorios de la URSS y China. Lo cual no significa, naturalmente, que estemos de acuerdo con los reproches que los mencheviques dirigían a los bolcheviques en el sentido de que era inútil, en la Rusia de 1917, perseguir la revolución socialista antes de que la revolución burguesa se consolidara y cumpliera su papel en el desarrollo de las fuerzas productivas, y de que todo intento de saltarse esta fase de la historia no impediría que, a la larga, ésta terminase prevaleciendo y cobrándose su venganza. En apariencia, el desenlace de los acontecimientos parece haber dado la razón al fatalismo menchevique, y la burguesía y el revisionismo, en efecto, han intentado

sacar provecho de este espejismo. Pero la cuestión es algo más complicada, por lo que no profundizaremos aquí en ella, pues no es el cometido de esta disertación. Únicamente, señalaremos que el determinismo menchevique es una vulgarización economicista del materialismo histórico que consiste en identificar desarrollo social con desarrollo económico, de modo que, por lo que respecta al proletariado, su índice de crecimiento como clase viene dado por su desarrollo cuantitativo como clase productiva. Por el contrario, como de lo que se trata es del desarrollo de la clase como clase revolucionaria, que no es lo mismo, es el punto de vista adoptado por Lenin el que le otorga superioridad en esa polémica. Y es que como resulta imposible prever *a priori* cuándo se han agotado las posibilidades de las fuerzas productivas del modo de producción o cuál de las crisis provocadas por sus ciclos económicos es la *definitiva*, la clase revolucionaria debe perseguir inmediatamente sus objetivos políticos desde su lucha de clase. Esta contradicción es la que permite su desarrollo y maduración como clase revolucionaria. Sin episodios como los de la revolución de junio de 1848, la Comuna de París, los Soviets o la Revolución Cultural, episodios en los que la clase –ahora y sólo ahora lo sabemos– demostró que no estaba todavía preparada para el éxito, no tendríamos una clase que ha ido creciendo como clase revolucionaria y que, por su experiencia, asegura a cada paso y en cada fracaso su triunfo final. Quedarse de brazos cruzados esperando el *derrumbe* del capitalismo por la maduración de sus contradicciones internas es una quimera idealista en la que, todavía hoy, pueden depositar sus esperanzas los oportunistas y los cobardes, pero que como estrategia política hace mucho que está desacreditada (sobre todo, por los herederos de aquellos mencheviques, los socialdemócratas modernos, resultado fecal inevitable de esa estrategia).

El marxismo genuino, considera la fuerza de trabajo como la fuerza productiva más importante, de modo que la idea de subvertir las relaciones sociales para permitir el despliegue de las fuerzas productivas está referida, más bien, a la realización de las potencialidades de la fuerza de trabajo, de la clase obrera, como principal componente de esas fuerzas productivas, se refiere a la necesidad de situar al factor humano en el primer plano. La historia de la lucha de clases del proletariado ha demostrado que no es suficiente, desde el punto de vista de su proyecto emancipador, ni que la clase trabajadora se apropie jurídicamente de los medios de producción, ni que se apropie de ellos con el único objetivo de favorecer el desarrollo técnico de las fuerzas productivas, sino que se precisa de un proceso de apropiación que afecta a la totalidad de sus condiciones de existencia, desde las relaciones de producción hasta la superestructura, y a su transformación omnímoda.

Fue Mao Tse-tung quien recuperó la verdadera

intención que encierra este debate cuando, con el Gran Salto Adelante, apostó por poner por delante la iniciativa de las masas para el desarrollo económico, y cuando señaló, en la época de la Gran Revolución Cultural Proletaria, que todas las clases desean transformar el mundo en función de su concepción del mundo (En julio de 1967, afirmó ante una delegación extranjera que “el proletariado debe transformar el mundo según su concepción de él, mientras que la burguesía se esfuerza por transformarlo según su concepción”).

Esta idea es importante porque si la burguesía también está revolucionando el mundo a su imagen y semejanza desde su posición de hegemonía política, la revolución proletaria no se diferenciará de ella, no demostrará su particularidad histórica con la sola conquista del poder político, sino por la obra de construcción que realice desde esa posición conquistada de hegemonía. Entonces, el contenido de la obra, el programa y el plan para llevarlo a cabo son lo principal, y vienen determinados por la concepción del mundo de clase que los guía. El proletariado no es sustancia que se realiza según un plan teleológico inmanente que se despliega con solo conquistar el poder político y tomar posesión de los medios de producción, como se desprende de muchos pasajes del *Manifiesto*, sino que es sujeto que construye, desde una concepción del mundo nueva, un mundo nuevo de manera consciente.

Por todo esto, el problema de la ideología, de la construcción de la concepción del mundo proletaria, adquiere importancia principal, como señalaba Mao en el texto citado (“En este momento decisivo de la lucha de clases debe acentuarse la reforma de la concepción del mundo... De otra manera, la ideología burguesa no será barrida en mucho tiempo... ¿Habéis pensado en la forma en que debemos trabajar para pasar del socialismo al comunismo? ¿Y lo habéis pensado seriamente? Si deseamos garantizar que el error de seguir el camino capitalista no volverá a aparecer, si nosotros en verdad nos preocupamos por los asuntos del Estado, es necesario trabajar duro para la refundición de nuestra concepción del mundo.”).

Bases del primer paradigma revolucionario del proletariado

En este punto nos encontramos con una nueva paradoja: desde una perspectiva etic, el *Manifiesto* es la concepción del mundo proletaria en su estructura básica; sin embargo, desde una perspectiva emic, en el *Manifiesto*, como discurso ideológico-político, se defiende la tesis de la ideología proletaria como resultado espontáneo del movimiento obrero, como reflejo inmediato de su lucha de clases. Esto es una contradicción: el *Manifiesto* es la síntesis intelectual más elevada de todo el desarrollo de la sociedad, que recoge lo más valioso de

la evolución histórica de la humanidad, de la experiencia de todas las clases y de toda la historia de la lucha de clases. Pero una vez que todo este acervo designa al proletariado como a la siguiente –y la última– clase revolucionaria y sus tareas, se desliga de ella y le conmina a que aprenda sola y desde su sola experiencia práctica.

La tesis de la ideología proletaria como producto espontáneo de su lucha de clases está presente a lo largo de todo el *Manifiesto* de manera implícita o expresa. Esta tesis difumina la importancia del papel de la teoría y de la lucha de clases en el terreno ideológico. Sin embargo, representa un retroceso respecto a posiciones manifestadas por Marx en otras ocasiones, como es el caso de la diferenciación establecida en *Miseria de la filosofía* (1847) entre conciencia económica o *en sí* del proletariado y conciencia revolucionaria o *para sí*, lo cual invita a pensar que estamos ante rebajas del discurso en gran parte conscientes, no achacables únicamente a la ingenuidad de su primera formulación, sino también guiadas por intereses tácticos. Conviene no subestimar este aspecto de la cuestión a la hora de valorar la vigencia del *Manifiesto* como documento político.

La tesis de la ideología proletaria como producto espontáneo de su lucha de clases es también resultado de la aplicación materialista, en la que Marx insiste hasta la saciedad en el *Manifiesto*, de que la ideología y la teoría dependen de la base social real sobre la que se sustentan. Pero este principio general, válido en el plano de la filosofía o desde la aplicación genérica del materialismo histórico a la evolución de la humanidad y sus instituciones, se convierte en contraproducente, unilateral y dogmático si es llevado al plano político. El éxito de esta interpretación en la historia del movimiento obrero fue nefasto porque sirvió de fundamento a la consigna del revisionismo de viejo tipo de que lo principal es el movimiento, el objetivo es secundario (Bernstein). Fue Mao quien volvió a recuperar el punto de vista dialéctico en este asunto cuando demostró que “junto con reconocer que, en el curso general del desarrollo histórico, lo material determina lo espiritual y el ser social determina la conciencia social, también reconocemos y debemos reconocer la reacción que a su vez ejerce lo espiritual sobre lo material, la conciencia social sobre el ser social, y la superestructura sobre la base económica. No vamos así contra el materialismo, sino que evitamos el materialismo mecanicista y defendemos firmemente el materialismo dialéctico.” (*Sobre la contradicción*).

Tal vez, Marx y Engels exageraron esta posición materialista para desmarcarse de toda forma de la filosofía de la acción o de toda sospecha de jacobinismo, propios del pensamiento radical de la época; pero, con toda seguridad, insistieron tanto en poner el acento sobre el aspecto materialista de la relación ser-conciencia por la necesidad de que quedase bien establecido y de que se abriese paso el punto de vista materialista, para

confrontarlo al idealismo filosófico que hegemonizaba el pensamiento de la mayoría de las corrientes políticas del momento.

Esa idea, sin embargo y desde la perspectiva actual, es una de las grandes limitaciones de la obra, ejemplo de obsolescencia. Y está articulada en consonancia con otras tesis coherentes con ella que, en conjunto, conforman el *paradigma revolucionario* del *Manifiesto*, paradigma que pondrá los pilares sobre los que se edificará el paradigma revolucionario que dominará el Ciclo de Octubre.

La tesis de la construcción espontánea de la ideología proletaria implica identificar conciencia espontánea con conciencia revolucionaria. Esta tesis se halla en correspondencia con:

- El determinismo histórico. La idea de que la lucha espontánea de la clase obrera conduce al comunismo (“El hundimiento de la burguesía y la victoria del proletariado son igualmente inevitables”, se afirma rotundamente al final del capítulo I del libro).

- La identificación o simplificación de las relaciones sociales con las relaciones de propiedad, de las relaciones sociales con sus expresiones jurídicas. No aparece la cuestión de la división social del trabajo como realidad subyacente a las relaciones sociales de clase, como en *La ideología alemana* (1846). Según esto, como la propiedad privada burguesa sostenía el entramado de relaciones sociales capitalistas, se consideró que bastaba con la estatalización de los medios de producción por parte del gobierno obrero para que pudiese hablarse de socialismo.

El paradigma revolucionario que presenta el *Manifiesto* se resumiría en estos términos: El proletariado, creado por el capital, en la lucha contra la burguesía se constituye en clase, a través de la unión (que es una unión revolucionaria ya de por sí –el progreso de la industria sustituye el aislamiento de los obreros “por su unión revolucionaria mediante la asociación”, se dice también al final del capítulo I–) y del debate. Mediante la revolución se constituye en clase dominante, y desde el poder suprime por la fuerza las viejas relaciones sociales a través de la abolición de la propiedad privada.

La experiencia histórica de la revolución proletaria ha dejado anticuado este modelo primordial, sobre el que se fueron añadiendo elementos con posterioridad, hasta conformar lo que llamamos *paradigma revolucionario de Octubre*, que presentó distintas variaciones según fuera el partido o la corriente política que lo expresase. Por esta razón, la depuración de los elementos caducos que aún permanecen en el ideario comunista vigente o dominante constituye una de las tareas teóricas más urgentes. En este cometido, el análisis del *Manifiesto* a la luz de los resultados de la lucha de clases del proletariado puede ofrecernos muchas pistas. Éste es el mejor servicio que hoy puede prestaros este docu-

mento histórico y el mejor homenaje que podemos tributar a sus autores. Aunque en esta ocasión nos centraremos sólo en algunos puntos importantes del modelo revolucionario que nos ofrece, que ya han periclitado claramente después de 160 años de experiencia revolucionaria y de desarrollo de la lucha de clases proletaria. Todos se refieren al *factor subjetivo* de la revolución; es decir, al factor que más determina la forma y el contenido del movimiento revolucionario (línea política):

1— Composición de la clase obrera.

En el *Manifiesto* aparece como una clase económica y sociológicamente homogénea (a excepción del lumpen proletariado). Marx y Engels la sitúan en el centro hacia el que gravitan las otras clases. Política e ideológicamente, también es presentada de manera homogénea: su construcción como clase se ve acompañada mecánicamente de la conciencia revolucionaria.

Pero, independientemente del grado de correspondencia real entre este modelo de desarrollo uniforme del proletariado y la realidad del movimiento obrero en la época del capitalismo concurrencial, lo cierto es que, en su desenvolvimiento, este modo de producción alcanza en el siglo XX su etapa superior de desarrollo y se transforma en imperialismo, en la extensión a escala mundial de las relaciones sociales capitalistas. La principal consecuencia de este proceso consistirá en la ampliación del sistema de contradicciones económicas con la aparición de nuevos antagonismos, como el existente entre potencias imperialistas y, sobre todo, el que comienza a darse entre éstas y las naciones oprimidas. Sin embargo, lo que aquí es preciso destacar es el modo como estos fenómenos nuevos afectan a la morfología de la clase obrera y los mecanismos internos que rigen su desarrollo. En este sentido, destaca un epifenómeno asociado a las nuevas contradicciones de la economía mundial: la consolidación de un sector privilegiado del proletariado en los países imperialistas, la *aristocracia obrera*, que se beneficiará de la explotación de los países dependientes de las potencias imperialistas. En 1914, esta fracción del proletariado definirá su posición de clase aliándose con el capital y sus intereses hegemónicos, provocando la escisión del movimiento obrero en dos alas. A partir de aquí, quiebra el modelo de *una clase, una causa común* que propugna el *Manifiesto* (si es que alguna vez fue operativo). En la nueva situación de la lucha de clases bajo las condiciones del imperialismo, la nueva fracción privilegiada del proletariado se hace reaccionaria, revisará y tergiversará los fundamentos del marxismo para hacerlos funcionales al capitalismo y patrimonializará el viejo programa reformista de la clase obrera decimonónica con el fin de que pervivan las relaciones sociales capitalistas y de conservar su condición de clase asalariada. La lucha reformista por las condi-

ciones económicas frente al capital es el modo como la aristocracia obrera perseguirá la reproducción *ad aeternum* de las relaciones de producción capitalistas y la permanencia de las condiciones de existencia de la masa productiva como clase obrera. Así pues, esta fracción social se alía al capital y a su sistema de dominación mundial, se aprovecha de la explotación de los países oprimidos y tiene conciencia de clase obrera: es la vieja conciencia *en sí*, que pasa a convertirse en su contrario, de forma de la conciencia de clase proletaria a forma de la conciencia de clase burguesa.

En esta transformación, la autoconciencia de clase, la conciencia de la posición que se ocupa en el proceso social e internacional de la producción, se convierte en una ideología reaccionaria. Sólo hay una posible ideología revolucionaria: la que niega esa posición social como punto de partida del proceso transformador.

En el *Manifiesto* se propone un modelo revolucionario desde la autoafirmación del proletariado como clase y desde su acción a partir de su posición socioeconómica de clase: se propone construir desde la lucha económica elevándose hasta la revolución para apropiarse de los medios de producción. Pero los éxitos de la revolución proletaria han demostrado que, bajo las condiciones del imperialismo, sólo es posible construir movimiento revolucionario desde fuera de esa posición, negándola en sentido dialéctico. En esto consiste uno de los aportes de Lenin, con su propuesta de partido de nuevo tipo proletario, y el de Mao con su visión de la guerra popular prolongada.

A la ideología de la aristocracia obrera debe aplicársele el criterio expuesto en el capítulo III del *Manifiesto*, sobre todo lo relativo al “socialismo burgués o conservador”, porque los programas políticos de esta fracción social son de carácter reformista, y tienen como finalidad no cuestionar nunca las bases de dominación del capital. En la actualidad, el mejor ejemplo de esta ideología es el programa político de la III República, que defiende un sector de esta fracción, y que es la forma como se plasma en estos momentos su táctica de posponer la revolución *sine die*, convirtiendo al comunismo en mera ensoñación utópica sin conexión con la realidad actual. De este modo aplican lo que el *Manifiesto* censura al “socialismo burgués”: “apartar a los obreros de todo movimiento revolucionario”.

Destacaremos, para terminar este punto, las principales características políticas de este revisionismo que se presenta con disfraz marxista:

—Idealización de la democracia burguesa. Se propaga la ilusión de que es posible que todos, incluidos los obreros, puedan disfrutar por igual de los derechos del ciudadano burgués. Se oculta la realidad de que esto es imposible, de que es imposible la igualdad y la democracia bajo el dominio del capital.

—Desconfianza en la clase obrera. Se cree que

ésta no puede aprender desde su lucha por su revolución, y se le ofrece, a cambio, la democracia *pura* como escuela ideal en la que adquirir la conciencia revolucionaria (república burguesa, maximalismo ingenuo en materia de derechos civiles y laborales, etc.).

—Exageración del papel de la lucha económica de la clase obrera. Esta exageración es, en realidad, una reafirmación de su posición social, que es el mejor aval para apoyar y garantizar la reproducción de las condiciones de la explotación capitalista.

2— El problema del Partido Comunista.

La concepción sobre el Partido Comunista expresada en el *Manifiesto* es, quizá, el punto que más desfasado ha quedado de esta obra.

La escisión histórica del movimiento obrero en dos alas, una revolucionaria y otra reaccionaria, que pone en el orden del día como cuestión principal la lucha contra el oportunismo deja sin contenido afirmaciones consignadas allí como las siguientes:

“Los comunistas no forman un partido aparte, opuesto a los otros partidos obreros.

No tienen intereses que los separen del conjunto del proletariado.

No proclaman principios especiales a los que quisieran amoldar el movimiento proletario.”

Sin embargo, desde el punto de vista del grado alcanzado por la lucha de clases del proletariado, debe considerarse Partido Comunista —y en confrontación con los requisitos del capítulo II citados— al que se opone a los otros partidos obreros, contrarrevolucionarios por definición y por experiencia histórica; al que tiene por único interés la revolución proletaria, por encima de los intereses corporativos y conservadores del proletariado, intereses que combate porque son antagónicos respecto a la revolución; y, finalmente, al que proclama principios específicos, los principios de la revolución proletaria, que son síntesis teórica de la experiencia del proletariado en la conquista del poder y en la construcción del socialismo, principios a los que pretende incorporar al proletariado para construir movimiento obrero revolucionario, movimiento que se diferencia de y enfrenta a los sectores de las masas organizadas por la burguesía como fuerzas de choque de la reacción (partidos obreros institucionales, sindicatos, ONGs, etc.).

No existe una ideología *natural* de la clase obrera. La ideología de la clase obrera es la ideología de la clase dominante (burguesa) o la ideología revolucionaria (socialismo científico). El proletariado no genera de manera espontánea una concepción del mundo independiente. El movimiento proletario sólo tiene una alternativa: o “amoldarse” a los “principios especiales” que proclama la burguesía, o “amoldarse” a los principios por los que se rige la revolución comunista, encarnados en

el Partido Comunista.

La solución ingenua que ofrecen Marx y Engels para resolver la cuestión del Partido Comunista es, una vez más, fruto del escaso desarrollo de la lucha de clases proletaria. Sin embargo hay quienes, en nuestro movimiento, utilizan todavía las definiciones del capítulo II del *Manifiesto*, de manera oportunista, demagógica y reaccionaria, para falsear la verdadera naturaleza del Partido Comunista, adecuada a la larga experiencia histórica del proletariado como clase revolucionaria.

3— Conciencia revolucionaria.

Afirmamos que la conciencia revolucionaria es la teoría revolucionaria, la concepción del mundo del proletariado.

Consideramos que, tras la derrota del Ciclo de Octubre, esta concepción del mundo está en crisis y que se precisa su Reconstitución. A ello hemos querido contribuir con esta intervención sobre el lugar histórico que corresponde al *Manifiesto del Partido Comunista* de Marx y Engels.

Pero en este punto, relativo a la conciencia de la clase, queremos referirnos ahora, más que a la dimensión social de este problema, a su aspecto ontológico, que inquiere sobre el *primum mobile*, el resorte de esa conciencia: ¿qué es lo que motiva a un individuo a convertirse en comunista y a asumir la concepción del mundo proletaria?

Antes hemos señalado la paradoja que resulta de contrastar el punto de vista étic y el punto de vista emic del *Manifiesto*: mientras éste se concibió como la expresión ideológica superior del proletariado y fue elaborada desde fuera del movimiento obrero, a partir de la síntesis de los mejores logros de la humanidad, en el texto se afirma que ese movimiento genera su propia conciencia desde el interior de su lucha de clases inmediata. Esta paradoja se plasma en la práctica en un dualismo: por un lado, se preconiza que la revolución es producto de un proceso social inmarcesible, sujeto a leyes objetivas independientes de nuestra voluntad; por otro lado, se apela a una motivación de naturaleza ética para implementar esa voluntad revolucionaria.

Al final del capítulo I, se dice que, a diferencia del esclavismo y de la sociedad feudal, que de alguna manera aseguraban a las masas las condiciones que les permitieran “arrastrar su existencia de esclavitud”, el capitalismo hace descender al obrero “por debajo de las condiciones de vida de su propia clase. El trabajador cae en la miseria, y el pauperismo crece más rápidamente todavía que la población y la riqueza. Es, pues, evidente que la burguesía ya no es capaz de seguir desempeñando el papel de clase dominante de la sociedad ni de imponer a ésta, como ley reguladora, las condiciones de existencia de su clase. No es capaz de dominar,

porque no es capaz de asegurar a su esclavo la existencia ni siquiera dentro del marco de la esclavitud, porque se ve obligada a dejarle decaer hasta el punto de tener que mantenerle, en lugar de ser mantenida por él. La sociedad ya no puede vivir bajo su dominación; lo que equivale a decir que la existencia de la burguesía es, en lo sucesivo, incompatible con la de la sociedad”.

Por un lado, se afirma que el triunfo de la revolución no es posible hasta que el desarrollo de la industria y las luchas del proletariado no permitan un determinado nivel de organización y conciencia, cuando se den las condiciones materiales, objetivas y subjetivas, para ese triunfo, independientemente del estado de la existencia de las masas. Por otro lado, se apela a la ética, denunciando la pauperización absoluta en la que el capital hunde a la clase obrera, independientemente del estado de organización y del nivel de conciencia revolucionaria de las masas. La reacción de la voluntad contra la opresión y la explotación motivada por razones morales supone asignar al sujeto el papel de detonante inconsciente y semiespontáneo del movimiento revolucionario, cuya actividad se solicita al margen de aquellas condiciones materiales. Nos encontramos ante una nueva paradoja: la construcción de un movimiento consciente desde lo inconsciente, fundamentar la razón desde la ética.

Este dualismo dejó abiertas las puertas para la introducción del neokantismo en el movimiento obrero durante la época de la II Internacional (Bernstein, Kautsky y los austromarxistas). En efecto, si el desarrollo social se somete a leyes objetivas preestablecidas, al sujeto social sólo le queda construir modelos de conducta adecuados a esas leyes y a sus efectos. Desde aquí se articuló la coartada de la política de reformas de la socialdemocracia y el revisionismo, con la que se entretenían sus dirigentes en los escaños parlamentarios, mientras esperaban, se decía, el advenimiento de la revolución, que, después de todo, no depende de lo que nosotros hagamos.

A nuestro entender, este dualismo está viciado desde su planteamiento porque presupone la separación entre el sujeto social y el proceso social. Puede resumirse en un adagio que tuvo mucho éxito durante todo el Ciclo de Octubre entre nuestro movimiento, según el cual, *el comunismo es el intérprete consciente de un movimiento inconsciente*. Pero esta máxima implicaba situar al sujeto social en una situación contemplativa respecto del ser social, en una posición de conocimiento positivo del mundo, lo cual significaba dar un paso atrás respecto al programa marxista de transformar el mundo como seña de identidad del proletariado (tesis XI sobre Feuerbach).

En realidad, el movimiento de subversión del capitalismo sólo puede ser un movimiento consciente, el comunismo como movimiento revolucionario del prole-

tariado (Partido Comunista). El supuesto movimiento inconsciente de la sociedad que producen las leyes del capital no es un movimiento espontáneo hacia el socialismo o el comunismo, sino el movimiento de reproducción de esas mismas leyes y de las relaciones sociales capitalistas. Las tendencias hacia algo nuevo, que pueden generar esas leyes, sólo pueden transformarse en leyes básicas para una nueva sociedad desde la acción consciente del movimiento consciente, revolucionario, del proletariado.

En nuestra opinión, el obstáculo que supone esta dualización, esta separación entre objeto y sujeto sociales, entre ley objetiva y voluntad subjetiva, entre razón y ética, sigue presente y forma parte del sustrato más profundo de la actual crisis del comunismo. En nuestra opinión, queda por dilucidar si la obra revolucionaria se rige por un principio apodóctico o por un principio volitivo: si es resultado de una necesidad histórica o resultado de la libertad humana, de la voluntad consciente del proletariado consciente. Elegir entre ambos principios determinará el camino que habremos de tomar y la política que vayamos a defender.

Para nosotros, el principio de necesidad histórica de la revolución ya tuvo su oportunidad: recorrió su camino y no halló salida. Ahora toca otorgarle una oportunidad al principio de la revolución como obra de la libertad.

El *Manifiesto* inauguró la creencia de que la acción revolucionaria sólo era factible en los periodos de crisis del capitalismo. Esta creencia hizo época y ha perdurado hasta nuestros días. Pero en la época del imperialismo, en la época de los monopolios, la crisis es permanente. La actividad revolucionaria ya no depende ni se somete a los ciclos del capital. La variable decisiva pasa a ser la acción del sujeto revolucionario. Y, por lo tanto, la práctica decisiva pasa a ser la construcción de ese sujeto revolucionario. La crisis sólo podrá transformarse en revolución si ésta es la voluntad del proletariado.

Marx dijo que el futuro era *socialismo o barbarie*. En el *Manifiesto* esta idea está recogida cuando señala que, a lo largo de la historia, la lucha de clases termina siempre con la transformación revolucionaria de la sociedad o con el hundimiento de las clases en pugna. Pero no hay ninguna ley que decida por nosotros cuál será el desenlace final. Éste sólo depende de lo que nosotros queramos que sea. De nuestra capacidad y nuestra libertad para elegir.

31 de Mayo de 2008

MAI

* Este texto está elaborado sobre el guión que sirvió de base a la exposición que el MAI presentó en la charla-debate que tuvo lugar en el marco de las celebraciones del 160 aniversario de la publicación del *Manifiesto del Partido Comunista*, organizadas por el Ateneo Republicano de Vallekas, en mayo de este año.

160 años de
Manifiesto Comunista

2008

- Caída Muro Berlín • 1989
- Asesinato Che Guevara • 1967
- Creación Panteras Negras • 1966
- Triunfo Revolución China • 1949
- Revolución Asturiana • 1934
- Asesinato Rosa Luxemburgo • 1919
- Revolución Rusa • 1917
- Comuna de Paris • 1871

1848
Publicación del Manifiesto Comunista

24 Mayo 10:30
Taller de lectura del Manifiesto

31 Mayo 19:00
Charla-debate sobre la pervivencia del Manifiesto con militantes del PCML, PCPE, MAI y otras organizaciones por concretar.

Ateneo Republicano de Vallekas C/Arroyo del olivar nº 79

Breve crónica del acto

El 24 de Noviembre de 2007, el MAI fue invitado a participar como ponente en una charla-debate organizada por el Restaurante-Librería Anònims (interesante combinación de cultura y gastronomía y, al mismo tiempo, singular escapate cultural del variopinto panorama de la izquierda más radical que nadie debería dejar de visitar si tiene ocasión de acercarse por Granollers) con motivo del 90 aniversario de la Revolución de Octubre. Aceptamos gustosos tan gentil ofrecimiento porque, como se preveía en un principio, la participación en el evento de Manuel Castells, profesor universitario, reconocido sociólogo y tal vez menos conocido por su actividad de joven militante en el Front Obrer de Catalunya, que pertenecía al Felipe (Frente de Liberación Popular), y de Eulogio Fernández, miembro del también desaparecido Fomento Obrero Revolucionario, organización trotskista adherida a la corriente disidente encabezada por G. Munis, podría favorecer las condiciones para un debate de elevado tono en el que pudiesen primar el espíritu y el interés científicos sobre las desavenencias ideológicas entre corrientes políticas, que suelen ponerse de relieve y terminar dominando este tipo de encuentros. La presencia, en esta ocasión, de personalidades que, a priori, podían dotar de objetividad, debido a la perspectiva que les presta su anterior experiencia en el movimiento, además de porte intelectual y de interesantes contenidos al debate, nos animó a presentarnos allí con la finalidad de aprovechar la ocasión para confrontar, en el plano teórico, nuestra tesis sobre el Ciclo revolucionario de Octubre, nuestra posición sobre su Balance y el papel que debe jugar éste en la construcción de la política revolucionaria, al mismo tiempo que algunas de las conclusiones provisionales a las que hemos ido llegando a este respecto. Sin embargo, nuestras expectativas terminaron por no verse cumplidas. Ninguno de los invitados confirmó su asistencia al acto y su ausencia intentó ser suplida por los organizadores con la presencia de Just Casas, historiador y miembro de la Federación de Terrasa de CNT-AIT y del Centre d'Estudis Llibertaris Francesc Sàbat, y Pepe Gutiérrez, miembro de la Fundación Andreu Nin y autor de varios libros que tocan aspectos re-

*lacionados con la historia de la revolución en España. Pero, como las desgracias no vienen solas, éste excusó su asistencia en el último momento, de modo que hubo de ser sustituido ya casi fuera de tiempo por la organización, que demostró una vez más reflejos y recursos, en la persona de David Karvala, redactor de la revista trotskista *En Lucha*. De modo que, dadas las circunstancias y ante el claro perfil político que había terminado adquiriendo el plantel de conferenciantes, hubimos de replantear la perspectiva con la que abordaríamos el debate, que tenía todos los visos de terminar reproduciendo las viejas polémicas políticas entre corrientes históricas del movimiento obrero, con sus manidos argumentos, los conocidos reproches entre unos y otros y hasta las previsibles descalificaciones e insultos. No en vano, allí estábamos representados quienes podíamos considerar, respectivamente, herederos de la I, III y IV Internacionales, aunque, por lo que toca al MAI, si bien reclamamos su herencia, en ningún caso puede pensarse que seamos seguidores ortodoxos de la Internacional Comunista, corrientes que, por otra parte, hace mucho que se han separado y seguido caminos divergentes. Conscientes, pues, de la lejanía de los puntos de vista de los presentes y de que, por tanto, los frutos de aquella jornada provendrían más de lo positivo que puede tener presentar y defender públicamente nuestro punto de vista más o menos novedoso de la experiencia de Octubre que del debate mismo, nos dispusimos a participar en él, no sin antes encomendarnos a la sabia y prudente conducción del moderador para que evitase todo tipo de posibles provocaciones con el fin de que aquello no terminase como el rosario de la aurora.*

El primero en ofrecer su exposición sobre la Revolución de Octubre fue Just Casas. En la primera parte de su intervención, intentó responder a la pregunta de por qué, de entre todas las corrientes políticas de la Rusia del momento, sólo los bolcheviques pudieron hacer la revolución, y por qué no antes ni después. Comenzó señalando que, desde la época napoleónica, Rusia fue de derrota en derrota (Guerra de Crimea, guerra contra Japón), lo que concienció a las élites dirigentes sobre

la necesidad de reformas modernizadoras controladas. Las más importantes se aplicaron a raíz de la revolución de 1905 y consistieron principalmente en potenciar la industrialización desde el Estado a través de la industria de guerra y sobre la base de capitales y tecnología extranjeros.

La Primera Guerra Mundial obligó a posicionarse a las distintas fuerzas políticas. Los liberales, que representaban a la minoritaria burguesía ligada al capital extranjero, no deseaban la paz por su dependencia y sus vínculos con el mercado exterior. Los socialistas revolucionarios (*eseristas*), representantes del campesinado y cuyo proyecto político se reducía prácticamente al programa agrario reformista, deseaban continuar la guerra para acorralar al gobierno y forzar las reformas. Los mencheviques, marxistas ortodoxos, consideraban que Rusia no estaba preparada para la revolución social, por lo que era preciso apoyar a los gobiernos provisionales de la burguesía para continuar la guerra, pues la derrota supondría que los vencedores dismantlarían la industria rusa, lo cual paralizaría el desarrollo de la clase obrera en el país. Los únicos que se oponían a la guerra eran los anarquistas y los bolcheviques, pero fueron estos últimos quienes encabezarían la revolución. Según Just Casas, por tres razones: porque disponían de liderazgo, tenían a Lenin; porque disponían del instrumento, el partido, hipercentralizado, unido, disciplinado y profesional, y porque disponían del programa, a partir de las Tesis de Abril, un programa mínimo pero a la altura de la situación. Su objetivo era terminar la guerra imperialista, acabar con el imperialismo y tomar medidas de control económico, de unificación del sistema financiero a través de un Banco Central, etc. El señor Casas, dicho sea entre paréntesis, no se refirió a la principal medida adoptada inmediatamente por el gobierno bolchevique, además de la paz: la reforma agraria, que repartió la tierra nacionalizada entre los campesinos y

xerrada debat
DISSABTE 24 DE NOVEMBRE 18h.

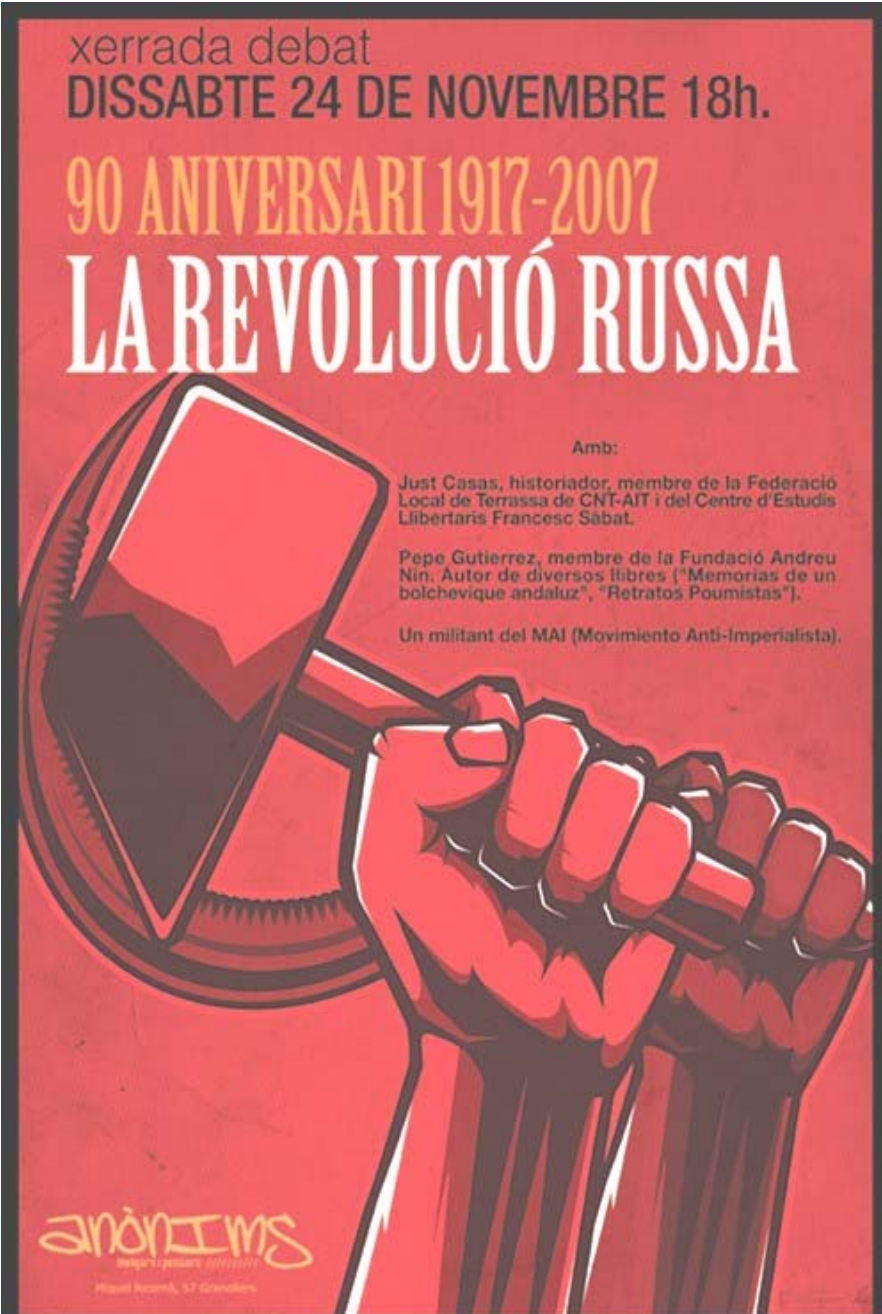
90 ANIVERSARI 1917-2007
LA REVOLUCIÓ RUSSA

Amb:

Just Casas, historiador, membre de la Federació Local de Terrassa de CNT-AIT i del Centre d'Estudis Libertaris Francesc Sabat.

Pepo Gutierrez, membre de la Fundació Andreu Nin. Autor de diversos llibres ("Memorias de un bolchevique andaluz", "Retratos Poumistas").

Un militant del MAI (Movimiento Anti-Imperialista).



que, como Lenin reconoció, era el programa de los *eseristas*, de los herederos del anarquismo comunalista tradicional del campesinado ruso, que los mismos socialistas revolucionarios se habían negado a aplicar cuando entraron a formar parte del gobierno provisional de Kerensky. En cuanto a los anarquistas, carecían de aquellas tres claves que ponían a los bolcheviques en disposición de encabezar la salida de la crisis, razón por la cual no pudieron hacer nada, mientras la guerra iba favoreciendo cada vez más la posición bolchevique, hasta que el partido de Lenin se encontró en disposición de tomar el poder.

Así pues, la tesis principal de esta primera parte de la intervención del cenetista Casas encierra una auténtica paradoja, procediendo como procede de un anarquista ortodoxo. Porque reco-

nocer, como reconoce abierta y explícitamente, que el triunfo revolucionario se debió a la aplicación de los principios políticos y organizativos del marxismo revolucionario por parte del partido bolchevique, significa reconocer el fracaso propio, la incapacidad de la teoría y de la práctica anarquistas para derribar el Estado burgués y el dominio del capital. Pero, como si en el fondo intuyera esta contradicción, el señor Casas dedicó la segunda parte de su intervención, de contenido valorativo, a predicar la maldad intrínseca del partido bolchevique, de ese modelo de partido que había conseguido derrotar al Estado reaccionario, cargando sobre él y su supuesta naturaleza maléfica el fracaso de la revolución. De hecho, según este señor, la revolución terminó aquí, en el momento de la derrota del gobierno burgués, porque el instrumento, el partido, usurpó el lugar de la clase obrera, se volvió contra las ideas emancipadoras y se convirtió en una "máquina de matar" (argumento que respaldó, curiosamente, con una cita de Trotsky de 1904 dirigida contra el bolchevismo). Los bolcheviques, así, implantaron una dictadura y todos los beneficios de la revolución desaparecieron. El resultado, según nuestro conferenciante, es la Rusia actual. El problema de la revolución fue el propio partido comunista, cuya naturaleza inflexible y rígida impidió toda capacidad de adaptación y de modernización de Rusia. Este tema de la modernización y de la adaptación tecnológica de la economía, por cierto, fue una constante en las intervenciones del señor Casas, tanto en su ponencia como en el debate posterior, cuando se mostró partidario de la eficiencia económica en la producción, preocupación, todo sea dicho, que, a nuestro modesto entender, resulta por lo menos pintoresca, cuando no paradójica, viniendo de un anarquista. Y las paradojas no terminan aquí. Terminando su balance de la revolución, señaló que es Lenin quien inicia su degeneración y quien realmente prepara a Stalin, añadiendo, para ilustrarlo, que empezó liquidando la Asamblea Constituyente, continuó eliminando los partidos y luego a toda la oposición, hasta que Stalin terminó la obra de destrucción de la revolución que había iniciado su propio partido. Pero, lo verdaderamente triste es observar cómo un anarcosindicalista se erige en defensor del parlamentarismo y del pluralismo político burgués, que eso es lo que realmente representaban la Asamblea Constituyente y el sistema de partidos salido de la Revolución de Febrero. Finalmente, a modo de conclusión, el señor Casas definió su postura hacia Octubre como un sí a la revolución, pero un no al sistema que se construyó en la URSS, porque

este sistema ha desacreditado la revolución, pues las masas identifican ahora esta idea con la de dictadura. La revolución, dijo, debe ser bien gestionada, debe exigirse que se haga bien y que sea humanista. Pues bien, aparte de la pequeña apostilla de que a las masas hay que inculcarles con toda claridad que toda revolución implica dictadura y de que en la guerra de clases el humanismo brilla por su ausencia, tesis correctas que el señor Casas jamás comprenderá, porque en esto sí es un anarquista consecuente (coherencia que, ciertamente, favorece a la burguesía y perjudica al proletariado), es preciso concluir, por nuestra parte, que el análisis anarquista de la Revolución de Octubre pone en evidencia y condensa a la perfección el escepticismo revolucionario que caracteriza a esta ideología, escepticismo que le ha impedido llevar a cabo la revolución a lo largo de la historia. Y es que si se reconoce que los instrumentos adecuados para iniciarla son al mismo tiempo la causa de su destrucción no puede haber otro resultado final que la imposibilidad fáctica de realizar la revolución en términos históricos.

El siguiente conferenciante, el señor Karvala, desde luego fue mucho más coherente con la doctrina que profesa y repitió, punto por punto, los lugares comunes del trotskismo en el tema que nos ocupa. Comenzó diciendo que 1917 es hoy el gran olvidado y que es preciso recuperarlo, a pesar del mal sabor de boca que ha dejado, para recordar la historia positiva de la revolución, que fue un intento de solucionar los problemas que aquejan a la humanidad. Actualmente, no se reivindica 1917, según él, porque se identifica con la teoría del golpe de Estado y con Stalin. Éste es el punto de vista de la derecha. La izquierda lo comparte y tam-



bién, cada vez más, la supuesta continuidad entre Lenin y Stalin. Entre los anarquistas hay división. Los buenos hicieron la revolución con Lenin, pero incluso éstos rechazan la idea de partido. Sin embargo, el partido es fundamental para la revolución. No todo en la revolución fue igual. "Ríos de sangre" separan a Lenin y Trotsky de Stalin. No podemos decir: "Te quedas con la revolución y Stalin o lo tiras todo". Los bolcheviques no siempre estuvieron unidos (y para demostrar esto el señor Karvala utilizó como ejemplos el tan viejo como falso argumento de que Lenin había adoptado la línea de Trotsky de hacer la revolución socialista, frente a la mayoría de los bolcheviques, y el caso de la oposición conjunta contra Stalin), ni el partido fue nunca una máquina al servicio de Lenin. Hubo experiencias positivas, incluida la de este partido, que supo realizar un trabajo independiente dentro del movimiento de masas para ganar a la mayoría y sin cuyo concurso, por ejemplo, la crisis de julio hubiera terminado desbaratando la revolución. A la cuestión de por qué fracasó ésta a pesar de tener en su haber un partido como el bolchevique, el señor Karvala recurrió nuevamente a un tipismo de cuño trotskista: el aislamiento internacional de la revolución, al que había contribuido en gran medida la socialdemocracia internacional, como el SPD alemán, que no dudó en ahogar en sangre la revolución en ese país. Finalmente, a modo de conclusión, terminó diciendo que la revolución rusa y su significado se extinguieron en los años 20 y que hasta esa fecha llegaba el legado de Octubre, cuya principal característica consistió en que fue un ejemplo de lucha protagonizado por las masas desde abajo. A partir de ahí, dominó el capitalismo de Estado.

En último lugar, habló nuestro representante, cuya intervención reproducimos en el texto que sigue a esta crónica del encuentro.

En el debate posterior, los miembros del MAI presentes renunciamos a la ingrata e inútil tarea de rebatir punto por punto la cantidad de insensateces, falsedades y provocadoras alusiones directas vertidas tanto por los otros conferenciantes como por una parte de los asistentes, con el fin de no contribuir a que la discusión se encarrilara por el peor camino, ése que desde el principio tratábamos de evitar. Intentamos dirigir la cosa por otros derroteros, y con este fin nos dirigimos a los allí presentes para indicarles que nosotros nos negábamos a caer en las viejas polémicas, en las discusiones eternas del pasado ciclo histórico, que ya habían periclitado sin aportar ninguna solución; que era momento de abordar el Ciclo de Octubre como un episodio clausurado por la historia y que

debíamos adoptar esta nueva perspectiva para extraer las lecciones pertinentes de manera objetiva, desembarazándonos de los juicios morales y de interpretaciones maniqueas; que era preciso superar Octubre, en el sentido de dejar de ensimismarnos en él, de dejar de mirar hacia atrás, porque había que comenzar a mirar desde Octubre hacia delante; que la cuestión no era quién fue el culpable del fracaso de la revolución, sino por qué habíamos fracasado todos: nosotros y, también, ellos, anarquistas y trotskistas, que fueron vencidos y desplazados y no fueron capaces de ponerse al frente para defender y aplicar su proyecto revolucionario. Esto es lo que deberían hacer y no echar la culpa a los otros. Ésta es la perspectiva correcta, que debe ser aplicada con criterio científico (en particular, aplicando el materialismo histórico, algo que rechazó, y en esto sí fue coherente, el señor Casas, que dijo que no creía en "biblias"; pero también por el señor Karvala, que confesó igualmente su incredulidad, aunque en este caso resultaría increíble viniendo de un marxista, a menos que se dijera trotskista), es decir, considerando el desarrollo de los acontecimientos históricos como una correlación necesaria de sucesos que deben explicarse desde la realidad material de las circunstancias económicas, sociales y políticas que los rodearon, y no recurriendo a explicaciones idealistas sustentadas sobre la supuesta maldad intrínseca de alguno de esos factores (el partido o Stalin, por ejemplo). Sólo así sabremos cuáles fueron nuestras debilidades y aprenderemos a superarlas en la próxima oportunidad. Si seguimos haciendo de la necesidad virtud no avanzaremos un paso y daremos eternamente vueltas sobre los mismos problemas y las mismas disputas.

Naturalmente, lo nuestro fue predicar en el desierto. El encuentro de Granollers demostró a ojos vista la parálisis ideológica que atenaza al anarquismo y al trotskismo. Su obcecación por disparar contra fantasmas, por la idea de traición o de conspiración contra la revolución, les maniató para cualquier esfuerzo de autocrítica. Y, hoy, para los revolucionarios, desde el punto de vista de las lecciones de nuestra historia, la autocrítica es la única catarsis que nos permitirá retirar el velo del dogmatismo y purificarnos para afrontar con la mente despejada y con fuerzas renovadas las tareas que exige la preparación del próximo ciclo revolucionario.

MAI

SOBRE LA REVOLUCIÓN RUSA DE 1917

En primer lugar señalar que no vamos a vender a nadie las bondades de la revolución, pues para nosotros la opción es clarísima: o Comunismo o Barbarie. Así pues, hablamos para los convencidos de esta necesidad, para lo que los marxistas denominamos vanguardia.

Desde el MAI partimos de la constatación del cierre definitivo de toda una época dominada por la revolución, de la conclusión inapelable de lo que denominamos Ciclo de Octubre. Este fin ha supuesto, entre otras cosas, la consumación del fracaso, con mayor o menor gloria, de todas las corrientes del movimiento obrero en la empresa de superar el capitalismo. Esto ha supuesto la pérdida del referente de la revolución y el agotamiento definitivo de las premisas políticas sobre las que se construyeron estas corrientes. Por ello creemos inútil la reedición de debates, cuyos protagonistas demostraron su incapacidad final, repetimos que con mayor o menor fortuna, para consumir su objetivo revolucionario. Debido a esto desde el MAI buscamos la apertura de debates de nuevo tipo, sobre la base de la perspectiva que ahora nos ofrece el Ciclo cerrado. Creemos que el marxismo representa la concepción que más lejos ha llegado en la empresa revolucionaria y la que tiene las bases más óptimas para proyectarse hacia el futuro.

Así, el MAI nos consideramos un destacamento de vanguardia, principalmente teórica, producto del fracaso del movimiento comunista y su fraccionamiento, que nos hemos organizado para realizar las urgentísimas tareas que nos reclama la reconstitución del comunismo revolucionario.

Tras esta pequeña introducción pasemos al asunto central de este evento:

La Revolución rusa, y sobre todo Octubre, que se enmarca en la era del imperialismo, época de la crisis histórica del capitalismo y de la revolución proletaria, inaugura toda una era de revoluciones, lo que denominamos Ciclo de Octubre.

Creemos que para entender cabalmente un acontecimiento de tan profundo calado nos tenemos que remitir, aunque sea de forma sucinta, a la época que le sirve de base y sustento.

El siglo XIX está indeleblemente marcado por la revolución burguesa, que es el contexto político donde se enmarca la conformación del proletariado como clase, cohesión y compactación que se realiza sobre la base de sus demandas eco-

nómicas inmediatas. Ésta será la plataforma sobre la que se constituyan los partidos socialdemócratas, representantes genuinos de la *conciencia en sí* proletaria.

Por otro lado, la revolución burguesa supone la sustitución de una dominación de clase por otra, la de la burguesía, que se servirá en este empeño de la pasiva plataforma de masas que suponen un campesinado en trance histórico de proletarización y la incipiente clase obrera, a los que instrumentalizará en función de sus intereses.

Así, las primeras experiencias de un inmaduro proletariado oscilan entre su conformación sobre la base de sus demandas inmediatas y sus repentinos saltos a la palestra de la crisis política, muchas veces empuñando las armas, de la mano de la burguesía. De este modo podemos hablar de una alianza entre un inmaduro proletariado y el ala más democrático-revolucionaria de la burguesía. Ésta es la base material sobre la que se plasmará marxismo de la época, el kautskismo, el que será el marxismo socialdemócrata.

Asimismo, este conjunto de experiencias políticas es la plataforma sobre la que se conformará el viejo paradigma revolucionario, es decir, un esquema apriorístico sobre los mecanismos y modos de desarrollarse el proceso revolucionario. En este esquema se representa a un proletariado que a partir de sus experiencias económicas inmediatas es capaz de desarrollar una conciencia revolucionaria, expresándose este salto a través de la insurrección. Este paradigma se basa en una concepción inmanentista, en la que el obrero, por el mero hecho de serlo, desde su experiencia inmediata, puede desarrollar una conciencia revolucionaria. Creemos que toda la experiencia del Ciclo ha demostrado la falsedad de este planteamiento, estigma de inmadurez de nuestra clase, y la necesidad de que la conciencia revolucionaria, síntesis de la experiencia histórica de la lucha de clases y de lo más avanzado del saber humano, sea introducida desde fuera. Esta inmadurez y el hecho de que el *espectro del comunismo* pasara inmediatamente a escena tras la culminación histórica de la revolución burguesa (1848) hicieron que esta concepción pasara, sin la necesaria criba, al imaginario de nuestra clase.

En Rusia estos factores se complican aún más, ya que la yuxtaposición histórica de las re-

voluciones burguesa y proletaria se da también en el plano político. Tenemos aquí un Estado obsoleto, incapaz de asimilar las rápidas transformaciones de la base socioeconómica, una pusilánime burguesía que, ante la experiencia europea, se niega a culminar consecuentemente su revolución, y una socialdemocracia que, de la mano de la creciente mundialización de las relaciones capitalistas y de la consistencia del proletariado internacional, se muestra excepcionalmente madura. Además de la crisis crónica del Estado autocrático otros factores coadyuvan a esta madurez, como la voraz recepción de las corrientes más avanzadas del pensamiento occidental por la intelectualidad rusa, que acabará entronizando al marxismo.

Este ambiente social tremendamente revolucionario será el caldo de cultivo forjador del bolchevismo, corriente que no tiene igual en ningún otro partido de la II Internacional. No obstante, el bolchevismo bebe de las premisas del marxismo socialdemócrata (determinismo evolucionista basado en un mecanicismo economicista), pero se va a desarrollar en lucha contra ellas, contra sus consecuencias **políticas**, en tanto que obstaculizan el desarrollo de la Revolución rusa. Es decir, no sustancialmente un combate contra su sustrato filosófico de fondo. Es desde esta perspectiva que, en nuestra opinión, se pueden sondear fecundamente los éxitos y limitaciones del bolchevismo y del pensamiento de Lenin.

Una de las grandes enseñanzas del bolchevismo es que el desarrollo revolucionario se produce desde el acento en el factor consciente, esto es, en el caso concreto ruso, desde la capacidad del proletariado para culminar la revolución democrática y pasar al socialismo. La experiencia del bolchevismo muestra que el movimiento revolucionario, el Partido, se constituye desde la ideología revolucionaria. La historia del bolchevismo hasta 1917 es fundamentalmente la historia de las controversias en torno a las grandes cuestiones de la revolución (Partido, estrategia, guerra, Estado...). Es en la resolución victoriosa de estos debates como los bolcheviques se van dotando de los instrumentos orgánicos para afrontar su misión revolucionaria. De hecho, el protagonismo bolchevique en los acontecimientos políticos hasta 1917 es marginal o posterior al desencadenamiento de los acontecimientos. Así, el bolchevismo nos muestra que esa *flexibilidad táctica* del Partido, causa célebre de los oportunistas, no es sino el reverso dialéctico de la firmeza en los prin-



cipios. La vigorosa constitución del Partido de nuevo tipo es el principal factor del éxito de Octubre.

Por su parte, la existencia de un potente movimiento espontáneo de masas es fruto, por un lado, de esas particulares condiciones históricas que hemos señalado, la irradiación de unos modos político-culturales y un referente revolucionario, resabio de la revolución burguesa y, por otro, de esa crisis política crónica en la que se mueve la sociedad rusa.

La guerra imperialista va a ser el factor desencadenante que lleve a Octubre. El hastío de una desastrosa guerra provocó el despertar del movimiento espontáneo de masas, en retroceso desde la derrota de 1905, que va a derrumbar el zarismo en febrero de 1917.

La timorata burguesía rusa, a través de sus confesos apéndices oportunistas corre a llenar el vacío creado y a canalizar el movimiento de masas. Éste es el origen de los soviets en 1917 que, a diferencia de 1905, no se crean del empuje espontáneo de las masas sino por la iniciativa de los dirigentes oportunistas. Lo que nos interesa dejar

sentado es que el derrumbe del viejo Estado y la formación de las bases del Nuevo Poder no surgen de la iniciativa del proletariado revolucionario.

Se inicia aquí la fase de doble poder. En un principio la dirección bolchevique sobre el terreno se muestra confusa, situación que no cambiará hasta la llegada de Lenin en abril y la enunciación de sus célebres *Tesis de Abril*. En este escrito Lenin considera que la Revolución de febrero supone la culminación de la revolución burguesa, y la formación de los soviets la plasmación de la *dictadura democrática del proletariado y campesinado*, consigna bolchevique desde 1905. Y realmente los soviets representan un poder en todo el sentido de la expresión, ya que se sostienen sobre el poder de las masas armadas: es de reseñar el extraordinario porcentaje de soldados, realmente campesinos uniformados, representados en los soviets. Ello no es óbice, siguiendo a Lenin, para que estos soviets, bajo la dirección de los oportunistas, entreguen voluntariamente el poder a la burguesía, convirtiendo a los soviets en correas de transmisión del Gobierno Provisional. Aún así, Lenin no dejará de considerarlos como las bases de un nuevo tipo de Estado, enlazando con la Comuna.

A partir de este análisis Lenin colige la táctica correspondiente: labor propagandística para que las masas que conforman los soviets se convenzan por su propia experiencia (concepto sobre el que volveremos) de la justeza revolucionaria de las tesis bolcheviques: consumación de la revolución burguesa y posibilidad y necesidad de avanzar hacia el socialismo. Es decir, consagración de la iniciativa del proletariado y necesidad de ganar a los soviets como bases de apoyo del proletariado revolucionario.

Esta es la historia del periodo entre Febrero y Octubre: la conquista por el proletariado revolucionario de sus bases de apoyo.

Los acontecimientos que jalonan este periodo son de sobra conocidos y nos limitaremos a señalar que los oportunistas se verán obligados a pasar de leal oposición a entrar en el Gobierno Provisional, dirigiendo la política imperialista de la burguesía y desacreditándose a ojos de las masas. Sólo nos detendremos en los acontecimientos de julio, cuando ante otra desastrosa derrota militar, defraudando sangrientamente los anhelos de



paz de las masas, sectores de éstas se echan a las calles, deviniendo en una auténtica insurrección que los bolcheviques intentan contener por considerar que el momento no es oportuno, pero son desbordados, teniendo, como buen partido revolucionario, que encabezar el descontento armado de las masas. Efectivamente, la insurrección es aplastada y los bolcheviques reprimidos. Aquí vemos de nuevo el temple de un partido revolucionario, construido desde la ideología revolucionaria. Durante un periodo, debido a la participación de las soviets, en manos oportunistas, en la re-

presión, los bolcheviques retiran la consigna de *Todo el poder a los soviets*. Si los bolcheviques hubieran construido su movimiento desde algún factor del movimiento inmediato, como los soviets, no cabe duda de que en julio hubieran sido barriados.

Prosigamos, a partir del *putsch* de Kornilov los bolcheviques ganan la mayoría en los principales soviets. A partir de aquí, Lenin inicia una tenaz campaña en pro de la conquista violenta del poder. Lenin, en *El marxismo y la insurrección*, coloca al lado apoyo de las masas al partido revolucionario y mayoría bolchevique en los soviets. Para Lenin la experiencia que posiciona a las masas con la revolución no es la económica inmediata sino la del ejercicio político de su poder, de su dictadura. Ésta no es una premisa tenida en cuenta por la concepción insurreccionalista.

Lenin va a encontrar resistencia en su propio partido, encabezada por Kamenev y Zinoviev, lo que no es sino una pugna entre lo viejo y lo nuevo, que en las condiciones concretas rusas se dirimía en el terreno táctico.

La oposición preconiza la eterna *acumulación de fuerzas*, usando el parlamentarismo, la Asamblea Constituyente, y desvirtuando los soviets, de órganos de poder efectivo de las masas a la concepción menchevique de *parlamento obrero*. Además condena al proletariado a la pasividad, en espera de otro *putsch* reaccionario que posicione a la masa de la pequeña burguesía a su lado, es decir, la clase de vanguardia de la historia ha de esperar a las vacilaciones de los estratos intermedios. Por último, el economicismo, con la espera al *avanzado* Occidente, avanzado desde el punto de vista económico pero no desde el de la

experiencia de la lucha de clases y del bagaje de la vanguardia; aunque hay que señalar que, en mayor o menor medida, ésta era una premisa compartida por el conjunto del bolchevismo.

Frente a ellos Lenin prioriza el papel consciente de la vanguardia y su papel forjador, amén de una visión clara de la revolución, que no consiste en *perfeccionamientos democráticos* sino en la contraposición de las dictaduras, en palabras de Lenin: “no hay salida fuera de la dictadura de los kornilovistas o de la dictadura del proletariado”. Como es sabido Lenin salió victorioso y con el asalto revolucionario se inicia el Primer Ciclo de la Revolución Proletaria Mundial.



El final del Ciclo ha supuesto la derrota del movimiento comunista, derrota que no nos cabe duda es producto de los propios errores y limitaciones del movimiento comunista. Es por ello que estamos convencidos de que la tarea a día de hoy es la reconstitución del comunismo revolucionario sobre la base de la experiencia histórica de la Revolución Proletaria Mundial. Así, nuestro Octubre ni es nostálgico ni busca reabrir debates del Ciclo, que por otra parte han demostrado la esterilidad de los contendientes para superar el capitalismo desde las premisas de entonces, sino que tiene por objetivo la elevación del comunismo a la altura que lo ha puesto la experiencia histórica de la Revolución Proletaria Mundial. En lo que llevamos de estudio de ésta, lo que denominamos Balance, hemos llegado a la conclusión de que la Guerra Popular es efectivamente la estrategia universal del proletariado, e intentamos aplicar su prisma interpretativo a la experiencia pasada, buscando de este modo iluminar el camino futuro.

Desde este ángulo vemos que entender los soviets como las bases de apoyo del Nuevo Poder de las masas armadas, como lo que realmente son,

soluciona muchas incongruencias. Sin embargo, su formación a la vieja usanza, sin la labor consciente del proletariado revolucionario, lo que es debido a esas particulares condiciones históricas generales (la referencia social de la revolución desde, al menos, 1789, que supondrá un factor socio-cultural de movilización espontánea, aunque a la larga sea una cortapisa) y concretamente rusas (la crisis crónica de la autocracia), ha creado mucha confusión.

De este modo, como ya adelantábamos, la historia de Febrero a Octubre es la historia de cómo el proletariado revolucionario gana **sus** bases de apoyo, que en estas circunstancias se han creado de forma exógena a él. Así, acumulación de fuerzas, pero no en base a demandas parciales o reformismo político sino desde la experimentación política de la dictadura de las masas.

El Partido es el principal artífice del éxito revolucionario, ya que su firme constitución es capaz de mantener el rumbo y no dejarse arrastrar por acontecimientos originariamente externos.

Por otro lado, creemos más conveniente considerar el inicio de la guerra civil antes de lo que académicamente se entiende

(toma del Palacio de Invierno o disolución de la Asamblea Constituyente), ya que capta mejor el desarrollo del proceso. Lenin señala que con la Revolución de febrero la guerra imperialista comienza a transformarse en guerra civil revolucionaria. Y efectivamente, tenemos aquí ya una serie de elementos que dibujan este escenario: un Partido revolucionario, un Estado en crisis extrema y el poder de las masas armadas, que aunque en un principio no siguen al proletariado revolucionario tampoco forman parte orgánica de la reacción. La pugna por estas masas es, aunque pequeños de paradójicos, la fase pacífica de la guerra civil, en la que ésta empieza a dibujarse desde la guerra imperialista. Esta forma más amplia de entender la revolución permite despojar de su sustantividad a la *insurrección* de Octubre y acercarla más al esquema de Guerra Popular.

Por último, creemos que la utilización de conceptos como “mayoría” o “minorías”, aunque acertados desde el punto de vista histórico, en el plano político quedan encerrados en el marco socialdemócrata, ya que empujan a la dualización del proceso revolucionario, en una primera fase previa al inicio efectivo de la revolución en que se

intenta ganar a una “mayoría” desde la base de sus reivindicaciones parciales inmediatas, lo que sólo puede llevar a la castración del movimiento revolucionario al intentar generar conciencia para la subversión de unas condiciones materiales desde la lucha por su mantenimiento (por ejemplo, el contrasentido de intentar generar conciencia para la abolición del trabajo asalariado desde las luchas por los salarios), lo que conduce inexorablemente al callejón sin salida del sindicalismo y el reformismo.

En este sentido, Lenin sí indica, a la vista de la experiencia de Octubre, el camino a seguir cuando observa que la dictadura del proletariado es el instrumento político para ganar a la mayoría de los trabajadores, siendo imposible esto bajo las económicas, sociales y culturales del capitalismo. Así, la clave es el contraste político entre la dictadura de los opresores y la de los oprimidos (muy aleccionador en este sentido, las referencias de Lenin a la actitud de los campesinos en *Las elecciones a la asamblea constituyente y la dictadura del proletariado*), lo que está en la base del esquema de Guerra Popular; pero Lenin será incapaz de ir más allá debido al estado objetivo de la experiencia de la Revolución Proletaria Mundial y a muchas de las premisas socialdemócratas que aún comparte.

Así, no es que en Octubre se dé un proceso de Guerra Popular, ya que éste presupone, entre otras cosas, un plan consciente, pero en tanto que ley universal de la revolución proletaria y a que existe un sólido Partido sí que se van dando confusos e improvisados pasos en este sentido. Ello también nos ayuda a profundizar en la teoría marxista del conocimiento, en la que las leyes de la sociedad y su transformación no vienen ya dadas por acabados recetarios sino que se van aprehendiendo a medida que se profundiza el proceso revolucionario.

Hemos visto que en Octubre confluyen varios modos de entender el hecho revolucionario. Esto da a Octubre un carácter bastardo, y en consecuencia también al Movimiento Comunista Internacional nacido a su calor.

La debilidad de la constitución de los partidos comunistas y el insuficiente deslindamiento ideológico con las premisas socialdemócratas de las que parten harán que vuelvan, y la Internacional Comunista también, sobre ellas a medida que se ven incapaces de avanzar por la senda de lo nuevo. De este modo, cada vez se irá poniendo más acento en esa dualización, en ganar esa base social de sostenimiento previa a la revolución, dando un espaldarazo al espontaneísmo social, al desarrollo desde el marco capitalista, disolviendo en

él cualquier atisbo de conciencia revolucionaria. El colofón, cuando aún no se ha renunciado a la revolución, sólo puede ser el golpe de mano de la vanguardia, como ejemplifican las insurrecciones de los años 20 o teoriza la obra de Neuberg, o el frentismo, cediendo la iniciativa política a tal o cual fracción de la burguesía. Éste es el camino que recorrerán las secciones europeas de la Internacional Comunista, ahogando y disolviendo el impulso revolucionario en el marco capitalista.

La senda revolucionaria la señalará el Partido Comunista de China y el maoísmo: el proceso revolucionario es uno y las masas se van incorporando progresivamente a medida que se desarrolla, desde el marco de la experiencia política, único coherente con la naturaleza de la revolución proletaria.

La revolución proletaria es un proceso de aprendizaje consciente del proletariado. Hasta esta clase la historia es una sucesión de modos de explotación cada vez más perfectos, lo que da un enorme margen de acción al espontaneísmo social, al desarrollo inmediato desde los cambios económicos que el anterior sistema es incapaz de asimilar. El fin del proletariado, por el contrario, es la supresión de la sociedad de clases, factor del que, propaganda aparte, no se han extraído las profundas implicaciones políticas que conlleva. El capitalismo es el último y más perfeccionado de los sistemas clasistas, que ha demostrado una capacidad de reestructuración y asimilación sin precedentes, probando la quiebra de las teorías del *derrumbe*. Este sistema no será derribado si no es desde el conocimiento de las leyes de la sociedad y la voluntad consciente de destruirlo. Es por ello que la Guerra Popular es la única estrategia coherente con este fin y esta naturaleza, ya que es la única que consagra la iniciativa consciente del proletariado.

MAI
Granollers, Noviembre 2007



CONFERENCIA INTERNACIONAL DE MADRID

29 DE SEPTIEMBRE DE 2007

CAMPAÑA DE CELEBRACIÓN DEL XV° ANIVERSARIO DEL MAGISTRAL DISCURSO DEL PRESIDENTE GONZALO, QUE RESPLANDECE VICTORIOSO Y PUJANTE ANTE EL MUNDO COMO ARMA DE COMBATE

El maoísmo es la cuestión decisiva, porque lo ideológico-político lo decide todo, y nuestra ideología no es sino una; el marxismo-leninismo-maoísmo, principalmente el maoísmo.

El maoísmo es lo nuevo y lo nuevo nunca ha sido fácilmente aceptado; ha sido impuesto en dura contienda, por la dirección del proletariado en la revolución mediante sus Partidos Comunistas. Nosotros estamos convencidos de la grandeza del maoísmo, sin maoísmo no habría guerra popular que se impone contra viento y marea. Esto nos enseña el Presidente Gonzalo y en su Magistral Discurso (del 24 de septiembre de 1992) nos llama, en consecuencia, a cumplir la tarea de bregar por poner el maoísmo como mando y guía de la revolución mundial.

El Presidente Gonzalo enseña, que al maoísmo se le ataca, niega y declara caduco porque es la más gloriosa cumbre de nuestra ideología científica. Y, así, el Presidente Gonzalo, enarbolando, defendiendo y principalmente aplicando el maoísmo a la revolución peruana, a la situación actual, con la guerra popular prueba la vigencia plena del maoísmo y aporta a su desarrollo. Es él quien ha definido el maoísmo como tercera, nueva y superior etapa de nuestra ideología, y establecido así la validez universal del maoísmo y la guerra popular, y que lo principal del maoísmo es el Poder para el proletariado; así mismo, ha establecido las tres etapas de la revolución mundial dentro del proceso de restauración y contrarrestauración para que la clase se afirme en el Poder definitivamente y que con guerra popular mundial enterraremos al imperialismo y la reacción; él ha reconstituido el Partido e iniciado la guerra popular, ha establecido la construcción concéntrica de los tres instrumentos de la revolución y la militarización del Partido, la guerra popular unitaria, campo principal y ciudad complemento, con las bases de apoyo como médula de la guerra popular, donde desde el inicio, destruyendo el viejo Poder se construye el nuevo Poder, el nuevo Estado, la preparación de la insurrección desde el inicio de la guerra popular, etc. Él nos lleva a pensar en la revolución de nueva democracia, pensar en su esencia como revolución, como derrocamiento de una clase por otra, que se hace con guerra

popular, con violencia, pensar en esta ley universal, más hoy que quieren darla por superada. La revolución de nueva democracia en China es un paradigma, un prototipo de revolución, nos dice el Presidente Gonzalo, que va contra el imperialismo, la feudalidad y el capitalismo burocrático. Nos enseña que para el Presidente Mao, la revolución de nueva democracia lleva inevitablemente a la segunda revolución, a su continuación ininterrumpida como revolución socialista, sin la revolución de nueva democracia no es factible la revolución socialista en un país como el nuestro; y más aún que, la revolución cultural, es la continuación de la revolución bajo la dictadura del proletariado sostenida en ejército popular para defender el nuevo Estado basado en inmensas masas: campesinado, proletariado, pueblo, para generar nuevas modalidades, para no repetir los viejos caminos capitalistas, derrumbados por la revolución y que desenrumban el camino socialista; aún más, que el socialismo habría de generar formas nuevas. Dejó establecido que la lucha de clases continúa y bien aguda, que el centro de la contienda es por la dictadura del proletariado apoyada en inmensas masas, demostrando la necesidad de la revolución cultural, que nos ha dejado grandes lecciones que ya aplicamos como la cuestión de cambiar la ideología como fundamental para que la clase tome el Poder (la necesidad de salto ideológico). Para el Presidente Gonzalo esto es en esencia la revolución, como dijera Marx, la marcha fragorosa de la clase para entrar al comunismo atravesando por la dictadura del proletariado.

Toda la actividad del Presidente Gonzalo y su todopoderoso pensamiento Gonzalo va contra la LOD revisionista y capitulacionista, contra el nuevo revisionismo y lo que plantea el Partido Comunista de Nepal (maoísta) y el camarada Prachanda. Por eso, el CoMRI, con respecto al Presidente Gonzalo, decía que él podría estar detrás de las «cartas» y que había que investigar; por eso, el CoMRI, conduce erróneamente la lucha de dos líneas, distorsiona el maoísmo y difunde una imagen falsa sobre el desarrollo actual del Partido Comunista del Perú y la guerra popular que dirige.

En esto convergen plenamente con la ofensiva contrarrevolucionaria general que desarrolla, en colusión y

pugna, el imperialismo, principalmente yanqui, la reacción mundial y el revisionismo, quienes aprovechando políticamente la situación de la detención en aislamiento absoluto del Presidente Gonzalo, lo atacan, infaman y calumnian como capitulador, revisionista, traidor, etc. Y crean todo tipo de patrañas en su contra para negar el maoísmo.

La colina del enemigo propagandiza la derrota de la guerra popular, que sólo hay restos, que estamos divididos, etc. Esta colina constantemente están aplicando «nuevos» planes, ahora con el gobierno de los genocidas Alan García y Gampietri, tiene sueños de como terminar su pesadilla y usan a la LOD en el Perú y al nuevo revisionismo en el extranjero, como los gobiernos anteriores. Su problema es su imposibilidad histórica y política de aniquilar la guerra popular.

En nuestra colina, el Partido mantiene firmemente el rumbo de la guerra popular, las acciones nos reafirman; sueñan, sueñan que un día cambiaremos de rumbo, nosotros desarrollamos la guerra popular siendo flexibles en la aplicación y firmes en los principios. Aplicamos: ver siempre nuevas formas, que es opuesto a la posición de «no importa el color de los gatos...» de Teng, porque el rumbo no se cambia, toma nuevas formas, y no cambio de color, ¡Con pensamiento Gonzalo materializado en guerra popular, el Partido soluciona todos los problemas nuevos que se le plantean en el camino de la revolución! Por eso el Magistral Discurso de nuestra Jefatura es arma de combate de comunistas, combatientes y masas.

En medio de la fluidez de la guerra y del proceso de restablecimiento y contrarrestablecimiento, los Comités Populares y las Bases de Apoyo, no sólo se mantienen sino que se desarrollan, luego de la inflexión, defendidos por el EPL, que derrota todas las campañas de cerco y aniquilamiento del enemigo.

Después de la detención del Presidente Gonzalo, cogiendo su Magistral Discurso como arma, firmemente sujeto a la BUP, el Partido ha continuado la guerra popular, en nuevas y complejas situaciones. Aplicando: ante una si-



tuación nueva, lo asimilamos y le damos respuesta, ahí está la cuestión, no basta ver el problema sino seguir desarrollando la guerra en las nuevas situaciones. Como nunca antes, hemos tenido tantas cosas nuevas y que hemos resuelto sin estar el Presidente.

La guerra popular es guerra de masas dirigida por el Partido. En nuestro país el campo es el centro de la guerra popular y la ciudad su complemento necesario. El desarrollo de la guerra popular requiere un gran salto en la incorporación de las masas a la guerra popular. Esto nos lleva a la necesidad de abrir nuevas zonas guerrilleras, ampliar y desarrollar el trabajo de masas, cogiendo la experiencia partidaria de la reconstitución y la década de los 80, pugnando por dirigir y organizar a las masas a través del Ejército Popular de Liberación. Las masas están por combatir y resistir como lo muestra las luchas de los maestros, de los campesinos cocaleros, de los médicos y paramédicos, de los docentes de las universidades, etc., ha habido bloqueos

de carreteras, toma de aeropuertos, quema de puestos policiales, ataques a establecimientos estatales y propiedades de la gran burguesía. Y eso siempre lo hemos planteado. El Partido en medio de la guerra popular prosigue con la forja de la actual dirección, después de perder buena parte de los dirigentes. Después de luchar y desenmascarar a la LOD cómplice de montesinos-CIA., el Partido, con la Jefatura del Presidente Gonzalo, basado en la BUP, marcha al nuevo Congreso del Partido para una más alta cohesión y establecer nuevos planes aplicando la construcción concéntrica de los tres instrumentos de la revolución.

La unidad de hoy se da por proseguir la guerra popular y establecer nuevos planes para desarrollarla. El Partido nos llama a partir de la realidad y a proseguir la guerra popular, como lo hizo el Presidente Gonzalo en su Magistral Discurso, desarrollando la lucha por potenciar el trabajo del Ejército dentro de las masas. El Partido llama a proseguir la forja de la dirección al más alto nivel orgánico, concretando el nuevo Congreso, y desarrollar la guerra popular construyendo la conquista del Poder en todo el país. Las ratas de la LOD que tanto publicitan algunos, sólo sueñan y truenan cuando la reacción la necesita. La lucha de dos líneas en el Partido siempre se da, la lucha entre izquierda y derecha es permanente, así algunos expresan sobreestimación y arguyen no ir a las masas, otros dicen hay que esperar, otros dicen «las masas no están dispuestas, hagamos acciones que repercutan», estas fueron algunas de las posiciones aplastadas, eran una «izquierda» en apariencia, pero en la práctica llevaba a aislarnos de las masas. La izquierda aplicó potenciar el trabajo de masas a través del Ejército, la reacción dicen ahora que venimos con nuevo verbo, eso si realmente les repercute. Aplicamos, en lo posible, de no ser carga de las masas. Dice la reacción, que cuando estamos en las alturas andinas, les hablamos distinto a las masas, etc. eso le apanica a la reacción. Las luchas de las masas a lo largo y ancho del país llena de pavor al imperialismo y a la reacción y a su gobierno, fascista, genocida y vendepatria de García, pues sabe que, las masas están planteando muy distinto en sus plataformas de lucha que hace tres años. Esto expresa como los nuevos dirigentes del Partido han aprendido en el curso mismo de la guerra, hay que sacar lecciones, la cuestión es que algunos no sopesaban que la guerra es una guerra a muerte, algunos pensaban que sólo íbamos de subida y que no había zigzagues y retrocesos

Hoy que se pregona la supuesta caducidad del maoísmo por el nuevo revisionismo, para tratar de justificar su traición a la guerra popular y la revolución mundial; coludidos con el imperialismo y la más negra reacción, corresponde asumir la defensa del Presidente Gonzalo y el pensamiento Gonzalo, porque ha devenido en la cuestión principal para la guerra popular y la revolución mundial.



Por lo tanto: llamamos a todos los Partidos y organizaciones de dentro y fuera del MRI a sumarse a la campaña de celebración del XV° aniversario del Magistral Discurso de nuestra Jefatura del 24 de septiembre de 1992, que vamos a iniciar el 29 de septiembre de este año con la Conferencia Internacional de Madrid.

**¡LA DEFENSA DEL PRESIDENTE GONZALO
Y DEL PENSAMIENTO GONZALO
HA DEVENIDO EN LA CUESTIÓN PRINCIPAL
PARA LA GUERRA POPULAR
Y LA REVOLUCIÓN MUNDIAL!**

**¡EXIGIMOS LA PRESENTACIÓN PÚBLICA,
EN VIVO, DEL PRESIDENTE GONZALO,
ANTE LA PRENSA Y LA TV NACIONAL
E INTERNACIONAL,
Y QUE SE LE PERMITA PRONUNCIARSE!**

Movimiento Popular Perú,

Agosto de 2007

**¡EMPUÑAR EL MAGISTRAL DISCURSO DE NUESTRA JEFATURA!
HOY EL PARTIDO PROSIGUIENDO SU APLICACIÓN
VA A UN NUEVO CONGRESO EN MEDIO DE LA GUERRA POPULAR**

“Vivimos momentos históricos, cada uno sabe que es así, no nos engañemos. Debemos en estos momentos poner en tensión todas las fuerzas para enfrentar las dificultades y seguir cumpliendo con nuestras tareas. Y ¡conquistar las metas!; ¡los éxitos! ¡la victoria! Eso hay que hacer...porque somos comunistas. Porque nosotros defendemos aquí los intereses del pueblo, los principios del Partido, la guerra popular. ¡Eso es lo que hacemos, lo estamos haciendo y seguiremos haciendo!”

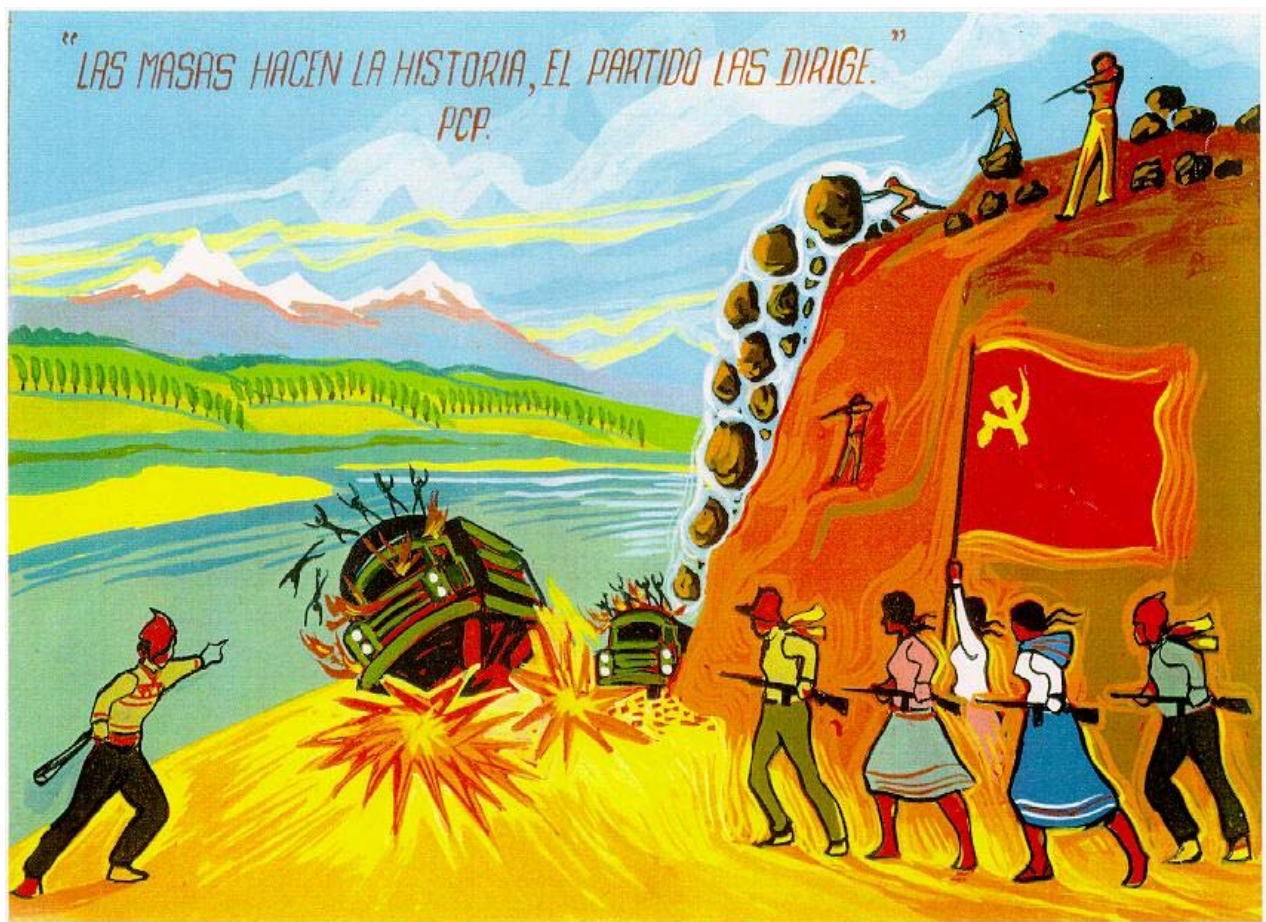
Presidente Gonzalo (24 de septiembre de 1992)

Estas magistrales palabras del Presidente Gonzalo expresadas en aquel momento histórico son la reiteración y la reafirmación del acatamiento del mandato del Partido, del proletariado y del pueblo de iniciar la guerra popular y no dejarla jamás hasta el comunismo. Guerra popular, que un puñado de comunistas presididos por el Presidente Gonzalo, asumieron la decisión de iniciar el 19 de abril de 1980, materializándose a partir del 17 de mayo de 1980. De allí en adelante todo sale de las armas, del cañón de los fusiles. Todo lo bueno viene de la guerra popular. Con guerra popular lo conseguimos todo, con ella lo tendremos todo, sin ella el pueblo no tendría nada.

Hoy, trascurrido quince años del magistral Discurso, del llamamiento del Presidente Gonzalo a continuar las tareas, de proseguir la guerra popular por lo que somos, el Partido Comunista y todos sus organismos, con el camarada que dirige todo el Partido a la cabeza, se complacen por el esfuerzo invertido, se regocijan de proseguir la guerra popular contra viento y marea. Compañeros, la revolución armada no

ha cesado ni un solo instante. Más aún, el Partido ha mantenido firmemente el rumbo de la guerra popular, aferrándose firmemente a los principios con flexibilidad en su aplicación. En resumen, ante la detención del Presidente Gonzalo se nos plantearon contradicciones. En el Partido el Presidente Gonzalo las concretó en su llamamiento a proseguir la guerra popular para construir la conquista del Poder. El Partido, con su Dirección encabezada por el camarada que dirige todo el Partido, en estos años viene plasmando ello a través del tronar de las armas, ya está escrito para siempre con plomo. La destrucción del camino de la guerra popular ya está conjurada; el proseguir ha triunfado, el plan de la reacción ha fracasado volado en mil pedazos por la guerra popular. Como estaba previsto por el Presidente Gonzalo y el Partido desde antes del inicio, las contradicciones se agolpan pero las manejamos, son tiempos de guerra, las contradicciones se desenvuelven, pero está en nuestras manos resolver todo plasmándolo en hechos bélicos, lo nuevo triunfará.

Por eso, precisamente hoy, nuestro Partido, expresa, una vez más, a través del Movimiento Popular Perú, a todos los reunidos aquí, al proletariado internacional, a los pueblos del mundo que todo ello va a proseguir sin arriar las banderas jamás. Que vamos a proseguir haciendo todo lo que nos demanda la realidad, resolviéndolo todo, plasmándolo en hechos bélicos, nada nos detendrá. El Movimiento Popular Perú, organismo generado del Partido para el trabajo en el extranjero, aprovecha la ocasión para expresar una vez más su saludo y sujeción incondicional a nuestro querido Presidente Gonzalo, Jefe del Partido y de la revolución, el más grande marxista-leninista-



ta-maoísta viviente sobre la tierra, centro de unificación partidaria y garantía de triunfo que nos lleva hasta el comunismo; así como a nuestra todopoderosa ideología científica del proletariado, el marxismo-leninismo-maoísmo, pensamiento Gonzalo, principalmente pensamiento Gonzalo; al Partido Comunista del Perú, nuestro heroico combatiente que dirige la revolución, a todo el sistema de dirección partidaria: Comité Central, Buró Político, Buró Permanente y al camarada que dirige todo el Partido, dirección reconocida y probada en años de dirigir la guerra popular, que practica los principios de el mando nunca muere, la bandera una vez izada nunca más deberá ser arriada y de guerra popular hasta el comunismo; a todos los eventos, documentos partidarios y directivas del Partido: al primer hito en nuestra vida partidaria, nuestro I Congreso, que nos ha dado la BUP, con sus tres elementos, nuestra ideología, nuestro programa y nuestra línea política general, con su centro la línea militar; a nuestro segundo hito en la vida partidaria, el III Pleno histórico y trascendental y al magistral Discurso de nuestra Jefatura; y, al actual plan en marcha y a la campaña que se desen-

vuelve actualmente en el país y en el extranjero por la celebración del 15° aniversario del magistral Discurso de nuestra Jefatura, que hoy aquí estamos iniciando, todo enmarcado en la etapa de la brega por el nuevo Congreso del Partido.

Compañeros, prosiguiendo, la guerra popular en el Perú es la primera que se inicia en el mundo cuando nuestra ideología universal devino en marxismo-leninismo-maoísmo, principalmente maoísmo; con un Jefe de autoridad y ascendiente reconocidos, con pensamiento guía y, que posteriormente devino en pensamiento Gonzalo, aplicación creadora del marxismo-leninismo-maoísmo a las condiciones concretas de la realidad peruana, con Base de Unidad Partidaria (BUP), es decir con Jefatura reconocida; con el primer Partido Comunista reconstituido sobre la base del marxismo-leninismo-maoísmo. Con Partido de nuevo tipo preparado para iniciar la guerra popular y dirigirla hasta la conquista del Poder en todo el país; con la teoría militar única, completa, verdadera y más alta del proletariado internacional, la guerra popular; con camino establecido, con plan de inicio y de

desarrollo estratégico. Es con la guerra popular en el Perú que la revolución mundial entra a la etapa de su ofensiva estratégica, al barrimiento final del imperialismo y de la reacción de la faz de la Tierra, lo cual nos demanda ser enemigos irreconciliables del revisionismo y de todo oportunismo; y, así, pugnando por la revolución en nuestra patria servimos a la revolución proletaria mundial, sin dejar las armas jamás, hasta que brille el comunismo sobre toda la faz de la tierra. Por eso, la guerra popular en el Perú es la prueba de la validez universal del maoísmo y de la guerra popular.

Nuestro Partido ha definido que hemos entrado a la etapa del nuevo Congreso, que nos llevará a establecer un nuevo hito histórico en la vida partidaria, en y para la guerra popular, marchamos con una Dirección cohesionada bajo la Jefatura del Presidente Gonzalo y el pensamiento Gonzalo. El nuevo Congreso es una necesidad Partidaria, lo demanda la realidad; lo cual demanda del Partido, de sus militantes, combatientes y masas, dura brega para plasmarlo con guerra popular: con guerra popular creamos las condiciones para conseguirlo, en otras palabras, si no hay condiciones, hay que generarlas para realizarlo, que entienda el mundo y los comunistas, así pasemos los peores momentos no arriar la bandera jamás. No retrocederemos ante ninguna dificultad y nos uniremos como un solo hombre para cumplir estas tareas, como enseña el Presidente Mao. De aquí, sacamos una derivación, este nuevo Congreso marxista, marxista-leninista-maoísta, pensamiento Gonzalo, principalmente pensa-



miento Gonzalo, sólo lo podremos cumplir en medio de la guerra popular dándole un mayor impulso. Un Partido y un Congreso con las armas en la mano, con una guerra popular que avanza contra viento y marea, obviamente tienen que servir para proseguir la guerra popular dándole un poderoso impulso. Nosotros somos practicantes de lo que nos enseña el Presidente Gonzalo, que “con una guerra popular pujante, cómo podría haber quienes se opusieran a desarrollar la guerra popular”. Por eso, el Congreso servirá a desarrollar la construcción de la conquista del Poder en todo el país con las armas en la mano, desarrollando la construcción concéntrica de los tres instrumentos de la revolución.

Eso es lo que corresponde a nuestro sentimiento, posición y concepción proletaria, lo que nos corresponde hacer como maoístas; como tales nos corresponde llevar la revolución hasta el fin y no abandonarla sin culminarla. Es la concreción práctica de !la rebelión se justifica! y de !no se juega a la revolución! Para nosotros, maoístas, los dos términos del problema están definidos así: “ Llevar la revolución hasta el fin significa emplear métodos revolucionarios para liquidar resuelta, definitiva, cabal y totalmente todas las fuerzas de la reacción, persistir sin vacilaciones en derribar al imperialismo, al feudalismo y al capitalismo burocrático, derrocar en todo el país la dominación reaccionaria del Kuomintang y establecer una república que sea una dictadura democrática popular, dirigida por el proletariado y basada en la alianza de los obreros y los campesinos. De este modo, la nación China se emancipará totalmente, el país se transformará de semicolonias en Estado auténticamente independiente; el pueblo chino se liberará por completo, se sacudirá de una vez por todas el yugo del feudalismo y del capitalismo burocrático (el capital monopolista chino), y, como resultado de ello, se realizará la paz basada en la unidad y la democracia, se crearán las condiciones previas para transformar a China de país agrícola en país industrial, y se hará posible el paso de una sociedad fundada sobre la explotación del hombre por el hombre a una sociedad socialista. Abandonar la revolución a mitad de camino significa ir contra la voluntad del

pueblo, someterse a la voluntad de los agresores extranjeros y de los reaccionarios chinos y dar tiempo al Kuomintang a curar sus heridas, para que un buen día se abalance repentinamente sobre la revolución con el fin de estrangularla y sumir de nuevo a todo el país en las tinieblas. Así precisamente, con toda claridad y toda agudeza, se plantea ahora el problema. De los dos caminos ¿cuál elegir? Cada Partido (...) debe reflexionar sobre este problema, elegir su camino y aclarar su posición” (Presidente Mao, Obras Escogidas, t. IV, págs 311-20). Ante ello como se menciona en la misma cita, no cabe adoptar un “camino intermedio”. Para los maoístas es cristal claro que el enemigo no desaparecerá por sí mismo. Ni los reaccionarios, ni las fuerzas agresoras del imperialismo se retirarán por su propia voluntad del escenario de la historia. Éstos, precisamente porque se dan cuenta de que ya no pueden impedir mediante la lucha puramente militar la victoria del pueblo en la guerra popular, conceden cada día más importancia a la lucha política a su maqui-nación de “paz”; con el fin de preservar las fuerzas reaccionarias y socavar las fuerzas revolucionarias; para detener por todos los medios la revolución donde está. Por el contrario, en tal situación el Partido Comunista debe destruir por completo las fuerzas reaccionarias y desarrollar plenamente las fuerzas revolucionarias hasta que se funde una república democrática popular en escala nacional. Y en el órgano popular para proclamar la República Popular y constituir el gobierno central no será admitido ningún reaccionario. Todo esto nos enseña el Presidente Mao, resumiendo más de cincuenta años de historia del movimiento comunista mundial hasta ese momento, incluso la que se estaba dando inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial, ante sus propios ojos, la historia de los principales Partidos Comunistas de Europa, quienes se adhirieron al “camino parlamentario” y en lugar de proseguir con las armas en la mano la destrucción completa de las fuerzas imperialistas y desarrollar plenamente las fuerzas revolucionarias para conquistar el Poder, optaron por la participación en los gobiernos y los parlamentos de sus respectivos países. Lo que los llevaría inevitablemente a caer víctimas de la incurable enfermedad del “cretinismo par-

lamentario”, y pese a algunas victorias electorales no sólo quedaron defraudados sino que se hundieron sin remedio en el pantano del revisionismo, enterrando la causa revolucionaria del proletariado.

Partiendo de los principios y de las enseñanzas de la historia de nuestro movimiento comunista internacional, aprendidas con sangre, el MPP ha venido criticando cada vez que se han manifestado posiciones incorrectas en el seno del MRI, especialmente en el PCR (EE.UU.) y en el PCN (M), sobre todo desde el año 2001, en cuanto a su incomprensión del carácter duro y prolongado de la guerra popular, en cuanto a sus declaraciones de “alto al fuego” o treguas para “conversaciones”, en cuanto a su concepción del nuevo Poder y señalado repetidas veces que alejarse del principio maoísta de la revolución ininterrumpida, sólo servirá para hacer arar a las masas en el mar y servir a abrir una amplia brecha al capitalismo como en Argelia, es decir al capitalismo burocrático y al imperialismo. Se expresaban problemas con la médula de la guerra popular, las Bases de Apoyo, con la construcción de lo nuevo, hemos señalado que ningún reaccionario puede participar en los Comités Populares, en el nuevo Poder. Tampoco estamos de acuerdo con el planteamiento del camarada Prachandra, que primero habría que hacer una revolución democrática de viejo tipo, como una etapa intermedia, para luego de ello poder hacer la revolución democrática de nuevo tipo, o que primero habría que eliminar la semifeudalidad, para luego más adelante eliminar el capitalismo burocrático, etc.; porque estamos en la época del imperialismo y la revolución proletaria mundial, por lo tanto el proletariado es la clase que asume la destrucción del imperialismo, del capitalismo burocrático y la semifeudalidad inseparablemente no en beneficio de la burguesía sino del proletariado, del campesinado principalmente pobre, la pequeña burguesía y la burguesía media, porque el proletariado maduro a través de su Partido Comunista de nuevo tipo le corresponde dirigir la revolución, por lo que no cabe revolución democrática de viejo tipo y toda revolución hoy sólo se puede cumplir a través de la guerra popular, forma principal de lucha, y las fuerzas armadas revolucionarias,

forma principal de organización. Lo que cabe es revolución democrática de nuevo tipo que culmina con la toma del Poder en todo el país y la instauración de la República Popular, para pasar seguidamente y sin interrupción alguna a la revolución socialista y la dictadura del proletariado, para marchar a través de sucesivas revoluciones culturales, junto con toda la humanidad, al comunismo. Así, se ve que los problemas de los camaradas de Nepal no eran problemas de aplicación sino problemas con la concepción. Nuestra crítica no tiene otro propósito que combatir y aplastar esas posiciones, esos problemas de concepción, que ha llevado a los camaradas de Nepal a donde actualmente están, y que de no corregir y autocriticarse profunda y sinceramente los llevará inexorablemente al “cretinismo parlamentario” y a hundirse en el fango del revisionismo; más aún, esta colaboración con los partidos de la gran burguesía y los terratenientes al servicio del imperialismo, principalmente yanqui, conducirá al Partido Comunista a convertirse en partido fascista.

Los camaradas de Nepal vienen haciendo todo lo contrario a lo que nos corresponde hacer a los maoístas; según su propia aseveración, teniendo el control sobre “el 80% del territorio de Nepal” y habiendo “pasado a la etapa de la ofensiva estratégica de la guerra popular”, es decir, prácticamente, estando a las puertas de la conquista del Poder detuvieron la revolución; “llamaron a conversaciones de paz”, en noviembre de 2005, para después, fines de abril de 2006 llegar a “acuerdos” con los partidos reaccionarios y declarar un nuevo “alto al fuego”; manteniéndose la monarquía para que una futura asamblea constituyente decida sobre su futuro; entretanto declararon que su objetivo inmediato era lograr una “república burguesa de democracia parlamentaria multipartidaria” “como paso previo a una República Popular” y para ello lograr un acuerdo de paz y vinieron nuevas “conversaciones de paz”, como resultado de ello en agosto de 2006 el camarada Prachanda, por su lado, y Koirala, el Primer Ministro del gobierno de la Alianza de los 7 partidos, por el otro, ambos por separado, mandan una carta con el mismo texto al Secretario General de la ONU soli-

citando su intervención para el monitoreo de los ejércitos y las armas, de las elecciones y de los derechos humanos en Nepal, esto es llamando a la intervención del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas en el “proceso de paz”, y como resultado de ellos se firmó el 21 de noviembre del año pasado el “Acuerdo Integral de Paz”, el principal y sus anexos, aprobándose una Constitución Interina, hasta la realización de las elecciones para la asamblea constituyente donde se decidiría el futuro de la monarquía, como consecuencia de ello en los primeros meses del presente año se dio la incorporación, primero, al parlamento interino y luego al gobierno interino de representantes del PCN (M) como parlamentarios y ministros. Así, primero retrocedieron en abril dejando que se mantenga la monarquía para decidirla en la constituyente, luego anunciaron a los cuatro vientos, y con bombos y platillos, pese a que decían que era un secreto, que una vez en las ciudades, harían la “revolución de octubre”; pero, se instalaron en Katmandú y luego se incorporaron al parlamento y gobierno interino, diciendo que esto iba a durar muy poco, “hasta mediados de junio”, en que se fijó la celebración de las elecciones para la constituyente, En los meses siguientes el PCN(M) y Prachandra han declarado que si no se declara la República (de vieja democracia burguesa) y otros puntos para “garantizar elecciones democráticas y limpias” entonces llamará a la “revuelta popular pacífica”; luego, dando un paso atrás, ha dicho que si los otros Partidos del gobierno interino no tratan con ellos los “22 puntos” planteados como prerrequisito para la realización de las elecciones de la asamblea constituyente del 22 de noviembre de 2007, entonces se retirarían del gobierno y llamarían a la “agitación pacífica”. Dieron plazo para que se atiende su petición hasta mediados de este mes de septiembre y que si no se atendían saldrían del gobierno sus cuatro ministros y procederían con la “agitación. El 18 de septiembre por acuerdo del PCN(M) sus 4 ministros presentaron su renuncia al gobierno. Previamente se dieron visitas de enviado de los gobiernos de USA, Reino Unido, China, India, etc., para conversar entre otros con los representantes del PCN(M) sobre el impasse político y han ocurrido desde entonces múltiples reunio-

nes entre los principales partidos de “los 7” con el camarada Prachanda y otros de sus representantes. Quiere decir que los 8 partidos (Los 7-partidos reaccionarios más el PCN(M)) ya están en tratamiento entre ellos, ya cada parte ha mostrado “buena voluntad” de ceder, vendrán nuevas concesiones de ambas partes, ninguna en beneficio del camino del pueblo, y todas serán para integrarlos más en el viejo Estado, y mantenerse así la Alianza de los 8 partidos, incluido el PCN (M), que los reaccionarios y sus amos imperialistas han previsto sea de 8 a 10 años, prosiguiendo el “proceso de paz” con apoyo financiero, material y de personal de las Naciones Unidas, es decir, de su Consejo de Seguridad, instrumento del imperialismo, principalmente yanqui, y de los demás imperialistas, en colusión y pugna, y de los reaccionarios hindúes que junto con los imperialistas suizos han actuado de “intermediarios”. Son estos por propia confesión de partes los que han redactado el “borrador” de “Acuerdo Integral de Paz” y sus anexos, adoptando el modelo de “Macedonia”, desechando el borrador presentado por el intermediario sudafricano. Los imperialistas y reaccionarios en Nepal han buscado presentar “el conflicto” como un “conflicto triangular al menos en ciernes”. Y la mejor oportunidad se les presentó con el “golpe de estado de palacio”, pues ellos no estaban por un acuerdo bilateral entre dos partes “armadas no-democráticas”, porque eso sería a costa de los “partidos democráticos”, por eso mediante presiones de la India y Estados Unidos al rey exigieron la inclusión de estos partidos para la “solución del conflicto”, a lo que llaman “estrategia inclusiva”. A propia confesión, después del “golpe” estos partidos se encontraban carentes de poder y desarmados. En todo esto, la monarquía ha servido a los agentes del imperialismo, en el papel de intermediarios, para conseguir su principal objetivo en toda esta etapa que va hasta el establecimiento de la constituyente, que ha sido y sigue siendo el “Empowerment”, el fortalecimiento de los “partidos democráticos” (reaccionarios al servicio del imperialismo, principalmente yanqui y de sus capataces de la India), “el fortalecimiento de una (potencial) parte para sentarlo en la mesa de negociaciones como parte beligerante consciente y con iguales derechos con



las otras partes beligerantes. Si tenían que haber conversaciones (pensaron los enemigos de la revolución, nota nuestra), pues en lo posible con los partidos democráticos como parte no armada, como actor en una mesa triangular” (Apuntes de la exposición de Günther Bächeler, funcionario del Ministerio de Relaciones Exteriores de Suiza, asesor para Fomento de la Paz en Nepal, EDA, Zurich, 21 de junio de 2007). De hecho por esa ruta, los camaradas de Nepal, no van a liquidar las fuerzas de la reacción y a fortalecer las fuerzas de la revolución para conquistar el Poder para el proletariado y el pueblo. A lo sumo podrán conseguir algunas victorias electorales y curules, ministerios y embajadas, podrán hasta llegar a más en este camino, pero todo sirviendo al fortalecimiento del viejo Estado y sus instituciones, partiendo del fortalecimiento del ejército y la policía como columna vertebral de ese Estado terrateniente-burocrático al servicio del imperialismo, como producto del cambio de régimen, de monarquía a república, pero eso no variará el carácter de clase del viejo Estado. Lo que los llevará inevitablemente a caer víctimas de la incurable enfermedad del “cretinismo parlamentario”, y pese a algunas victorias electorales no sólo quedaran defraudados sino que se hundirán sin remedio en el pantano del revisionismo, enterrando la causa revolucionaria del proletariado y del pueblo de Nepal y golpeando la revolución en el sudeste asiático. Y a esto marcharán irremediabilmente si no corrigen y prosiguen

tercamente perseverando en el error, ya sea, que las circunstancias les permita proseguir en esto en forma “pacífica” o les lleve al “empleo de formas violentas”, ¡del pantano revisionista no se salvaran! Ni con revueltas o sin revueltas, pues el problema aquí fundamentalmente no es de formas de lucha sino de objetivo político por el que se lucha. Sino recordemos como han terminado todos los partidos que transitaron por el revisionismo armado. Con los acuerdos del V Pleno Ampliado del CC del PCN(M), expresamente se ha sancionado el cambio de línea política, de organización y de forma principal de lucha; el V Pleno ha declarado que los objetivos del Partido son “Mesa Redonda, declaración de la República Burguesa y Asamblea Constituyente”, el Partido de Nepal consecuentemente con esto ha adoptado una forma de organización adecuada a tareas electorales.

Mientras, eso sucede en esta zona estratégica del mundo, del Tercer Mundo, en los países imperialistas, otros, que se dicen maoístas, se alinean con las actuales posiciones del PCR y del PCN (M) y por todo los medios buscan que nuestra posición, la posición maoísta, pensamiento Gonzalo, no llegue a los Partidos de dentro y fuera del MRI. Otros, adoptan una posición intermedia, callan, tampoco están por ayudar a los comunistas de Nepal ante esta compleja situación por la que están atravesando. ¿Por qué? Porque ellos nunca piensan iniciar la guerra popular, porque ellos tampoco están por hacer la propia revolución, como la forma más auténtica de practicar el verdadero internacionalismo proletario.

Por el contrario, el Partido Comunista del Perú muestra que es pues el heroico combatiente que dirige la revolución y el Presidente Gonzalo, desde donde está, y el camarada que dirige actualmente todo el Partido, sus dirigentes, cuadros, militantes, activistas y masas son ejemplo para los comunistas del mundo. Tenemos un Partido hecho para las peores circunstancias, sabedores que si nos ceñimos y aplicamos con flexibilidad los principios avanzamos. Porque como hemos señalado anteriormente contamos con un Partido con Jefatura reconocida, con pensamiento guía, devenido

en pensamiento Gonzalo, con una dirección forjada personalmente por el propio Presidente Gonzalo a su imagen y semejanza, probada y reconocida en estos años de dura brega de proseguir la guerra popular, todo esto permite al Partido enfrentar los problemas nuevos que se le presentan en el camino de la revolución. Un Partido con BUP y su pensamiento guía permite enfrentar lo que demanda la revolución, esto es un gran aporte a la revolución mundial.

Y es así, como luego de la detención del Presidente Gonzalo, cuando para capitalizar políticamente, la reacción impulsó la estructuración de la línea oportunista de derecha, revisionista y capitulacionista (LOD), fuera del Partido en las prisiones, de la mano de la CIA yanqui con su patraña de las “cartas de paz”; ratas que se tiraron con todo contra la BUP y el pensamiento Gonzalo, y hasta llamaron a un “II Congreso” para desconocerla, el Partido la aplastó con guerra popular. El Partido aplastó a las ratas de la LOD y demostró que eran informantes de la CIA; que era LOD montada, amamantada, financiada por la CIA y manipulada por las Fuerzas Armadas genocidas del viejo Estado peruano. Todos sus mamotretos, actividades, todos los audios, videos propalados certifican aquello en todo. Y por eso ahora las ratas de la LOD sólo suenan y truenan cuando lo necesita la reacción Y la reacción con sus engendros y patrañas contrarrevolucionarias también fracasó porque soñaron con quebrar al Partido, el plan del enemigo fracasó. Y ante ellos algunos miembros del CoMRI, del MRI, bambolearon, eso demuestra quiénes al primer ventarrón bambolean, eso marca su derrotero, quiénes tiran para la derecha. Esto sirve para ver quienes están firmemente por el maoísmo, la guerra popular y la revolución mundial y quienes ante cualquier acontecimiento nuevo, ante cualquier movida de la reacción, se perturban, no saben que hacer, bambolean y se alinean a la derecha. Éstos son tobogán a la derecha como decía el Presidente Mao.

Compañeros, el Partido el 92, dijo proseguir y asumir condición a cada uno, ahora se plantea un nuevo Congreso en medio de la guerra popular para proseguir por la conquista del Poder, ello demuestra la gran

importancia estratégica del aporte del Partido, del Presidente Gonzalo, a la revolución mundial, al haber dotado a éste de una BUP y un pensamiento guía, ésta es otra derivación de gran y decisiva importancia. Porque dirección es clave, porque son 15 años de brega indomable por los principios del Partido y la guerra popular que prueban a una Dirección; sus planes, su cohesión y metas. Y dentro de esta dirección destaca uno, éste es el camarada que dirige todo el Partido. Todo esto permite ver claro como combatimos y como nos combatieron, como enfrentamos las nuevas situaciones más complejas y difíciles porque la guerra se va desarrollando y se va complejizando, se van agolpando las contradicciones, y tenemos que resolverlas con hechos bélicos, esto permite ver como aplicamos la línea. Este ejemplo inconmensurable del heroico combatiente, el Partido, debe estremecer al mundo, a los camaradas en Nepal que están abandonando la revolución en el momento final y a los que no inician, a los que sobreestiman o ven súper poderoso al enemigo, al imperialismo, a la reacción mundial y al revisionismo, a los que no están por iniciar.

Para finalizar, el magistral Discurso de nuestra Jefatura resplandece victorioso y pujante ante el mundo como arma de combate de comunistas, combatientes y masas, es decir el Discurso debemos aplicarlo, hoy nos corresponde empuñarlo para proseguir y al proseguir el Presidente Gonzalo está más presente con nosotros así enfrentando al nuevo revisionismo. El 92 nos dijo proseguir, hoy el Partido prosiguiendo su aplicación va a un nuevo Congreso en medio de la guerra popular para continuar con la forja de los nuevos dirigentes al más alto nivel orgánico partidario, para alcanzar una aún más alta cohesión, para establecer y aplicar los nuevos planes y para desarrollar más la guerra para la conquista del Poder en todo el país, dándole un poderoso impulso. El mundo debe saber una vez más que contando con Partido, con BUP y pensamiento guía se resuelven las cosas, si no hay condiciones se conquistan las condiciones, se resuelven las necesidades, las cosas y ello sirve a todos los que en el mundo están por la revolución, por el barrimiento del imperialismo y la reacción de la faz de la tierra

para proseguir la marcha de toda la humanidad hacia nuestra única meta, el siempre dorado comunismo. La reacción pensó aniquilar al Partido y así acabar con la revolución, y para ello buscó capitalizar políticamente la detención del Presidente Gonzalo; montaron a la LOD, para quebrar a los maoístas en el Perú y en el mundo; para quebrar a los maoístas que iban a iniciar o estaban por iniciar la guerra popular. Estos quince años de dura prueba sin el Presidente, sirve para mostrar al mundo que su magistral Discurso es arma de combate, que el Discurso traducido en acciones, bien aplicado, sirve a la clase y a todos los que en el mundo están por la revolución. Así el Partido Comunista del Perú en estos quince años transcurridos sirve concretamente a la revolución mundial.

¡VIVA EL 15 ANIVERSARIO DEL MAGISTRAL DISCURSO DE NUESTRA JEFATURA QUE RESPLANDECE VICTORIOSO Y PUJANTE ANTE EL MUNDO COMO ARMA DE COMBATE!

¡POR NUEVO CONGRESO DEL PARTIDO EN MEDIO DE LA GUERRA POPULAR!

¡VIVA LA GUERRA POPULAR VICTORIOSA E INVENCIBLE!

¡VIVA EL PRESIDENTE GONZALO!

¡VIVA LA BUP!

¡VIVA EL MARXISMO-LENINISMO-MAOÍSMO, PENSAMIENTO GONZALO, PRINCIPALMENTE PENSAMIENTO GONZALO!

¡VIVA EL PARTIDO COMUNISTA DEL PERÚ!

Movimiento Popular Perú

Septiembre de 2007

Informe sobre la intervención del MAI en la Conferencia Internacional de Madrid

El pasado 29 de septiembre de 2007 se celebró en Madrid la Conferencia Internacional, organizada por el Movimiento Popular Perú (MPP), organismo generado por el Partido Comunista del Perú (PCP) para el trabajo internacional, a la que nuestra organización, el Movimiento Anti-Imperialista (MAI), fue invitada a participar. Aceptamos el ofrecimiento convencidos de que, con ello, cumplimos con la tarea que nos hemos impuesto de apoyar activamente a todos los destacamentos de vanguardia comunista que detentan las posiciones políticas que permitirán la recomposición del movimiento comunista internacional en todos sus aspectos.

A continuación exponemos el resumen de nuestra intervención oficial:

Empezamos nuestra intervención con un agradecimiento por la invitación a asistir a esta Celebración Internacional, así como por la posibilidad que se nos brindaba para poder expresar oficialmente nuestro saludo y posición. Esta invitación es doblemente importante y significativa para nosotros, pues es conocido que el MAI no se proclama oficialmente maoísta, lo cual no es óbice para que reconozcamos que Mao representa la posición más elevada alcanzada por la Revolución Proletaria Mundial durante el pasado Ciclo revolucionario de Octubre.

Para el MAI, la revolución proletaria plantea cuatro problemas fundamentales, que han de ser resueltos en este orden por todo Plan General de construcción política revolucionaria:

1. El problema de la guía ideológica.
2. El problema del Partido Comunista como único posible agente de la revolución.
3. El problema del establecimiento de la Guerra Popular como estrategia revolucionaria en la situación concreta de cada país.
4. Y el problema de la creación de las bases de apoyo sobre las que ha de sustentarse el Nuevo Poder.

Actualmente, el problema principal que ha de ser resuelto es el de la guía ideológica. La tarea que de ello se desprende presupone la asunción del final del Ciclo revolucionario de Octubre, lo que conlleva la necesidad insoslayable de realizar el Balance general del mismo, lo cual implica a su vez el problema de la reconstitución ideológica del comunismo como cuestión ineludible que se impone a la vanguardia. Para ello, el maoísmo, como posición más elevada del marxismo alcanzada durante el Ciclo, representa la atalaya desde la cual abordar la

elaboración del Balance de la experiencia histórica de la Revolución Proletaria Mundial en su conjunto.

Para el MAI, la reconstitución ideológica es imprescindible como paso previo a la reconstitución política del comunismo, esto es, a la reconstitución del Partido Comunista, sin el cual es a su vez imposible llevar a cabo la revolución.

Para la realización del Balance es imprescindible el concurso de los destacamentos que están en disposición de reconstituir el comunismo, para lo cual debe de emplearse conscientemente el método dialéctico que permite abordar esta tarea, la lucha de dos líneas.

Nuestra presencia en este acto internacional en apoyo de la Guerra Popular en Perú es además para contribuir al debate franco y fraterno entre organizaciones que comparten objetivos, para desarrollar la lucha de dos líneas, poder exponer nuestras opiniones y debatirlas y, sobre todo, poder aprender y salir de ella más reforzados como destacamento comunista de vanguardia en el Estado español.

El éxito de la Guerra Popular en Perú coadyuvará a que el comunismo reconquiste la posición de vanguardia del movimiento obrero y popular al levantar de nuevo la bandera roja como referente válido y vigente de emancipación para la humanidad.

Después de que fueran leídos los comunicados de adhesión de las organizaciones que no habían podido acudir a la Conferencia y de que los delegados presentes que la apoyábamos hubieran completado sus intervenciones desde la tribuna, se dio paso al debate entre los asistentes. Las intervenciones en él del MAI centraron la mayor parte de su desarrollo, pero, aunque teníamos interés por plantear algunas de las diferencias de línea que mantenemos con el PCP, nuestro principal objetivo fue en todo momento el de contribuir al éxito de la Conferencia.

En primer lugar, situamos la cuestión candente que divide actualmente en el Estado español los campos de la revolución y la contrarrevolución en el seno de la vanguardia, el que ahora es el primer elemento político de deslinde entre comunismo y oportunismo, a saber, la definición de la vía adecuada para alcanzar el Socialismo, en la que pugnan los defensores de la Guerra Popular como método de conquista de las masas, medio de destrucción del Estado burgués y modo de implantación de la Dictadura del Proletariado como tarea inmediata del proletariado, frente a quienes pretenden la reforma del Estado monárquico a través de la instauración de una

III República burguesa como forma de transición hacia el Socialismo. Señalamos que esta segunda vía sólo pretende liquidar la revolución y que era pertinente situar su denuncia en el marco de esa Conferencia porque, aunque esta línea hunde sus raíces en cierta tradición cultural, producto particular de la historia revolucionaria de España, es especialmente peligrosa porque hoy refleja y complementa, en el interior de nuestro movimiento, el nuevo revisionismo que en el plano internacional encabeza la camarilla de Prachanda desde Nepal. De esta manera, la repercusión en nuestro país de las actuales condiciones de la lucha de clases y de la lucha de dos líneas internacional coloca en el centro, de manera ineludible, la alternativa política entre construcción de una línea basada en Guerra Popular y construcción de una línea de reforma política, opción ante la que debe elegir sin dilación la vanguardia. En estos términos, lo que se pone en el orden del día es un problema de orden político, todavía no de naturaleza ideológica, como por ejemplo el del posicionamiento respecto al maoísmo como “nueva, tercera y superior etapa del marxismo”, en el que insisten bastante los maoístas de este país. Por consiguiente, el primer paso para la revolución en el Estado español consiste en levantar la bandera roja de la Guerra Popular y de la Dictadura del Proletariado frente a la bandera tricolor de la burguesía reformista para aglutinar en su torno un movimiento de vanguardia que se convierta en referente político para el movimiento obrero y en base para la Reconstitución del Partido Comunista.

En segundo lugar y en relación con esta última cuestión de la Reconstitución del partido de nuevo tipo proletario en el Estado español, nos referimos a los requisitos necesarios para su consecución y, en particular, a la diferente naturaleza de la táctica que debe aplicarse en función del carácter de la revolución en cada país, de si se trata de una Revolución Socialista o de la revolución de Nueva Democracia. Esto no fue entendido bien por los asistentes a la Conferencia, sobre todo por los camaradas del MPP, que insistieron en que las premisas del Partido son siempre las mismas y en que no hay diferencia entre países imperialistas y países oprimidos a la hora de construir los tres instrumentos (Partido, Ejército y Nuevo Poder). Sin embargo, desde nuestro punto de vista, se estaba confundiendo la cuestión de la estrategia comunista, la de los objetivos y la línea general que debe guiarla, con la táctica, con los medios que es preciso implementar, en función de las condiciones específicas de cada país, para alcanzar esos objetivos. En concreto, resulta de cardinal importancia para comprender esto cerciorarse del carácter de las reivindicaciones que promueve la lucha de las masas: en los países oprimidos, la lucha básica del campesino por su tierra, la reivindicación de *la tierra para el que la trabaja*, adquiere carácter revolucionario de manera inmediata por sí misma, porque su cumplimiento supone un ataque a las relaciones de propiedad imperantes que amenaza directamen-

te todo el sistema de relaciones sociales y de clase de los Estados semif feudales, mientras que, en los países imperialistas, las reivindicaciones básicas de las masas obreras por su salario o por sus condiciones laborales no cuestionan en absoluto las relaciones sociales capitalistas, al contrario, las reproducen. Por lo tanto, desde la perspectiva de la táctica adecuada para el cumplimiento de los objetivos revolucionarios, en primer término la Reconstitución del Partido Comunista, y en particular desde el punto de vista de la naturaleza de la línea de masas que la vanguardia debe aplicar para su logro, no es lo mismo partir de un contexto de lucha de clases en el que las reivindicaciones de las masas son ya revolucionarias, que de otro en el que esas reivindicaciones no lo son, sino que, al contrario, en última instancia son reaccionarias. Esto explica la posibilidad de que en los países oprimidos, con una revolución burguesa en el orden del día y con unas masas que desean y sienten la necesidad de transformaciones radicales, como ocurría en Perú, “un puñado de comunistas” (como se dice en la alocución del MPP a la Conferencia *¡Empuñar el magistral discurso de nuestra Jefatura!*) pudiese iniciar con éxito el levantamiento y la organización de las masas campesinas por medio de la Guerra Popular, pudiese incitar y colocarse a la cabeza de la guerra campesina, que en realidad estaba en ciernes o era ya un fenómeno endémico en ese tipo de sociedades rurales. En los países imperialistas, en cambio, no ocurre nada parecido. Se precisa de un periodo más prolongado y más profundo de maduración de las condiciones subjetivas de la revolución, que excluye la posibilidad de un partido organizado directamente para dirigir masas y de un partido militarizado para armar inmediatamente a esas masas; un periodo que exige, en primer lugar, la organización y dirección de la vanguardia para reconstituir un Partido que pueda conquistar a las masas transformando sus reivindicaciones parciales reformistas (*reaccionarias*) en movimiento revolucionario a través de la Guerra Popular. Ésta es la forma que adquiere, en el terreno de la táctica, la tesis leninista de que en los países con capitalismo desarrollado es más difícil conquistar el poder, pero más fácil consolidarlo, mientras que en los países atrasados es más fácil conquistar el poder, pero más difícil consolidarlo. Verdad que han ratificado las experiencias de Perú y Nepal.

Como los camaradas del MPP creyeron que caricaturizábamos su experiencia olvidando todo su trabajo de preparación revolucionaria, dando a entender que se limitaron a recoger algo que estaba ya preparado independientemente de su labor política, insistimos en que no nos referíamos a esto, sino, utilizando su propio análisis, a la caracterización del Perú de los años 70 realizada por el Presidente Gonzalo como de “situación revolucionaria en desarrollo”, situación que no se da aquí, ni mucho menos. Si en los países oprimidos semif feudales puede darse una situación revolucionaria “estacionaria” o “en desarrollo”, no ocurre así, a nuestro entender, en

los países imperialistas. Aquí, debe aplicarse el principio, que también defiende el PCP, de que “si no hay condiciones se conquistan las condiciones, se resuelven las necesidades”, porque este principio, y estamos de acuerdo en ello, “sirve a todos los que en el mundo están por la revolución” (ver la misma alocución a la Conferencia antes citada). Pero este principio no es frase hueca si se acepta que en los países imperialistas no se puede partir de una “situación revolucionaria” distinta de la que genere el Partido reconstituido preparando e iniciando Guerra Popular, transformando las condiciones objetivas de crisis general del capitalismo en su fase monopolista, y no esperando a que estas condiciones objetivas creen una supuesta “situación revolucionaria en desarrollo” particular por sí mismas –como algunos esperan de la actual crisis económica internacional– e independientemente de la actividad del Partido Comunista. Por lo tanto, no es suficiente la indicación genérica, que defiende el propio PCP y que se ha convertido casi en una receta, de que hay que forjar Partido y desarrollar lucha de dos líneas en medio de las masas, también es preciso crear las condiciones para que la vanguardia conquiste la posición desde la que su trabajo entre las masas no se desvíe irremediabilmente hacia el sindicalismo o hacia el terrorismo, como ha ocurrido siempre en los países imperialistas cuando se ha aplicado sin criterio aquella receta. En conclusión y comparativamente hablando, la fase de Reconstitución precisa de un periodo probablemente más amplio y con tareas más complejas, sobre todo en lo que se refiere a la línea de masas, en los países imperialistas. Construir movimiento revolucionario sin “situación revolucionaria” presenta y exige requisitos políticos distintos. Esto es lo que ocurre en países como España, a diferencia de países como Perú, y esto es lo que planteamos en la Conferencia Internacional.

Finalmente, nos dirigimos a la Mesa de la Conferencia para que nos informase de cómo había resuelto el PCP la contradicción que se le presentó al partido con la *caída* de la jefatura, cuando debieron recuperarse y proseguir la Guerra Popular sin la dirección de aquella, requisito indispensable según sus propios postulados. Y añadimos que, en cualquier caso, el MAI no comparte esa tesis, ni la del *pensamiento guía*, sino que opina que es todavía correcta la idea de Lenin del Partido como pensador colectivo y como organismo social productor de pensamiento de vanguardia. Los camaradas del MPP respondieron reiterando las posiciones de su partido a este respecto: que la lucha de clases proletaria genera pensamiento guía y jefatura, que por necesidad, por las contradicciones de la materia, siempre sobresale un jefe y que no existe contradicción entre jefatura y Partido porque se sigue la correlación que estableció Lenin entre masas, clases, partidos y jefes. En cuanto al Perú, los camaradas del MPP señalaron que el apresamiento del Presidente Gonzalo, aunque fue un duro golpe, no creó un problema específico de dirección de la Guerra Popular, porque nunca se pretendió que ésta fuera diri-

gida desde la cárcel, sino que precisamente el PCP se ha recuperado de ese golpe a lo largo de estos años centrando en dirección y gracias a que el principio de jefatura y el pensamiento guía han favorecido la formación de nuevos dirigentes.

Una vez aclarados estos puntos y como no había, por nuestra parte, la menor intención de exacerbar el debate y desviar los trabajos de la Conferencia de sus verdaderos objetivos, manifestamos nuestro deseo de continuar confrontando con posterioridad nuestros respectivos puntos de vista, no sin insistir en que, por lo que se refiere a la tesis de la jefatura, en nuestra opinión, supone una suplantación de hecho del papel del Partido, que en la doctrina de Lenin no se habla de un jefe del Partido, sino de un *Partido de jefes*, y que la jefatura unipersonal puede tener cabida, en un momento dado y bajo determinadas condiciones particulares, como resultado de la lucha de dos líneas en el seno de la vanguardia, como subproducto de la solución de la contradicción entre marxismo y revisionismo, pero que no es legítimo universalizar este resultado porque la contradicción en el interior de la vanguardia es secundaria respecto de la contradicción entre vanguardia y masas, que es la que da carta de naturaleza al partido de nuevo tipo proletario. Por último, añadimos que el PCP debería aprovechar su II Congreso para matizar, en esta dirección y a tenor de su propia experiencia de los últimos lustros (su capacidad para recuperarse, generar dirección y proseguir Guerra Popular en ausencia de Gonzalo), su doctrina de la jefatura, propuesta que, por supuesto, fue rechazada pues, como se nos informó, ese Congreso no se propone rectificar ni concebir una nueva línea, sino consolidar orgánicamente al partido, principalmente en cuanto a su dirección, y reafirmar el pensamiento gonzalo y su jefatura.

El MAI se congratula por su contribución al éxito de la Conferencia Internacional de Madrid y felicita al MPP por generar un marco internacional para el desarrollo de la lucha de dos líneas, vía de reforzamiento de la izquierda del movimiento comunista internacional y de denuncia y aplastamiento de la línea negra revisionista que hoy impera en él. Asimismo, manifiesta sus mejores deseos para que se cumplan cuanto antes los objetivos que promovieron esta Conferencia y que pronto se celebre con éxito rotundo el II Congreso del PCP que lleve hacia su triunfo final la Guerra Popular en Perú, primera base de apoyo de la Revolución Proletaria Mundial.



¡Boicot!

El aparato de legitimación ideológica y política del Estado ha puesto en marcha, una vez más, toda la tramoya necesaria para escenificar una nueva farsa electoral, que culminará en la jornada del 9 de Marzo. Los participantes en la misma podrán elegir, entre la poco variada oferta, a aquéllos que gestionarán los intereses de la clase dominante, la explotación de la clase obrera y la opresión de los pueblos durante los próximos cuatro años. Éste es el único papel que otorga el sistema representativo burgués al pueblo en el proscenio de la política. Por lo tanto, en el mejor de los casos, las elecciones sólo sirven como termómetro del estado de ánimo de las masas y como indicio que ayude a calibrar la situación política, de modo que permita definir mejor las tareas para el desarrollo del movimiento revolucionario del proletariado.

Parlamento y Reconstitución

Para el proletariado, el parlamento no es ni puede ser la vía adecuada para superar las lacras del capitalismo, ni para transformar y poner fin a la sociedad de clases, objetivos últimos de la lucha de la clase obrera; tampoco sirve el parlamento para propiciar, desde el reformismo, las condiciones políticas y culturales de la elevación de la conciencia de las masas que las acerque a la comprensión de la necesidad inmediata de la revolución socialista, ni tampoco como instrumento para alimentar las contradicciones en el seno de la clase dominante como método que permitiese precipitar la crisis de su sistema político. Ninguno de los argumentos esgrimidos por las organizaciones *comunistas, obreras o de izquierda* pretendidamente revolucionarias para justificar su participación oportunista en el juego electoral es legítima desde el punto de vista de los intereses estratégicos de la revolución proletaria; y esto es importante decirlo en atención a los nuevos conversos de la legalidad burguesa que, de repente, procedentes incluso de los extremos del maoísmo y de la guerra popular, han redescubierto las virtudes del sufragio universal: de las gélidas cumbres himalayas y andinas descienden vientos de aceptación fría y resignada del

parlamentarismo, vientos que aquí propagan los acólitos de Prachanda y la LOD peruana; aquéllos que, hasta hace poco, denunciaban rabiosamente cualquier participación en el “circo electorero” hoy se muestran *flexibles* e indulgentes, defendiendo tal posibilidad en general y en abstracto, sin explicar bajo qué condiciones pueden servir las elecciones y el parlamento burgueses al proletariado. Al parecer, basta que sea “según nuestros criterios y a nuestra propia manera”, como si en algún momento pudiéramos los comunistas imponer las reglas juego electoral burgués, y “cuando podamos vencer”... ¡como si esto fuera posible! El paso del dogmatismo de izquierda al oportunismo de derecha pone en evidencia el viraje hacia el cretinismo parlamentario de los nuevos conversos, su disposición a integrarse en el sistema mientras esperan *tiempos mejores* y su renuncia a luchar por la reconstitución del comunismo.

El parlamento sólo es y será útil para el proletariado como instrumento de propaganda en la fase de acumulación de fuerzas de su vanguardia, es decir, en la etapa de reconstitución del Partido Comunista, cuando es preciso reunir y organizar el movimiento político de la vanguardia revolucionaria del proletariado. No es ni será útil, sino contraproducente y contrarrevolucionario, como método de acumulación de fuerzas de masas. Cuando el Partido Comunista haya sido reconstituido sólo existirá un método y un camino para el desarrollo y extensión de la revolución: la línea militar proletaria y la guerra popular, construyendo el nuevo poder y destruyendo el viejo, con su parlamento, sus partidos, sus sindicatos y demás engranajes de sometimiento y encuadramiento de las masas trabajadoras en el Estado capitalista. Éste es, por tanto, el único criterio válido de aplicación del principio táctico marxista-leninista de utilización de las elecciones y el parlamento burgueses, criterio refrendado por todo el desarrollo histórico de la lucha de clases del proletariado. Esta experiencia permite, hoy en día, definir más concretamente las condiciones de participación del proletariado revolucionario en la legalidad burguesa, y exige que se denuncie a los oportunistas que hablan de esta

cuestión en términos abstractos y en general, dejando abierta la puerta a la desviación electoralista del comunismo.

Así pues, involucrarse en el guirigay electoral sólo es posible en las condiciones de caos, descomposición y atomización políticas, en las condiciones prepartidarias, del movimiento comunista; sólo es concebible como un recurso de la línea de masas comunista dirigida a la vanguardia proletaria, y no en un primer momento, ni en cualquier etapa de la reconstitución: únicamente cuando la línea general y la línea política comunistas hayan sido definidas en sus bases fundamentales y en su torno haya cristalizado un mínimo de organización. Una vez cumplidos estos requisitos se tomará en consideración la utilidad de la legalidad burguesa, y sólo en función del objetivo de la reconstitución y si la coyuntura política favorece la consecución del mismo. Alcanzado éste, la participación electoral del Partido Comunista es rechazable en cualquier caso. Cuando la clase obrera, a través de la reconstitución culminada de su partido, haya alcanzado la capacidad ideológica, política y organizativa para actuar como clase independiente se impondrá como siguiente objetivo inmediato la lucha por el poder, y esta lucha sólo puede concluir exitosamente desde la guerra civil, desde el inicio de la guerra popular por parte del Partido Comunista.

En consecuencia, como el momento por el que atraviesa actualmente el comunismo es de definición de sus premisas ideológicas, de establecimiento, precisamente, de sus principios, línea general, línea política y bases organizativas, no puede ni debe participar en la confrontación electoral. La actual etapa es de recomposición interna: el comunismo revolucionario es demasiado débil para presentar batalla abierta a la burguesía. Tras la clausura del primer gran ciclo histórico de la Revolución Proletaria Mundial, el Ciclo de Octubre (1917-1989), del que el proletariado salió derrotado, se impone toda una etapa de reconstitución a todos los niveles del movimiento comunista, se precisa un periodo de asimilación de esa experiencia histórica como único método que posibilite la recuperación de la posición de vanguardia social que un día disfrutó el comunismo. Sólo así estará en condiciones de abrir un nuevo ciclo revolucionario y afrontar con mayores garantías de éxito su próximo asalto al poder. Mientras dure esta etapa de reconstitución ideológica, la confrontación política con la burguesía en el terreno electoral no tendrá ningún sentido. Lo principal será desarrollar lucha de dos líneas en el seno de la vanguardia para resolver las cuestiones ideológicas de fondo que tienen sumido al proletariado revolucionario en su actual crisis. La reconstitución ideológica es condición para la reconstitución política del comunismo bajo la forma de Partido Comunista. Sería únicamente en esta

etapa de reconstitución política, antes de su culminación y como método para apoyarla, cuando podría bajarse la posibilidad de la utilización comunista de las elecciones y el parlamentarismo burgueses. Una vez ganada la vanguardia para la reconstitución ideológica del comunismo, el frente electoral puede ser uno más de los frentes legales que abra el movimiento comunista para conquistar políticamente a los sectores de avanzada del movimiento obrero y popular con el fin de llevar a cabo la reconstitución del Partido Comunista.

Reforma o Revolución

Desde el punto de vista de los intereses de la vanguardia revolucionaria, por tanto, la presente batalla electoral carece de sentido porque no tiene ninguna relación con ni puede contribuir al cumplimiento de sus tareas más urgentes, relacionadas con la reconstitución ideológica y política del comunismo. Pero, ¿qué ocurre desde el punto de vista de los intereses de las masas de la clase obrera?

El hecho objetivo de que pueda hablarse de los intereses de la vanguardia obrera como algo distinto de los intereses de la masa obrera ya de por sí dice mucho sobre la situación por la que atraviesa el movimiento obrero y, en particular, pone de relieve su principal característica actual: la escisión existente entre ambos como consecuencia de la derrota del Ciclo de Octubre. Quienes no entienden esto –que es la mayoría del movimiento– y pretenden salvar esa distancia tratando de acercar sus programas políticos a las masas, sólo pueden hacerlo articulando su discurso como programa electoral, como una oferta más del escaparate de siglas que es la política burguesa. La aceptación de la *mercantilización* del propio programa político expresa la impaciencia oportunista y la incapacidad para comprender, por parte de la mayoría de nuestro movimiento, la necesidad del tránsito por una fase política de interinidad cuya meta es la superación de esa escisión con el movimiento obrero práctico y la recuperación de la fusión de la ideología comunista, una vez reconstituida, con la clase obrera. Intentar salvar esta distancia directamente, a través de la confrontación electoral abierta, lo único que trae consigo es narcotizar a las masas con la falsa esperanza de que es posible cambiar y mejorar las cosas desde la legalidad burguesa y con la reforma del Estado desde dentro, además de la rebaja del mensaje y el programa comunistas hasta cotas intolerables con la excusa de hacerlo accesible a las masas. La derrota del proletariado y el fracaso en la construcción socialista están todavía demasiado frescos en la memoria colectiva como para que las masas quieran, sin más, otorgar su confianza y dar su apoyo a quienes somos depositarios y nos consideramos herederos de esa experiencia histórica, y más



aún si quienes se acercan a ellas con panaceas políticas se empeñan en ofrecerles modelos del pasado o del presente que ellas mismas entienden que están superados (URSS, China, Cuba, chavismo...), más aún si nos empeñamos en eludir la responsabilidad de realizar el Balance de esa experiencia para despejar los interrogantes que sobre la misma colocan esas masas. Pero, en lugar de afrontar la realidad de la situación, el sector oportunista y revisionista de nuestro movimiento se empeña en sustituir el papel del Partido Comunista con soluciones de corte electoral. Para ello, ha tocado y tocará todos los palos que le permita la legalidad burguesa, desde la presentación de candidaturas particulares, hasta los frentes de izquierda, pasando por las plataformas republicanas, como forma de encontrar un lugar bajo el sol y salir de la crisis en la que se haya inmerso desde la llamada *transición* política. Con este proceder, sin embargo, lo único que consiguen estos pretendidos representantes de los obreros es conducir al proletariado a la cola de otras clases y convertirlo en clase-apoyo de intereses sociales distintos de los suyos. Con este proceder, el sector oportunista y reformista de nuestro movimiento se ha convertido en el principal obstáculo de la reconstitución del comunismo y, en consecuencia, en el primer enemigo a batir del comunismo revolucionario.

Combatir el revisionismo, el oportunismo y el reformismo es, pues, tarea ineludible. Los comunistas revolucionarios no podemos engañar a las masas con la ilusión de que su situación puede cambiar de una manera sustancial sin una profunda y radical subversión de la sociedad capitalista; no podemos hacerles creer que las cosas pueden cambiar mañana, que con

su voto pueden mejorar. Sin embargo, éste es el mensaje subliminal que envían los cretinos reformistas del movimiento comunista. Cuando podamos ofrecer a las masas un mensaje con el que podamos ser consecuentes de manera práctica, cuando podamos llevarles consignas de acción inmediata, todos y todas tendrán el mismo contenido y portarán el mismo significado: ¡A las armas! Otra cosa es embuste y mentira contrarrevolucionaria.

El reformismo es reaccionario

Pero, mientras tanto, los comunistas nos veremos obligados, en todo momento, a dirigir nuestra propaganda contra las ilusiones reformistas y constitucionalistas con las que, tanto los revisionistas como la burguesía, tratan de embaucar al pueblo. Y si, por ahora, no podemos ofrecerle un programa revolucionario de aplicación inmediata, sí, al menos, podemos desenmascarar la falacia del reformismo y ayudarle a comprender la futilidad de esta vía política. Un breve balance de la acción de gobierno de la última legislatura nos ayudará en este cometido, por cuanto puede calificarse de reformista en su pleno sentido y por cuanto expresa un modelo práctico—independientemente de su posible mejora, atendiendo al punto de vista de los sectores reformistas más *radicales*—de cómo perseguir el progreso social desde la reforma del Estado. No en vano, algunos de estos *radicales* han bautizado los dos primeros años de gobierno de José Luis Rodríguez Zapatero como *bienio progresista*.

Con Zapatero en el gobierno, el PSOE ha experimentado un giro hacia la socialdemocracia en su política, que contrasta con el social-liberalismo de la época de Felipe González y que corre paralelo y simultáneo a la deriva hacia el nacional-catolicismo del PP. Esta polarización ideológica, adobada por la crispación permanente, ha abierto un foso político entre los dos principales partidos del sistema más aparente que real, pero que ha conseguido que un amplio sector de las masas crea percibir que hay diferencias *reales* entre los partidos del capital—lo que constituye una auténtica novedad en los últimos 20 años del turno de partidos—y que es posible la existencia de una *verdadera izquierda*. Esta reconfiguración electoral de las expectativas políticas, que se ha venido gestando en los últimos años y que es lo más reseñable ante el 9-M desde el punto de vista del resultado de las urnas, es también el caldo de cultivo que ha favorecido el fermento de otras corrientes a la izquierda, que han aprovechado el *tirón* de la confrontación entre el rescatao espíritu socialdemócrata de los *Zapatero's boys* y el filofascismo de la derecha española para levantar cabeza y ofrecer una imagen de pluralismo de izquier-

da que redonda y acentúa ese reflejo de una izquierda *real* en la política española. De ese fermento destacan el movimiento republicano, nutrido mayoritariamente por destacamentos *comunistas* revisionistas, y el independentismo periférico, que han resucitado al calor de la polarización política, cuando estaban a punto de ser enterrados por la historia, y que se configuran y se configurarán como reserva política de la socialdemocracia de cara a las futuras eventualidades y momentos de crisis que provocará la confrontación con el *fascismo* —que es como empieza a identificarse en estos ambientes a la derecha—. El espejismo de una izquierda *de verdad* provoca entre las masas otro falso reflejo: la creencia en la posibilidad real de un *gobierno de izquierdas*, reformista y *de progreso*. Sin embargo, la propia política reformista aplicada durante la última legislatura desde el gobierno es la mejor prueba de la incapacidad de esta vía para sobrepasar el límite que le impone la época que vivimos, época en la que el progreso social sólo puede ser obra de la nueva clase revolucionaria, el proletariado. El gobierno Zapatero ha demostrado fehacientemente que el reformismo ya no aporta soluciones de progreso, que más bien es reaccionario porque apuntala lo viejo y obstaculiza la aparición y la incorporación de lo nuevo. El reformismo socialdemócrata ha puesto de manifiesto el escaso margen de maniobra de que dispone el sistema y la evidencia de que sólo hay una posible salida para que la sociedad siga avanzando: la revolución proletaria.

En primer lugar, el socialpacifismo de que ha hecho gala Zapatero. El mensaje pacifista del líder del PSOE ha tenido dos vertientes: una, hacia el exterior, anunciada a bombo y platillo con la invasión de Irak; la otra, de consumo interno, el objetivo de hallar una solución pacífica al conflicto vasco. Pero, en el primer caso, mientras se retiraban las tropas españolas de Irak, permanecían en Bosnia o se dirigían a Afganistán o al Líbano, y no hubo que esperar mucho para comprobar el alcance de los propósitos pacificadores de Zapatero, pues al poco tiempo el gobierno suscribía la resolución de la ONU que sancionaba la política imperialista de hechos consumados y legitimaba la invasión de Irak. Así pues, el discurso socialpacifista del PSOE no es sino el disfraz de sus verdaderas intenciones socialimperialistas. Además, con ese falso discurso no sólo ha tratado de enmascarar el proyecto imperialista del Estado español, sino que también ha permitido desenmascarar a su aliado, el independentismo pequeño burgués de las naciones periféricas (en particular, ERC y BNG), que ha declarado en bancarrota su proyecto político, basado en la reivindicación del derecho a la autodeterminación de las naciones, cuando ha apoyado en el parlamento el envío de tropas españolas al Líbano, es decir, cuando se ha hecho cómplice de la intervención imperialista del Estado español en



Próximo Oriente. La *santa alianza* de esta izquierda de socialdemócratas e independentistas formales con el imperialismo revierte, de puertas para adentro, bajo la forma de socialchovinismo españolista, que es el principio que ha inspirado realmente al gobierno en sus negociaciones con ETA, a la que ha ofrecido la integración del MLNV en el marco institucional establecido y de la nación vasca en la nación española, sin ninguna otra opción y sin concesiones políticas de ningún tipo. Siguiendo la norma imperial, el derecho de autodeterminación de las naciones, recogido por innumerables tratados internacionales, todos ellos suscritos por el Estado español, sólo se le aplica al otro, y únicamente en el caso de que sea útil para desgajar y desgarrar Estados para beneficio de las potencias. En resumidas cuentas, los principios democráticos en manos de la socialdemocracia se convierten en burda manipulación; el reformismo pacifista no ofrece progreso, sino que conculca los derechos de los pueblos y defiende el estado de cosas impuesto en el escenario internacional por las potencias imperialistas. Es reaccionario.

En segundo lugar está la legislación social. La denominada *ley de igualdad*, que impone un régimen de cuotas para favorecer la incorporación de la mujer a la vida política, se fundamenta en el principio de *discriminación positiva*, que se basa en el fomento de la desigualdad jurídica como método para compensar la desigualdad social. En la práctica, supone la limitación del disfrute del derecho para los individuos y la incorporación doctrinal de una concepción restrictiva del derecho como bien jurídico escaso, que va desplazando al punto de vista tradicional, sobre el que se funda el Estado demoliberal burgués, del derecho como bien

universal y como bien legal de uso ilimitado. Esta revisión, vía administrativa, de los principios fundamentales sobre los que se sostiene el *Estado de Derecho* es consecuencia de la incapacidad manifiesta de la forma política más avanzada y desarrollada de dominación de clase de la burguesía para integrar con equidad, garantías y de manera equilibrada a los sectores sociales, cada vez más amplios, que se van incorporando de manera creciente a la vida pública, y pone de manifiesto los límites del Estado burgués para incorporar a las masas a la democracia. Por otra parte, en el origen del principio de *discriminación positiva* está el interés de grupo: frente a la igualdad ante la ley del ciudadano se sitúa la diferencia corporativa, la desigualdad ante la ley, como fuente de derecho, de modo que se desplaza al individuo como único sujeto de derecho – otro principio elemental de la teoría del Estado liberal burgués – del centro de interés, para poner en su lugar al colectivo socialmente diferenciado. Se alimenta, así, una tendencia inequívoca hacia la organización corporativista del Estado, es decir, hacia las formas más reaccionarias y retrógradas que ha hallado el capital para articular sus sistema de dominación (el fascismo es una forma radical de organización corporativa del Estado capitalista). En resumen, la socialdemocracia no sólo ha dejado de considerar el hecho de que la sociedad está dividida en clases, no sólo ha renunciado a la concepción de las sociedad y del Estado más avanzada, sino que se ha retrotraído incluso más atrás del individualismo liberal para retroceder, a través de su práctica política reformista, hasta modelos corporativistas reaccionarios incluso desde el punto de vista de la democracia burguesa.

Con la ley contra la *violencia de género* ocurre algo similar: contribuye en la misma medida que la normativa sobre igualdad de género a la voladura del principio democrático, recogido en la Constitución de 1978, de no discriminación por razón de sexo. Además, la introducción penal del criterio de género como agravante de delito implica el retorno a conceptos propios de la criminología positivista del siglo XIX, esa teoría racista que hizo escuela identificando al *delincuente nato* por ciertos rasgos étnico-fisiológicos, esa teoría que conminaba a juzgar y a castigar por lo que eras, no por lo que habías hecho.

Evidentemente, la aplicación exclusiva de medidas de carácter punitivo sobre la base de la reforma de la normativa penal para paliar el fenómeno de la violencia doméstica, aparte de que no sirven para nada – como ha demostrado su aplicación durante más de un año –, va dirigida sólo a los efectos del problema, desatendiendo interesadamente sus causas. Y es que detrás de la violencia en el ámbito de las relaciones de parentesco está la crisis y descomposición de la familia patriarcal tradicional. Pero éste es un asunto que no



quiere abordar ni quiere reconocer el reformismo político. La familia es una estructura básica de la sociedad organizada en clases, en general, y, de manera particular, de la sociedad capitalista, de modo que cualquier medida que se adopte debe tener como objetivo conservar esta institución clave de la sociedad clasista. De hecho, el reformismo político ha dado prioridad a este asunto durante la última legislatura. Así, a la ley sobre la violencia, se ha unido la ley sobre matrimonios homosexuales.

Uno de los síntomas de la crisis de la familia es la aparición de nuevos y variados modelos de relaciones conyugales que van surgiendo de hecho y van desplazando al modelo tradicional. Sin embargo, esta diversificación de los tipos de matrimonio lo que expresa, en realidad, es la tendencia a la disolución del matrimonio entendido como célula básica de la sociedad de clases y a su integración en el ámbito más amplio de la comunidad. Es lógico, por lo tanto, que el reformismo se esfuerce por destacar y apoyar a los nuevos modelos de relaciones que conservan en mayor medida los rasgos de la familia como célula cerrada y como ámbito de relación exclusivo, con el fin de apuntalar el carácter clasista de las relaciones sociales. No es casual, entonces, que con toda diligencia haya promulgado la legalización de los matrimonios homosexuales, ejemplo de relación familiar de nuevo tipo que conserva la estructura y la función social fundamentales del matrimonio tradicional. No es casual, tampoco, aunque sí paradójico, por no decir hipócrita, que se haya atendido con tanta prioridad a la homologación legal de un colectivo que sólo representa el 1% de las parejas de hecho. Este colectivo está formado en su inmensa mayoría por parejas heterosexuales, que se ha convertido en el verdadero ariete contra las relaciones de parentesco de orden clasista. Y es que, mientras la pareja homosexual persigue con su reconocimiento legal la incorporación de su relación privada al conjunto de las relaciones sociales, la pareja heterosexual busca lo contrario, circunscribir su relación al exclusivo ámbito de lo privado, persigue el reconocimiento de que las relaciones sexuales pertenecen al exclusivo campo de las relaciones personales, el reconocimiento del de-

recho a que dos individuos adultos puedan iniciar una relación sin el permiso de dios ni del Estado. Lo cual, naturalmente, es subversivo porque este tipo de relación entre las personas implica la sustracción de la responsabilidad de cumplir con las funciones que la sociedad ha asignado a la familia como ámbito de reproducción de las relaciones sociales de clase (desigualdad entre los sexos como reflejo de la desigualdad entre las clases, reproducción biológica y fisiológica de la fuerza de trabajo, transmisión de la herencia cultural y patrimonial, etc.), porque este tipo de relación alimenta la tendencia a la integración directa del individuo en la comunidad, a la desaparición de toda mediación entre el individuo y la sociedad, en definitiva, porque este tipo de relación pone de manifiesto la existencia de bases materiales sobre las que construir relaciones sociales nuevas, las relaciones de la sociedad comunista.

Con el interés por fortalecer las formaciones sociales clasistas, en particular la familia y su papel social, está relacionada la reforma estrella del gobierno Zapatero, la *ley de dependencia*. Se trata de una de las mayores estafas del reformismo político, porque ha conseguido cerrar sin polémica uno de los debates más importantes sobre los deberes y el alcance del *Estado social*, ése del que hace bandera la *izquierda* reformista. Y ha sido, precisamente, este reformismo quien ha exonerado al Estado y al conjunto de la sociedad de su responsabilidad para con las personas dependientes. La ley hace recaer la mayor parte de la carga en la atención de este colectivo sobre las familias, a cambio de algunas subvenciones y de la promesa de ciertas infraestructuras de atención social. La carambola es importante, porque aparte de que se promueve públicamente la iniciativa privada empresarial en un sector, el de la sanidad, que está siendo sometido a una creciente mercantilización (de hecho, hasta Cándido Méndez ha manifestado su esperanza de que el empuje del sector sanitario dado por la ley de dependencia sirva para compensar la desaceleración económica que ha provocado la crisis del sector de la construcción), se refuerza el papel de la familia como baluarte de la sociedad de clases y como colchón frente a la crisis social. Eso sí, al mismo tiempo continuarán reproduciéndose en su seno las relaciones de opresión que le son propias: a cambio del módico precio de una pequeña subvención, la atención de la persona dependiente continuará siendo garantizada por sus parientes, casi siempre una mujer.

En resumen, el carácter reaccionario del reformismo político queda puesto de manifiesto en cuanto es sometido a un análisis crítico mínimamente riguroso. Lo reseñable es la renuncia de todas las corrientes de *izquierda*, incluidos algunos autodenominados marxistas o comunistas, a realizar esa crítica. Lo cual no de-

nota otra cosa que participan de la misma concepción del mundo burguesa que los reformistas oficiales. Pero los límites del reformismo no quedan en evidencia sólo porque la *progresía* haya establecido unos parámetros de lo que es políticamente correcto y no puede ser cuestionado, no sólo porque todas las corrientes reformistas estén de acuerdo estratégicamente en qué debe entenderse y cómo debe aplicarse una política de reformas, sino sobre todo porque ninguna de las medidas del gobierno Zapatero va a ser tocada por un hipotético gobierno *popular*—lo que dice mucho sobre cuáles son los verdaderos valores que salvaguarda esa obra reformista—, y porque tampoco las cuestiones de verdadero calado que han avivado la polarización política en el último curso no van a ser abordadas por un futurible gobierno socialdemócrata. El reformismo oficial prefiere la unidad con la otra fracción del capital, con el conservadurismo oficial, y no poner en el orden del día asuntos, como la reforma de la ley del aborto o la relación Iglesia-Estado, que sí pondrían en cuestión algunos pilares fundamentales sobre los que se ha erigido la actual forma de dominación del capital en la formación social española.

Las limitaciones del alcance del reformismo político se ponen de manifiesto cuando su aplicación demuestra que esta vía sólo sirve para reproducir las bases socioeconómicas sobre las que se sostiene la sociedad de clases, la explotación y la opresión. El reformismo aplicado es la demostración práctica de que sólo existe una vía para resolver los problemas que generan las contradicciones sociales: la revolución proletaria. Los trabajadores conscientes deben contribuir en la preparación de las condiciones para esta revolución, principalmente, la reconstitución ideológica y política del comunismo y boicotear la farsa electoral burguesa.

Movimiento Anti-Imperialista
Marzo 2008



www.nodo50.org/mai

ÁREA DE DEBATE

En este ÁREA DE DEBATE presentamos dos aportaciones dentro del bloque dedicado a la definición de la Línea General de la Revolución Proletaria. La primera de ellas se abre con un comentario a nuestra declaración *Ante las elecciones generales del 9 de Marzo, ¡Boicot!*, colgado en el foro de la página web de Comunistas de Castilla-Bandera Roja (<http://comunistasdecastillablogspot.com>) por Zapador331, que a la sazón es su administrador. A continuación, aparece nuestra *Respuesta a un camarada*, y, finalmente, incluimos los comentarios de Zapador331 a esta *Respuesta*.

La segunda aportación comienza con un artículo de la revista *Reconstrucción*, número 3, en el que se publica una crítica a nuestra Carta abierta de julio del pasado año, titulada *El debate cautivo*. A esta crítica responde el MAI con el trabajo *Algunas consideraciones sobre el maoísmo*.



COMENTARIO A "ANTE LAS ELECCIONES GENERALES DEL 9 DE MARZO, ¡BOICOT!"

Bueno, pues estoy bastante de acuerdo con lo dicho por el texto. No se puede empezar la casa por el tejado, no hay cimientos. Hay que entender al estado como es y las elecciones como son, un sistema de legitimación más a ojos de los proletarios del estado burgués, creo que eso está bastante claro. Que la naturaleza de las leyes del estado incluso también la ley electoral está hecha para subordinar todo a los intereses de los poderosos burgueses. Que la naturaleza imperialista del estado no se acaba con ella sino destruyendo este tipo de estado. Aunque un partido comunista llegara al poder, no tendría ni línea de masas ni otras líneas necesarias para llegar a la revolución y que juegan a una representatividad de poder ficticio. Un partido no se puede enfrentar a los burgueses, terratenientes y banqueros sólo con un hipotético triunfo electoral.

Creo que la revolución pendiente necesita de tareas primordiales como la del partido, la línea general y el desarrollo de la línea de masas.

Que un PC saque representación ahora sólo valdría para retroceder aún más en la lucha de clases y sus tareas más pendientes.

Cuando se refieren a maoístas de la guerra popular que ahora ven la bondad de las elecciones ¿a quién se refieren? ¿CPN? ¿la llamada LOD pide participar en elecciones? No sé, necesito un poco de explicación en este punto, algo más concreto.

También a ver si me pudieran explicar mejor el siguiente párrafo: «El parlamento sólo es y será útil para el proletariado como instrumento de propaganda en la fase de acumulación de fuerzas de su vanguardia, es decir, en la etapa de reconstitución del Partido Comunista, cuando es preciso reunir y organizar el movimiento político de la vanguardia revolucionaria del proletariado. No es ni será útil, sino contraproducente y contrarrevolucionario, como método de acumulación de fuerzas de masas.»

Un saludo.

zapador331

6 de marzo de 2008

Respuesta a un camarada

Camarada Zapador331:

Nunca estuvo más indicado comenzar una intervención con el tópico de “me alegro de que me haga esta pregunta” como en esta ocasión; y es que los interrogantes que plantea en su postit son muy interesantes y oportunos, y tan adecuados que nos permitirán intentar explicar más y mejor nuestra concepción sobre la línea general proletaria y el lugar que en ella ocupa la legalidad burguesa como recurso táctico de su línea de masas en lo que toca a algunos elementos que, con seguridad, no pudieron exponerse debidamente en toda su extensión en el documento que publicamos recientemente con motivo de las elecciones generales del 9-M. Las posiciones del comunismo revolucionario, que nosotros defendemos, son tan minoritarias e incomprendidas, incluso entre la vanguardia, que es preciso iniciar su definición y esclarecimiento desde sus planteamientos generales, quedando a veces los aspectos concretos y de matiz velados en un plano secundario, de manera que se precisa de su ulterior explicación. Y sus atinadas preguntas, oportunamente, nos prestan la ocasión para ello, al mismo tiempo que hablan muy en su favor e informan de la grata noticia de que sí existe entre la vanguardia de la clase obrera un sector que no sólo busca respuestas en esta especie de travesía del desierto que es la época que nos ha tocado vivir, sino que también conoce el sentido y el cometido de las preguntas que es preciso realizar.

Por otro lado, sin embargo, hay otras cosas que ya están claras y que han sido, a nuestro entender, sobradamente demostradas. Usted desea saber si nos referimos al PCN(m) cuando aludimos a los “maoístas de la guerra popular que ahora ven la bondad de las elecciones”. Pues, efectivamente, a ellos nos referimos, principalmente. Pero esta idea no sólo está explícita de manera clara en el documento cuando decimos, literalmente, que “de las gélidas cumbres himalayas y andinas descienden vientos de aceptación fría y resignada del parlamentarismo, vientos que aquí propagan los acólitos de Prachanda y la LOD”, sino que nuestra posición oficial en lo que se refiere al PCN(m) ha sido publicada y reiterada en sucesivas ocasiones. A nuestro entender, la deriva oportunista-revisionista de este partido ya no admite controversia; sobre todo, después de los últimos acontecimientos, con la claudicación pacífica del rey, que deja expedito el camino hacia la república parlamentaria y que demuestra que la *terrible* monarquía semifeudal, ese supuesto gran escollo para el desarrollo de Nepal, era tan sólo un tigre de papel, cuyo puntal y sostén principal eran, precisamente, las fuerzas políticas, sociales y económicas con las que ahora se ha aliado el PCN(m). La retirada de su apoyo a la monarquía —en cualquiera de sus versiones, autocrática o constitucional—, por parte de la burguesía, ha supuesto la debacle del viejo Estado nepalí, y ha sido el acercamiento de esta clase al PCN(m) la única salida plausible para ella para superar la crisis

del sistema; al mismo tiempo, el partido maoísta ha experimentado una deriva convergente que le ha acercado a las posiciones de la burguesía, a costa, naturalmente, de su alianza con las masas campesinas y al precio de los objetivos estratégicos originales, del método de la guerra popular y del abandono del camino de la revolución de nueva democracia.

El MAI ha insistido siempre en que lo que se estaba decidiendo en Nepal no era la conservación del viejo sistema frente a la implantación de uno nuevo (revolucionario, en principio), no se trataba, simplemente, de reacción o revolución. Esto es lo que, finalmente, ha querido hacernos creer la dirección del PCN(m) quien, rompiendo con su planteamiento de 1996, ha pasado a decir que la contradicción principal en Nepal se da entre monarquía y democracia. Pero, como ya hemos dicho, el modo como ha caído la monarquía refuta por sí solo tal tesis y demuestra su naturaleza liquidacionista. Lo que se dirimía en Nepal era cuál de las dos vías burguesas de solución de las crisis del sistema semifeudal terminaría predominando: la vía reformista, encabezada por la burguesía nacional, bajo la forma de sistema representativo parlamentario (con o sin monarquía), o la vía revolucionaria, encabezada por el proletariado y apoyada en las masas campesinas, bajo la forma de Estado de nueva democracia. Es decir, el asunto no se ventilaba entre *reacción o revolución*, sino entre *reforma o revolución*; no se trataba de elegir entre monarquía o democracia en general, sino entre democracia parlamentaria o democracia popular. Lo que ha hecho el PCN(m) ha sido abandonar esta segunda vía para incorporarse a la reformista y asumir el dilema que la burguesía había establecido entre *reacción o reforma*. Esta rectificación es tanto más vil por cuanto no es consecuencia de una derrota o del fracaso en la marcha general del proceso revolucionario; al contrario, en diez años de guerra popular, avanzó vertiginosamente en Nepal hasta alcanzar la etapa de ofensiva estratégica. Abandonar las armas alcanzado este punto, cuando se está a las puertas del triunfo final o de abrir una fase decisiva y definitiva —y, por ello, también más peligrosa— del enfrentamiento bélico entre las clases, como ha hecho la camarilla encabezada por Prachanda, es traición o cobardía.

¿Cómo puede influir en el seno del movimiento comunista internacional este giro brusco de los acontecimientos en Nepal, este sofocamiento repentino de la lucha revolucionaria por los mismos revolucionarios, esta rectificación tan radical como sorprendente de la línea política basada en guerra popular para pasar a una nueva línea basada en lucha legal, elecciones y parlamento? Para los que defendemos la revolución violenta desde la lucha armada de las masas y, en particular, desde la guerra popular, esto no puede traer más que decepción y desmoralización. Para los que defienden vías pacíficas desde la reforma del Estado y, en particular, para nuestros *comunistas* republicanos, supone un espaldarazo a su política, sin lugar a dudas. Si en Nepal es posible el

correlato Monarquía–República burguesa–República popular, ¿por qué aquí no va a ser válida también la *fase de transición*?, ¿por qué no perseverar en el proyecto de la III República, del Estado burgués *verdaderamente democrático* como antesala del Estado socialista? Por lo demás, ¿hay mejor argumento contra la revolución armada que la deserción de los mismos que con mayor éxito y más lejos la condujeron? Y por lo que se refiere a las masas, en esta época de contraofensiva general del imperialismo, con su bombardeo ideológico constante que persigue el desprestigio de las naturales reacciones violentas contra su ignominia, identificándolas como *terrorismo*, en una época en que es preciso demostrar la idoneidad de la violencia revolucionaria y la legitimidad del principio de que *la rebelión se justifica*, de que la lucha armada de las masas es la única solución de sus problemas, ¿adónde conduce el testimonio de Nepal? ¿A favor o en contra de esta corriente? Creemos que es demasiado evidente como para insistir más en ello.

Desde el punto de vista estrictamente teórico, la rectificación política del PCN(m) implica el relegamiento de la guerra popular a la esfera táctica, su reducción a instrumento táctico, igualándolo con el frente electoral y haciéndolo intercambiable con él. Estamos, pues, ante una revisión en toda regla de la línea general de la revolución proletaria, de la que cae uno de sus pilares fundamentales (Recuerde que, para nosotros, los pilares básicos de la línea general, tal como los definíamos en nuestra carta abierta, titulada *El debate cautivo*, venían definidos por la siguiente correlación: *Ideología–Partido Comunista–Guerra Popular–Nuevo Poder*), el cual, en su caída, arrastra a otros, en particular, al nuevo poder, que, como poder de las masas armadas, es impensable sin guerra popular. De este modo, la lucha armada ya no es un índice del grado alcanzado por la lucha de clases, ya no se diferencia estratégicamente de cualquier otro frente de la lucha política: la guerra de clases ya no se diferencia de la lucha de clases, ni la línea militar es ya la línea de masas del partido, porque, sencilla y sinceramente, en el fondo no se pretende llegar a dar la batalla final al enemigo. La lucha armada se convierte, así, en recurso del reformismo, es reformismo armado. Toda esta

subversión del comunismo es lo que ha tenido lugar en Nepal. Por lo que se refiere, finalmente, a la teoría maoísta en particular, la rectificación política del PCN(m) supone la revisión, la liquidación, de la doctrina de los tres instrumentos de la revolución proletaria –Partido, Ejército y Frente–, ya que la guerra popular es la argamasa que los mantiene unidos, sobre todo a los dos últimos, pues exige, precisamente, que el frente político sea concebido como nuevo poder y no como frente electoral.

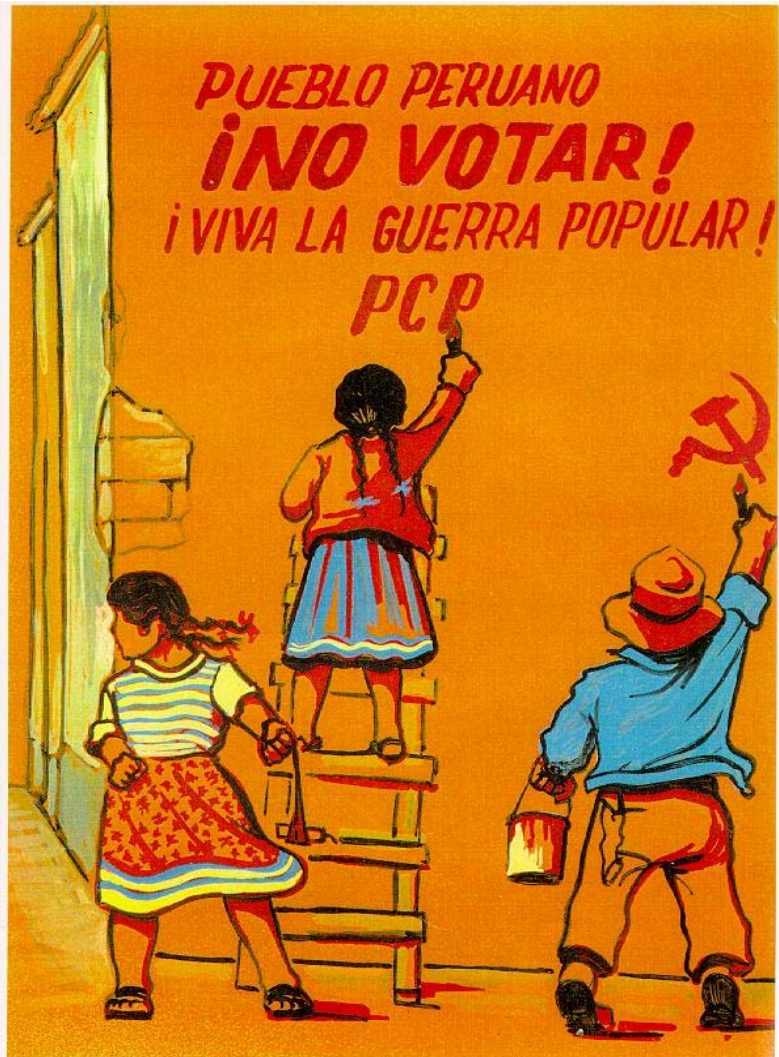
En cuanto al Perú, aunque las circunstancias que rodean al caso son bien distintas, las consecuencias que depara la actitud de varias de las fracciones en que se ha dividido el PCP son similares: empujan en la dirección contraria a la de la aplicación de la línea general de la revolución proletaria. El abandono de Artemio de la guerra popular para continuar la lucha armada no se distingue en nada del sector que pide un acuerdo de paz inmediato con el Estado peruano; sólo se diferencian en que, mientras el primero busca alcanzar una posición de fuerza lo más favorable posible para el partido de cara a esa negociación, los otros permanecen a expensas de que el Estado se muestre sensible a sus reclamos desde la cárcel apelando a los derechos humanos, el derecho internacional y las leyes peruanas. La rebaja en el discurso de esta fracción del PCP, por alarmante, es harto elocuente. Sus documentos están plagados de fórmulas pequeño burguesas sobre la paz, la democracia en general y la “reconciliación nacional”. Un lenguaje demasiado familiar y demasiado sospechoso para quienes hemos conocido y padecido el eurocomunismo y sus consecuencias. En la fracción que, para nosotros con todo merecimiento, ha sido calificada de línea oportunista de derecha (LOD) todo objetivo revolucionario ha sido relegado y, en su lugar, se ofrece la diligente disposición para colaborar en la “democratización amplia y generalizada de la sociedad peruana” con las fuerzas del viejo Estado. En otras palabras, la misma vía burguesa reformista de transformación de la sociedad semifeudal por la que ha optado el PCN(m), el mismo abandono de las masas populares. No hace falta ser muy lince para deducir adónde conduce la lógica política en la que se ha embarcado este sector del PCP, siempre y cuando exista

la mínima posibilidad, que lo dudamos, de que se le presente alguna oportunidad de jugar algún papel en la vida pública peruana: un escenario político de estabilización institucional burguesa en la que un PCP refundado pueda integrarse y participar como oposición legal extrema. Éste es el sentido que tiene la convocatoria del II Congreso que quiere realizar esta fracción. Por lo tanto, no afirmamos, como usted inquiera, que “la llamada LOD pide participar en elecciones” ahora –pues su situación no se lo permite, todavía–, pero sí que ella misma ha escogido un camino que, a medio o largo plazo, no ofrece otra salida.

Los partidarios de proseguir la guerra popular, en cambio, quieren un II Congreso para dotarse de direc-



ción central y culminar el trabajo de recuperación del partido, del EPL y de las bases de apoyo que han estado realizando durante los últimos años. Reconocemos que nuestras simpatías se inclinan más por este sector del PCP, aunque sólo sea por cuidarnos de las consecuencias de ese paralelismo que puede establecerse en la lucha de dos líneas dentro de la vanguardia entre el caso peruano y el español, paralelismo que los oportunistas de aquí no dudarían en situar en un tema —el de los medios y los objetivos inmediatos del proletariado: república y legalidad o socialismo y guerra popular— que es, hoy por hoy, principal elemento de deslinde con el oportunismo. Sin embargo, no podemos dejar de señalar que también mantenemos serias diferencias con este grupo, relacionadas principalmente con la doctrina de la *jefatura* y del *pensamiento guía*. Para el MAI, estas teorías suponen no un desarrollo, sino la revisión del marxismo-leninismo. Éste pone en el centro al partido de nuevo tipo y a su línea política como expresión colectiva del ser y del pensamiento revolucionarios. Con la tesis de la *jefatura*, en cambio, se suplanta, de hecho, el papel del Partido en la construcción política del movimiento revolucionario del proletariado. Y, curiosamente, ha sido la propia experiencia del PCP desde el batacazo de 1992 la que en la práctica confirma esta verdad, aunque los camaradas peruanos se empeñen en no verla: la recuperación política y organizativa se ha realizado como defensa de la línea de guerra popular y como reconstrucción de los órganos políticos del partido, recuperación que culminará y quedará sancionada de la única forma posible, con la elección de un nuevo Comité Central en su II Congreso, es decir, con la recomposición del máximo órgano colectivo de dirección de la revolución. En definitiva, la obra de reconstrucción será coronada sin el concurso directo de la jefatura, con Gonzalo en prisión. Esto es ya de por sí muy significativo y dice mucho sobre qué es lo principal y lo que define la construcción orgánica de los instrumentos para la revolución. Además, si como estos camaradas dicen, la guerra popular no se dirige desde la cárcel, entonces, es que la jefatura es una institución prescindible que no forma parte consustancial de la línea proletaria de construcción política revolucionaria. Y no conviene olvidar, todo sea dicho, las consecuencias que ha acarreado el lugar que la doctrina de la jefatura coloca a una determinada personalidad dentro del organigrama del partido, cuya detención supuso un desastre para el conjunto de la organización, el repliegue hasta posiciones de inicio de la guerra popular y, en definitiva, la destrucción de casi toda la obra revolucionaria que se estaba realizando. En conclusión, mantener la doctrina de la jefatura como eje de construcción política seguirá suponiendo la exposición franca de un punto débil que continuará dejando al partido demasiado vulnerable ante el enemigo. Consideramos que los camaradas del PCP tienen una magnífica ocasión para reflexionar sobre todo esto y rectificar algunos errores con la celebración de su II Congreso; aunque, por lo que sabemos, desaprovecha-



rán esta oportunidad. En cualquier caso, esta contradicción en la que se debate la fracción del PCP que prosigue guerra popular aporta algo positivo al comunismo revolucionario —todo lo contrario que las otras fracciones a las que nos hemos referido— permitiendo aplicar lucha de dos líneas que sirva para esclarecer cuestiones y extraer lecciones útiles para el conjunto de nuestro movimiento.

Pero pasemos a la cuestión que más nos interesa, la relativa al papel de las elecciones en la política proletaria. Usted pide mayor explicación de la siguiente cita de nuestro opúsculo publicado con motivo de las elecciones generales del 9 de marzo, titulado *¡Boicot!*:

“El parlamento sólo es y será útil para el proletariado como instrumento de propaganda en la fase de acumulación de fuerzas de su vanguardia, es decir, en la etapa de reconstitución del Partido Comunista, cuando es preciso reunir y organizar el movimiento político de la vanguardia revolucionaria del proletariado. No es ni será útil, sino contraproducente y contrarrevolucionario, como método de acumulación de fuerzas de masas”.

Bien, como sabrá por nuestros documentos, principalmente la carta abierta que dirigimos al conjunto de la vanguardia, en nuestra visión del periodo revolucionario anterior a la conquista total del poder hay dos etapas fundamentales bien diferenciadas: la etapa preparatoria

o de Reconstitución del Partido Comunista, y la etapa en la que éste encabeza la lucha de clases proletaria por destruir el viejo Estado e instaurar la dictadura de los trabajadores. La primera etapa es de conquista de la vanguardia para el comunismo; la segunda, de conquista de las masas para el comunismo. Por tanto, la primera consiste en acumulación de fuerzas de vanguardia, mientras que la segunda es de acumulación de fuerzas de masas. En la primera etapa, la línea de masas comunista se basa en la utilización simultánea o sucesiva, según sean las circunstancias, de todas las formas de lucha pacífica y en todos los frentes políticos, legales, semilegales y clandestinos. En la segunda etapa, la línea de masas está dominada por la línea militar del Partido Comunista, a la que se subordinarán o en virtud de la que desaparecerán las demás formas de acción política. En la primera etapa, la forma de lucha es política; en la segunda, es militar, la guerra popular. Teniendo todo esto en cuenta, podemos definir el primer criterio de discriminación que orienta la utilización comunista de las elecciones y el parlamento burgueses: que sólo es posible durante la primera etapa del proceso que conduce a la instauración de la dictadura del proletariado, es decir, en la etapa preparatoria o de Reconstitución; que, en consecuencia, no sirve para conquistar masas, sino para atraer a las filas del movimiento comunista a un sector determinado de la vanguardia.

Somos conscientes de que este planteamiento puede resultar extraño, sobre todo para quienes se sitúan dentro de la tradición de la III Internacional y de su estrategia de masas basada en los frentes únicos o en los frentes populares. El MAI mismo procede de esa tradición y eso no ha sido óbice para que la haya considerado con sentido crítico y haya extraído sus propias conclusiones de la experiencia que trae consigo. De hecho, esto es lo que diferencia a nuestra organización de la gran mayoría del movimiento: la configuración de nuestra línea política teniendo en cuenta los resultados que del estudio de la experiencia del Ciclo de Octubre vamos obteniendo. Esto nos ha permitido eludir el cenagal en el que se ha hundido el movimiento comunista actual e iniciar, sin prejuicios y de forma creativa, la construcción de las bases políticas de reconstitución del movimiento comunista en el Estado español. Pues bien, en aquella tradición, el problema de la utilización del parlamento, así como el de la participación comunista en los sindicatos y demás frentes y organismos de masas reaccionarios, está relacionado estrechamente con el problema de la conquista de las masas. Esta línea política fue adoptada tras los debates del II Congreso de la Internacional Comunista, en 1920. Y, como se sabe, los principales argumentos en su favor los presentó Lenin, que los había reunido previamente en un libro titulado *La enfermedad infantil del "izquierdismo" en el comunismo*. En este texto, Lenin pretende extraer las lecciones de la experiencia del partido bolchevique en el trabajo de masas. Sin embargo, cuando habla de la época anterior a 1917 casi toda esa experiencia se circunscribe al ámbito de la vanguardia, al ámbito de los beneficios que reportó a la forja de la vanguardia como tal vanguardia su participación en la lucha legal y su utilización de las instituciones del Estado reaccionario, principalmente la Duma o parlamento zarista. Pero está ausente toda valoración de lo que esa

experiencia de la vanguardia reportó a las masas en su elevación hacia la conciencia revolucionaria y en su contribución al movimiento revolucionario práctico. La experiencia de la vanguardia bolchevique que traslada Lenin en su libro es muy importante e interesante; sin embargo, nuestra conclusión es que todo ese periodo de aprendizaje de la vanguardia es necesario, pero se corresponde con el periodo de forja del Partido, con el periodo de constitución (o reconstitución, en nuestro caso) de la vanguardia proletaria en Partido Comunista. Respecto a las masas, lo que demuestran la historia y toda la experiencia de la revolución proletaria mundial, incluida la experiencia de la revolución bolchevique, es que el principio que establece Lenin en el segundo capítulo de su libro de que "la dirección política que ejerce la vanguardia" es correcta y efectiva "a condición de que las masas más extensas se convengan de ello por experiencia propia" significa que el acercamiento de las masas a la vanguardia comunista—en rigor, al Partido Comunista— sólo será posible si el contenido de esa práctica, de esa "experiencia propia" de las masas es el de la aplicación de su dictadura de clase ejercida por ellas mismas; significa que las masas sólo pueden comprobar lo correcto de la política comunista, no con propaganda, promesas o programas, sino ejerciendo su poder armado contra los explotadores; significa que no es suficiente con que las masas comprendan la injusticia del capitalismo y las insuficiencias y limitaciones del sistema burgués, sino que también es preciso que sean organizadas y se organicen como nuevo poder, que experimenten por sí mismas la destrucción de lo viejo y el protagonismo en la construcción de lo nuevo. Sólo desde esta práctica real, desde esta "experiencia propia" de las masas pueden ser éstas ganadas para la causa del comunismo. Hasta la propia narración de Lenin pone esta tesis en evidencia. A pesar de sus éxitos en el trabajo legal y de los avances de su influencia entre los trabajadores (por ejemplo, tal como evoca Lenin en su libro, ganando todos los escaños de la curia obrera de la IV Duma, entre 1912 y 1914), el partido bolchevique jamás estuvo en disposición de alterar la correlación de fuerzas de clase, ni de construir un movimiento revolucionario de masas subversivo contra esa legalidad. Ni siquiera en el periodo revolucionario de 1905-1907. Eso sí, los bolcheviques se forjaron como vanguardia, aprendieron a manejar todas las formas posibles de la lucha de clases y asimilaron otras muchas lecciones, avanzando enormemente en el camino de la constitución del partido revolucionario del proletariado ruso (que, dicho sea de paso, a nuestro entender culminó en 1912, y no en 1903 como se cree habitualmente), pero no fue sino a partir de Febrero de 1917, cuando aparecen los Soviets sobre la base de masas armadas (en 1905, los Soviets no tenían armas), que se crearon las condiciones para la construcción de ese movimiento: sólo en condiciones de dualidad de poderes, sólo en el contexto del enfrentamiento armado entre las dos clases principales de las sociedad, sólo ante la aplicación simultánea de las dos dictaduras de clase pueden las masas observar, comprobar por su propia cuenta la naturaleza de cada una de ellas y, finalmente, elegir, como ocurrió en Octubre de 1917 y, después, durante la guerra civil rusa.

Adonde conduce todo esto es a extraer una importantísima enseñanza, que debe entrar a formar par-

te de la línea política comunista, a saber, que factores esenciales para la revolución que en 1917 se presentaron, por así decirlo, *de casualidad*, gracias a una serie de circunstancias especiales (principalmente, el hecho excepcional de que las masas estaban armadas a causa de la guerra imperialista) y que pasaron desapercibidos incluso para Lenin (los bolcheviques no tuvieron que enfrentarse ante el problema de armar a las masas), ahora deben de ser incorporados de manera consciente. Éste será el primer objetivo del Partido Comunista en la primera fase de la guerra popular (defensiva estratégica): crear las condiciones que permitan experimentar a las masas, de manera creciente, su dictadura de clase. En el estado actual de nuestros conocimientos, consideramos que fue Mao Tsetung el primero en comprender o en comenzar a comprender esta peculiaridad de la relación de la política comunista con las masas, cuestión que resolvió con la guerra popular, o sea, con el papel que asigna a la guerra en la construcción revolucionaria (que, como se ve, no es estrictamente militar, como se ha creído casi siempre, sino que incluye la ligazón, el vínculo que, para el proletariado revolucionario, existe entre la política y la guerra), siendo éste su primer aporte al desarrollo del socialismo científico. Pero, para ello, Mao hubo de romper en los hechos —pues nunca realizó una crítica abierta— con la táctica oficial de la Komintern, asentada en la dialéctica frente único—insurrección, acumulación pacífica de fuerzas—asalto violento y directo al poder, con los consabidos desencuentros que ello le acarreó con los jefes de la Internacional. Posteriormente, por lo que sabemos, sería el PCP, con el Presidente Gonzalo a la cabeza, quien recuperaría y aplicaría de manera clara y directa, sin ambigüedades ni resabios de la vieja táctica, esta nueva concepción basada en la guerra popular como método para conquistar a las masas, demostrando que es la única y verdadera vía revolucionaria, frente a la esclerosis reformista en que ha terminado degenerando la vieja política de la Komintern, fundada sobre la unidad obrera en los frentes de resistencia y la alianza con determinados sectores de la burguesía.

En conclusión, no hay una fase pacífica de conquista de las masas; las masas no se *revolucionan* por medio de la actividad legal de la vanguardia. Como mucho, *apoyarán* esa actividad y hasta le darán la mayoría en alguno o algunos de los órganos del viejo poder; pero esto no convertirá a estos organismos en bastiones de la revolución, ni por ellos las masas se pasarán a la revolución. Que las masas se sientan mejor representadas por los comunistas no las hace comunistas ni revolucionarias. Sólo se acercarán de manera real y consciente al comunismo cuando ellas mismas, por encima de cualquier *representante*, puedan tomar en sus manos los asuntos públicos, puedan sentir que por sí mismas pueden cambiar las cosas, que pueden ejercer el poder y transformar el mundo y que merece la pena defender esto con las armas en la mano. Pero, sólo es posible alcanzar esta posición para las masas y para su experiencia política desde la guerra popular, y la guerra popular presupone al Partido Comunista reconstituido, que es quien la inicia. Y es para este fin y sólo para este fin que tiene



sentido, sirve y es útil el trabajo de masas de la vanguardia en los organismos legales, ya sean propios o del enemigo. El trabajo de masas abierto no sirve para convencer a la mayoría, sino para convencer a una minoría, a un sector de avanzada de la clase que vacila entre la reforma y la revolución, que en su lucha oscila y duda entre sobrepasar o no la delgada línea roja de la legalidad burguesa, a ese sector que dirige, organiza o respalda las luchas de resistencia de la clase, que convive con el oportunismo pero que no es oportunista, sino sincero y honesto, al sector de vanguardia más sensibilizado con los resultados de esas luchas, más exigente con los representantes oficiales de los trabajadores y más proclive a la crítica de los mecanismos institucionales de resolución de los conflictos sociales. El trabajo de masas abierto y legal de los comunistas tiene como objetivo facilitar que este sector pueda comprobar por “experiencia propia” y sobre el terreno el fraude que suponen el reformismo y la solución pacífica y concertada de los problemas sociales, tiene como objetivo posibilitar que esta *vanguardia práctica* bascule hacia el campo de la revolución, hacia su integración en el movimiento comunista. Con el trabajo de los comunistas en los frentes de masas y en el parlamento las masas no variarán su posición política en relación con la revolución; pero, tal vez sí —si somos inteligentes—, pueda virar hacia nosotros su sector más consciente, su legítimo representante como clase *en sí*, como clase con conciencia espontánea de su condición de clase económica explotada por el capitalismo, para adquirir la conciencia revolucionaria y actuar de correa de transmisión del comunismo hacia las grandes masas. Una vez conseguida y consolidada esta conquista, el proceso de Reconstitución del Partido Comunista estaría prácticamente concluido.

De este modo, una vez situado el primer criterio de discriminación del uso comunista del parlamentarismo, según el cual éste no es útil para conquistar a las masas hondas y profundas de la clase, sino sólo para incorporar a un sector de la vanguardia y contribuir, así, a la Reconstitución del Partido Comunista, pasamos al segundo criterio discriminatorio: ¿debe emplearse el parlamentarismo en cualquier momento, a discreción, durante la primera etapa de la revolución, durante la fase de Reconstitución? Más aún, ¿se trata de un instrumento principal de la línea de masas comunista en el periodo

de Reconstitución del Partido? La respuesta a ambos interrogantes es negativa. No existe propiamente una *fase electoral* en el proceso revolucionario. Ni el parlamento, ni, en general, las instituciones burguesas pueden ni deben emplearse en cualquier momento. Para ello, se precisa el cumplimiento de ciertos requisitos y el respeto de algunas condiciones.

El requisito principal consiste en que es preciso que, dentro de ese universo heterogéneo y atomizado de grupúsculos enfrentados entre sí que es el comunismo actual, haya comenzado a gestarse un núcleo capaz de erigirse en depositario de unas bases políticas y organizativas mínimas, pero suficientes para iniciar un incipiente movimiento de reconstitución comunista. El contenido de este incipiente movimiento comunista será fundamentalmente de carácter teórico e ideológico y perseguirá en primer término la recomposición del comunismo como concepción del mundo revolucionaria, independiente y de clase, y la recuperación de su posición de vanguardia como teoría social (Reconstitución ideológica), para lo cual deberá aglutinar al sector más avanzado de la clase desde el punto de vista de la conciencia revolucionaria, a su *vanguardia teórica*. La vanguardia teórica del proletariado es el sector revolucionario de la sociedad interesado y preocupado por las cuestiones trascendentes de la lucha de clases del proletariado, por los problemas de fondo, de índole más teórica y filosófica, relacionadas directamente con los principios y la línea que fundamenta la revolución comunista (por eso el comunismo se dirige a él con propaganda). No es posible abrirse ni proyectar la labor comunista hacia otros ámbitos de la realidad social y política, ni hacia otros sectores de la clase y de las masas, mientras en el seno de la vanguardia teórica, y en virtud de la lucha de dos líneas, no haya cuajado un núcleo que haya formulado y comenzado a aplicar un plan de tareas y unas bases políticas que sirvan de base para la Reconstitución ideológica y política del comunismo. Por esta razón, decimos que no es conveniente que el comunismo se comprometa en el trabajo legal abierto (entendiendo por ello tanto el parlamentarismo como el sindicalismo, etc.) “en un primer momento, ni en cualquier etapa de la reconstitución: únicamente cuando la línea general y la línea política comunistas hayan sido definidas en sus bases fundamentales y en su torno haya cristalizado un mínimo de organización”. Esto, en cuanto a los requisitos previos a toda actuación comunista legal entre las masas. En cuanto a las condiciones que es preciso tener en cuenta en este terreno, se resumen en que, sobre todo por lo que se refiere a la participación en las elecciones y en el parlamento burgueses, “se tomará en consideración la utilidad de la legalidad burguesa” “sólo en función del objetivo de la reconstitución”, es decir, no para conquistar masas, ni en función del poder, sino para atraerse a la vanguardia, y únicamente “si la coyuntura política favorece la consecución” de ese objetivo.

En resumen, las elecciones y el parlamento no sirven ni para ganar a las masas, ni para conquistar el poder, sólo sirven para reconstituir el Partido Comunista; pero tampoco son útiles para incorporar con este fin a la vanguardia teórica del proletariado, ni para la reconstitución ideológica del comunismo. Sólo sirven –y no siempre, sólo si la coyuntura es favorable– para cuando la

vanguardia teórica se dirija a la vanguardia práctica del proletariado para incorporarla a su movimiento y consumir la reconstitución política del comunismo, dando culminación, así, al proceso de Reconstitución del partido de nuevo tipo proletario.

Si nos permitiera presentar sumariamente en un cuadro de correspondencias los elementos que hemos ido situando aquí y sus relaciones mutuas, tendríamos lo siguiente:

1ª etapa de la revolución: Reconstitución del Partido Comunista.

Primer periodo. Contenido: reconstitución ideológica. Objetivo de los comunistas: vanguardia teórica. Instrumentos tácticos: propaganda. Línea de masas: lucha de dos líneas.

Segundo periodo. Contenido: reconstitución política. Objetivo de los comunistas: vanguardia práctica. Instrumentos tácticos: política (que incluye la utilización de las formas de lucha de clases admitidas por la legalidad burguesa). Línea de masas: combinación de la lucha de dos líneas y la propia experiencia práctica de la vanguardia.

2ª etapa de la revolución: Instauración de la Dictadura del Proletariado.

Contenido: conquistar todo el poder. Objetivo del Partido Comunista: las masas hondas y profundas. Instrumentos tácticos: Guerra Popular. Línea de masas: la propia experiencia práctica de las masas armadas.

Camarada *Zapador331*, tal vez por querer despejar una duda hayamos provocado en usted otras más. No estamos seguros, sin embargo, de que esto sea malo del todo. A fin de cuentas, de eso se trata, de discutir, reflexionar y hallar las respuestas necesarias para esclarecer las cuestiones que interesan para la reconstitución del comunismo. Por lo que al MAI respecta, estamos a su disposición para continuar intercambiando pareceres y aclarando conceptos, si es que esto es preciso. Sólo esperamos no haber sido demasiado soporíferos.

Reciba un saludo revolucionario.

Movimiento Anti-Imperialista

Marzo 2008



CONTESTACIÓN (1ª PARTE)

Primero y ante todo agradecer el trabajo que os habéis tomado a la hora de contestar mis dudas, ya que aunque yo sólo en este espacio pregunte por estas dudas creo que a mucha gente interesada le es de gran validez la aclaración dada.

Su intervención lejos de embrollar las cuestiones, es aclaradora, pero por ello nos surgen nuevas cuestiones acerca de lo comentado, las cuestiones que surgen no son porque me haya "liado" más sino porque a través de la aclaración de sus concepciones se puede desarrollar más profundamente un debate.

Por empezar, comentaré algo sobre la cuestión del PCN y las elecciones.

En sus documentos, al inicio de guerra popular y durante todo su proceso, el análisis del PCN respecto al carácter de la revolución en Nepal se concluía con que la etapa de lucha que atravesaban los trabajadores Nepaleses era la de la constitución de la revolución de Nueva Democracia: "La sangre de los mártires nutre toda revolución; la revolución de Nueva Democracia en Nepal no es excepción. Si bien cientos de mártires han dado la vida ante el altar de esta revolución desde la fundación del Partido Comunista de Nepal en 1949, una nueva ola de sacrificio heroico y martirio surgió el 13 de febrero de 1996, fecha en la que se inició la guerra popular bajo la dirección del PCN(M)".[1]

Como vemos en Nepal se inicia la guerra popular con el cometido de culminar el proceso de lucha en una revolución de Nueva Democracia. Por aquel entonces lo que supuso el inicio de la guerra popular en Nepal fue un aire fresco y un foco de esperanza para el MCI, después de la caída ideológica derivada del revisionismo y su fracaso histórico pocos ejemplos prácticos revolucionarios dirigidos por un PC nos quedaban a los comunistas en el plano internacional, mientras en Europa se producía una debacle a partir de la década de los 60 que se reflejó en la destrucción de la edificación socialista, el fortalecimiento ideológico de varios sectores comunistas en el mundo, la llegada del Eurocomunismo, la destrucción de los partidos comunistas erigidos en la III Internacional y el desmembramiento de éstos en multitud de destacamentos de vanguardia teórica.

Desde que se derribara la obra de la Gran Revolución Cultural Proletaria, el período de repliegue de la RPM se agudizó en todo el mundo. A finales de los 80 dejaron de existir los restos de la URSS, en China ya se habían derribado los caminos de la edificación socialista. En todo este gran proceso de repliegue ha habido "dos grandes esperanzas revolucionarias" en el mundo, la experiencia del proletariado y el PCP en Perú y la posteriormente la experiencia en Nepal.

La atención dada y las expectativas sobre el desarrollo de estas revoluciones han creado gran

expectación en el MCI, ya que se trataban de las experiencias comunistas más avanzadas de la última época en medio del repliegue. Ciñéndonos en la situación Nepalesa tenemos que recordar los siguientes pasajes: "El 13 de febrero el Partido dirigió a las masas de todo el país a rebelarse contra el Estado reaccionario y a dirigir su furia contra las clases dominantes feudal, compradora y burocrático-capitalista, para aplastar el existente orden semifeudal y semicolonial y construir un Estado de Nueva Democracia".[2]

Es decir, como hemos visto en el par de citas por parte del PCN al inicio de la guerra popular, la tarea revolucionaria marcada por el partido consistía en la resolución de la llegada a una revolución de Nueva Democracia, cosa que a día de hoy no se ha realizado y eso se lo achacamos a dos posibles problemas fundamentales. Uno puede ser que se equivocaran teóricamente en cuanto a la práctica vivida o puede ser por otro lado el repliegue del partido en la práctica de su programa fundamental de revolución de Nueva Democracia. Desde mi punto de vista sin duda, la deriva del PCN en estos momentos se debe más a la segunda posibilidad.

Consideramos como grandes aciertos del PCN, la organización del partido, su primigenia línea política, su sustento de una heroica guerra popular y su acertada táctica de desarrollo de ésta y de su línea política.

A todos los que hemos seguido con expectativa el desarrollo de la guerra popular en Nepal nos sorprendió peyorativamente el cambio táctico producido hace poco tiempo, con la disposición del PCN de parar las acciones guerrilleras a las primeras de cambio, para entrar a formar parte del gobierno burgués constituyente que se está gestando en Nepal en estos días donde se celebran las elecciones de democracia burguesa.



Debido al alto nivel teórico de los cuadros del PCN, no podemos pensar que se les hayan olvidado los fundamentos de la revolución de Nueva Democracia y el papel de la guerra popular para su consecución, tampoco creemos a través del estudio de las continuas noticias que nos llegan del Nepal que la situación del partido y de la guerra popular se mantenía de forma crítica. La guerra popular en Nepal ha conseguido grandes logros, que ponían muy cerca el objetivo revolucionario y creemos que la actual dirección del PCN lo que ha hecho es volver a alejar de esos objetivos a los trabajadores de Nepal.



La relación entre la guerra popular y el objetivo revolucionario guiado por la verdad Leninista "Salvo el poder todo es ilusión", sólo podía tener una resolución en la revolución de Nueva Democracia. Si algún sentido tiene la guerra popular es precisamente éste por ello nos preguntamos ¿Acaso la guerra popular en Nepal no se inició con ese objetivo? Y también ¿Si la fase estratégica de la guerra popular en Nepal era de ofensiva, por qué se desactiva la guerra popular por el simple hecho de formar parte de una asamblea constituyente?, ¿Será que estarán preparando clandestinamente el último golpe?

Tales son las preguntas que nos hacemos que vamos a intentar darnos algunas respuestas.

La revolución de Nueva Democracia consiste en la lucha por la consecución de un estado de nuevo tipo que posibilite el empuje de la etapa de la edificación socialista, por medio de la lucha de clases en su más alto nivel organizativo y práctico que es la guerra popular. A partir del noveno año de guerra popular el PCN indicaba que se encontraban en la 3 fase de la guerra popular, en la fase de ofensiva, o lo que es lo mismo que la situación de la guerra popular tenía ya posibilidades de pasar a la toma del poder. Parece que al PCN se le ha ido la responsabilidad de su compromiso con las masas de dirigir las hacia la toma del poder, parece que el PCN no se encuentra en condiciones de cumplir la tarea revolucionaria de un PC en Nepal ahora mismo. De enarbolar la máxima "salvo el poder todo es ilusión" para invocar la guerra popular se ha pasado a vivir precisamente de "ilusiones", de la ilusión de la democracia burguesa, de la dominación política del estado burgués, de convertirse poco a poco a ser una parte más de ese conglomerado de proyecto de Asamblea Constituyente como parte esencial y reformadora de la lucha de clases.

El objetivo revolucionario que se impuso el PCN no ha sido conseguido y aún así han desactivado la guerra popular mediante el desarme del ejército del pueblo, las zonas liberadas ahora vivirán bajo la legalidad "democrática", la ofensiva estratégica ha dado lugar a dar un paso atrás a la revolución por obra y gracia del PCN, el revisionismo ha empezado a hacer mella en el partido que anda más cerca de la teoría de que el fin no es nada y el movimiento lo es todo, que de la consciencia omnipresente de entender para lo que vale un partido

comunista, cuál es su naturaleza y cuál debe ser su forma de actuar.

La revolución de Nueva Democracia entre sus objetivos tiene presente el aplastar al imperialismo, el actual proyecto de Asamblea Constituyente esta patrocinado por éste, los intereses de la burguesía nepalí pasan por los intereses del imperialismo del cual dependen totalmente, el triunfo de esta forma de gobierno sin duda interesa al imperialismo y el afianzamiento de este modelo de gobierno es el afianzamiento del imperialismo en Nepal.

Hoy a 14 de Abril de 2008, después de realizarse las elecciones a la Asamblea Constituyente, el PCN tenía la mayoría de los votos y controlaba tres partes de circunscripciones, el otro partido comunista el Partido Comunista Unificado ML también ha sacado unos buenos resultados. Esta situación pone más en las cuerdas al PCN, ya que ahora su responsabilidad revolucionaria le será achacada por las masas que mirarán de cerca su actuación, una actuación limitada por el carácter del estado burgués y dependiente del imperialismo. El PCN se ha metido en un lodazal del que sólo podrá salir de una manera y ésa es la toma del poder. Lo que pase en los siguientes meses será transcendental para saber si hay revolución en Nepal y el PCN sigue siendo una herramienta válida para ello o si por el contrario estos acontecimientos de estos últimos años están suponiendo la bancarrota del partido y de la línea revolucionaria y se encamina a su bancarrota total.

La actuación del PCN no la podemos considerar como normal o revolucionaria, la renuncia a la toma del poder no la podemos explicar en términos prácticos, ya que el nivel de lucha era altísimo y el asalto a las ciudades parecía ser cuestión de poco tiempo ya que la influencia del PCN sobre el proletariado ciudadano era creciente, ahora como nueva prueba podemos ver en estas elecciones un indicativo que incluso política e ideológicamente el partido tenía una amplia influencia sobre las masas. Quizás no comprendieron el carácter transformador de la forma de estado de una revolución de Nueva Democracia, no comprendieron el valor de llegar a una ofensiva estratégica, no comprendieron quiénes eran

los agentes del imperialismo que actualmente sufren, no comprendieron que la situación del pueblo del Nepal semifeudal y semicolonial no será solucionada por el imperialismo. El hambre, el paro y la miseria que se dan en uno de los 5 países más pobres del planeta no serán solucionados por la construcción imperialista culpable principal de la situación de los pueblos del mundo y en especial de los países más pobres.

Sobre las tareas de la revolución de Nueva Democracia el Pte. Mao decía "Desde hace años, los comunistas venimos luchando tanto por una revolución política y económica como por una revolución cultural en China; nuestro objetivo es construir para la nación china una nueva sociedad y un nuevo Estado, en los cuales no solamente habrá una nueva política y una nueva economía, sino también una nueva cultura. En otras palabras, no sólo deseamos convertir la China políticamente oprimida y económicamente explotada en una China políticamente libre y económicamente próspera; deseamos asimismo convertir la China ignorante y atrasada bajo el imperio de la vieja cultura en una China culta y avanzada en la que impere una nueva cultura. En resumen, queremos construir una nueva China. Y en el terreno cultural, nuestro objetivo es forjar una nueva cultura de la nación china"[3]. Como vemos Mao no plantea el resolver los problemas de la burguesía China con esta nueva forma de estado sino que plantea superar de hecho la forma de estado burgués, por un nuevo estado de dirección proletaria que será el encargado de resolver las cuestiones feudales o semifeudales que se dan en un país atrasado, es decir en vez de dejar en manos de la burguesía la tarea de resolver los problemas de atraso en todos los aspectos, propone al proletariado y a los campesinos para resolver esas cuestiones, ya que si no se entregaría la lucha por el socialismo a los agentes de la contrarrevolución.

"De esto se desprende que hay dos tipos de revolución mundial, y el primero pertenece a la categoría burguesa o capitalista. La era de este tipo de revolución mundial pasó hace mucho tiempo; tocó a su fin con el estallido de la Primera Guerra Mundial imperialista de 1914, y, sobre todo, con la Revolución de Octubre de 1917 en Rusia. Desde entonces, comenzó el segundo tipo de revolución mundial: la revolución mundial socialista proletaria. Esta revolución tiene como Fuerza principal al proletariado de los países capitalistas, y como aliados, a las naciones oprimidas de las colonias y semicolonias. Sean cuales fueren las clases, partidos o individuos de una nación oprimida que se incorporen a la revolución, tengan o no conciencia de este punto, lo entiendan o no en el plano subjetivo, basta con que luchen contra el imperialismo para que su revolución sea parte de la revolución mundial socialista proletaria, y ellos mismos, aliados de ésta"[4]. Estas palabras de Mao describen brevemente el carácter de las revoluciones de nuestra época y nos explica brevemente y con exactitud las tareas revolucionarias encuadradas en una revolución de Nueva Democracia. Una guerra popular iniciada y desarrollada hasta su punto máximo de ofensiva estratégica ha de cumplir las tareas de la revolución socialista en los países atrasados, es decir luchar contra las relaciones de producción, sociales y culturales del semifeudalismo y del imperialismo y oponer



un proyecto político revolucionario y socialista a ello. La dictadura burguesa que reina hoy día en Nepal es ya, desde hace tiempo, la vieja democracia, que no es revolucionaria y pertenece a lo viejo a lo pasado.

En conclusión general vemos que el PCN ha renunciado en lo general y fundamental a su propio programa y a sus propias teorías al no aplicar adecuadamente los fundamentos de la revolución de Nueva Democracia y su relación con la guerra popular sobre la práctica.

No sabemos exactamente cómo va a acabar todo esto pero sí tenemos claro que el camino llevado en estos últimos años conduce a la liquidación del partido revolucionario. Aún tenemos esperanzas que los camaradas del PCN rectifiquen por medio de la agudización de la lucha de dos líneas en el interior del partido producida por los nuevos acontecimientos con la Asamblea constituyente.

zapador331

15 de abril de 2008

Notas

[1] Editorial de "The Worker" N°2.

[2] Editorial de "The Worker" N°2.

[3] "Sobre la revolución de Nueva Democracia". Mao Tse-tung. 1939.

[4] Ídem.

CARTA ABIERTA A LOS CAMARADAS DEL MAI

A modo de respuesta a su carta abierta de Julio 07

En primer lugar, agradecerles la buena opinión que uds. tienen de nosotros. Opinión que compartimos -no sobre nosotros- sino acerca de uds. Hay, no obstante, algunas cuestiones que son abordadas de diferente manera por las dos partes, y que tienen su origen en el diferente método que hemos utilizado para llegar a determinadas conclusiones, y que consideramos necesario señalar para sentar bases sólidas en el proceso de Reconstitución del Partido Comunista de España.

Una de las cuestiones es la que se refiere a lo que uds. consideran el fracaso del Ciclo de Octubre. Un científico español decía que si nosotros parecemos grandes es porque estamos subidos sobre los hombros de los gigantes que nos precedieron. De manera parecida, los comunistas en la actualidad, a pesar de nuestra insignificancia numérica y de medios, estamos armados con el Marxismo-Leninismo-Maoísmo. Recordemos que la Liga de los Comunistas es la que encarga a Marx y Engels que los doten de ese arma ideológica y política que es el Manifiesto del Partido Comunista. Además de una ingente obra que constituye el patrimonio del proletariado internacional, y de las mentes esclarecidas que han tenido acceso a la misma. Obra que perdurará en el Comunismo que Marx considera la inevitable meta de la Humanidad, después de aplicar el análisis materialista histórico y dialéctico a las organizaciones sociales precedentes, la actual, y su previsible desarrollo a la futura. Conclusiones que nosotros compartimos plenamente. Hay otros que no. Incluso uds. dicen que estas afirmaciones no son correctas, ya que si el Comunismo es inevitable, de qué sirve arriesgar los bienes -el que los tenga- o la vida, si eso ha de llegar "como llega la cigüeña al campanario". La afirmación de Marx, ésta, no se puede separar del por qué lo dice. Que el capitalismo ha de desaparecer no sólo porque sea injusto, criminal, etc., sino porque sus leyes de funcionamiento, su sistema conduce a las crisis de superproducción (como la que empezamos a padecer ahora) que traen aparejadas convulsiones sociales con cierres de fábricas y destrucción de medios de producción de todo tipo, miseria, represión de todo orden. Y todo ello sin que medie más factor que el capitalismo y su funcionamiento, y en este momento histórico el estadio imperialista. Todo lo cual conduce al desencadenamiento de guerras comerciales por mercados y fuentes de materias primas para sobrevivir a la competencia, terminando por la transformación de la guerra comercial en la guerra armada, o simplemente la guerra capitalista y hoy imperialista.

Estas son algunas de las enseñanzas del Marxismo, que uds. conocen tan bien como nosotros, y que giran alrededor del genial descubrimiento de la base sobre la que descansa toda la sociedad burguesa. La extracción de plusvalía del proletariado. Así como otra de

las leyes estrictamente burguesas como son las de la oferta y la demanda, que cambia la producción de productos básicos para el mercado interno y externo -mercado saturado precisamente por la ley de la plusvalía que obliga al capitalismo a exceder la producción sobre el consumo, superproducción, para de ahí obtener ganancia y beneficio, que es en definitiva la ley que a ellos los mueve- para dirigirla a la producción de otras mercancías que sean más y mejores que las de la competencia, e incluso puedan acabar con ella. Como es obvio, nos referimos a la producción de armamento. Las 1ª y 2ª Guerras Mundiales, y un gran número de guerras regionales y nacionales atestiguan lo dicho. En cualquiera de los 5 Continentes.

Por lo expuesto, y por encima de cualquier eventualidad que pueda acontecer, afirmamos "el Materialismo Histórico como método que Marx y Engels crean en el Manifiesto del Partido Comunista". Así como el Materialismo Dialéctico y la inevitabilidad del Comunismo, por encima de las contingencias que un año u otro puedan aparecer. Como decía Mao. "En los próximos 50 ó 100 años". Dicho de otra manera, hay una estrecha relación entre lo casual y lo causal, entre causa y efecto. Y esa estrecha relación que aparece en la Historia de la Humanidad -la Historia escrita como se dice en el Manifiesto- es la de la lucha de clases, motor del desarrollo de todas las sociedades conocidas, incluida la actual y la sociedad socialista. Modelo de sociedad que durante 60 años del siglo 20 demostró de manera manifiesta su superioridad sobre la sociedad burguesa. Para los explotados y oprimidos, no para los burgueses. En cuanto al desenlace momentáneo -históricamente hablando- de Restauración y Contrarrestauración, intentaremos abordarlo en la parte dedicada al Maoísmo. Lo que queremos señalar es que el Marxismo se desarrolló hasta el Leninismo, y después el Maoísmo, y corroboró el planteamiento de Marx sobre la meta del Comunismo. Así como la también inevitable necesidad de utilizar la violencia revolucionaria, contra la violencia reaccionaria de las viejas clases explotadoras que se resisten a abandonar la escena de la historia y los privilegios obtenidos de toda índole. Sin la violencia revolucionaria no se podrá avanzar hacia el Comunismo. Sin el derrocamiento armado del Capitalismo y el Imperialismo no se podrá instaurar la Dictadura del Proletariado como paso previo, como la etapa del Comunismo. Esta es la situación objetiva confirmada hasta ahora. La otra es la subjetiva, o como decía Mao, "Sin un Partido revolucionario, no se puede hacer la revolución". Y aunque no estemos plenamente de acuerdo con la afirmación de Lukács sobre que el Partido es la conciencia de la clase, o la de Gramsci sobre si es el intelectual de la misma clase, sí estamos de acuerdo en que el proletariado o es revolucionario, o no es nada. Sin su Partido Comunista, Marxista-Leninista-Maoísta, que sintetizan las

tres etapas de gloria y triunfos hasta ahora, el proletariado anda errante, sin dirección, cosechando derrotas que retrasan el proceso histórico de avance hacia la meta del Comunismo.

No podemos acabar estas líneas sin hacer referencia a afirmaciones suyas tales como "...acabará entronizando como razón absoluta y principal fuente de conocimiento al producto genuino de la concepción burguesa del mundo, la ciencia. Este proceso se verá facilitado por la aversión que los fundadores de la cosmovisión proletaria, especialmente Marx, van a sentir por la sistematización de su pensamiento. Sucintamente, los efectos ideológicos de esta inmadura alianza se van a plasmar cada vez más acentuadamente, en un sacrificio de la dialéctica a favor del mecanicismo, el determinismo economicista, un evolucionismo de corte darvinista y, como corolario, la fe en la inevitabilidad del progreso social."

Resultan inaceptables las afirmaciones que uds. llevan a cabo. Afirmar que "la concepción burguesa del mundo, la ciencia", es un regalo que todas las clases burguesas, del mundo, le estarán agradecidas mientras vivan. Actualmente, para la mayoría de la gente, no es ningún secreto (salvo para uds.) que los grandes descubrimientos científicos, en general, llevados a cabo por la burguesía, lo han sido por los conflictos bélicos -las guerras- movidas por lo que sí es el producto genuino de la burguesía, el ansia de beneficio, de enriquecimiento. Esta es la concepción burguesa del mundo, que le lleva a levantar maravillas más grandes que las pirámides de Egipto, como decía Marx, y no al revés, como uds. dicen. Por otra parte, no hay más que escuchar a los mismos científicos que, actualmente, se quejan de manera constante del abandono en que las clases burguesas mantienen a los científicos, y las ciencias.

En cuanto "a la aversión de los fundadores de la cosmovisión proletaria, especialmente Marx, van a sentir por la sistematización de su pensamiento", esto nos pilla de sorpresa. Y nos obliga a recordarles obras, a uds. que hacen gala de erudición, de la sistematización del marxismo por parte de Marx, y de Engels. Recordando también que su obra trasciende el tiempo que les tocó vivir, y se ha ido desarrollando hasta nuestros días.

Nosotros afirmamos que «EL CAPITAL» o «CRÍTICA A LA ECONOMÍA POLÍTICA», es una sistematización del pensamiento marxista y un despliegue asombroso de la dialéctica. Partiendo del concepto de Mercancía (el concepto es concreto porque es la síntesis de múltiples determinaciones) Marx muestra la concatenación de todos los aspectos de la sociedad burguesa, de la sociedad capitalista, de lo más simple a lo más complejo. Reconocemos nuestra ignorancia al no haber observado el "mecanicismo, determinismo, economicismo, corolario...", etc. "Tampoco sabemos cómo uds. pueden considerarse marxistas con tal opinión del marxismo. Quizás sea por las "Tesis sobre Feuerbach". Tesis que



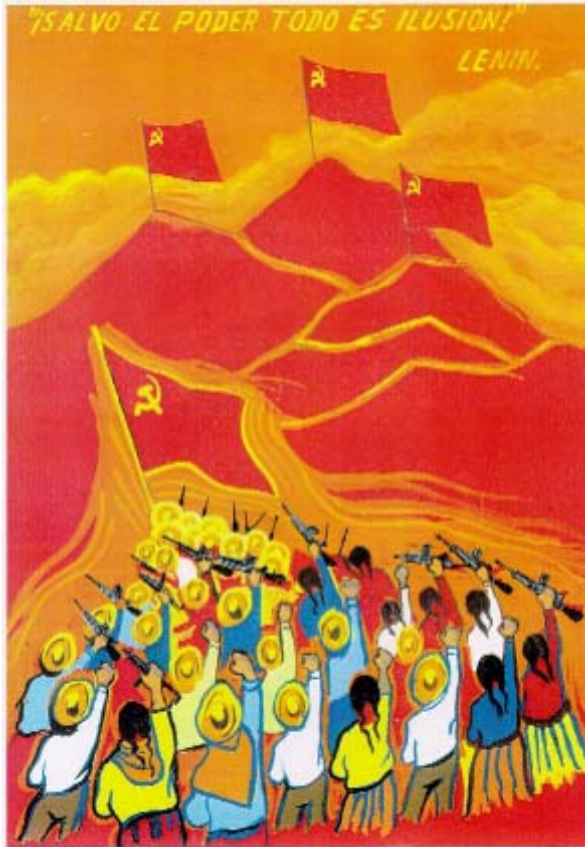
nosotros compartimos, sobre todo la XI que uds. nos parece que también han mencionado en algún documento suyo, y que dice "Los filósofos no han hecho más que interpretar el mundo. De lo que se trata es de transformarlo". Uds., y por lo observado hasta ahora, son más proclives a la interpretación -y por lo por nosotros interpretado- lo cual ya sería un defecto bajo el punto de vista del marxismo, sino fuese, además, porque algunas de sus interpretaciones, como intentamos

demostrar, son erróneas. Y no nos referimos solamente a las dos obras mencionadas de Marx, desde los "Manuscritos" al Capital toda la obra del posiblemente mayor genio del pensamiento humano -por encima de Aristóteles y Hegel- refleja tal sistematización que da nacimiento a una nueva ciencia, el Marxismo. La ciencia de la última clase de la Historia, el proletariado. Otro tanto puede afirmarse del co-firmante del Manifiesto del Partido Comunista, Federico Engels, sin la colaboración del cual el marxismo no hubiera visto la luz, o al menos no como lo conocemos.

Sobre el Leninismo

En su revista nº 20 (El Martinete), hacen uds. un brindis por el 90 aniversario de Octubre. Lo cual nos parece excelente y a lo que nos sumamos de muy buena gana. Lo que ya no nos parece excelente es su intento, (o al menos a nosotros así nos parece) de contraponer Octubre con la estrategia de Guerra Popular. Al brindis por el 90 aniversario de Octubre, inmediatamente se dedican a echarle agua a ese vino, criticándole entre otras cosas su "espontaneísmo", que según han confesado en su revista es algo nocivo y a lo cual se han comprometido a combatir ahora, y a eliminar en cuanto hayan conseguido la reconstitución del PCE, según su idea. Para aclarar lo que nosotros consideramos espontaneísmo, éste son las luchas de clases que se desarrollan contra la explotación y opresión del capitalismo y el imperialismo, y que éste no puede evitar pese a su dominio. Y en las cuales y por desgracia, nosotros no contamos de manera relevante. La lucha de clases se desarrolla al margen nuestro, y por ello su importancia se ve limitada al estallido de algunas protestas cuyas consecuencias, están circunscritas al ámbito del problema que las ha originado. Resuelto o irresuelto éste, las protestas mueren, desaparecen, o se agudizan. Hacen parte de la lucha de clases que ni siquiera el reinado del terror fascista pudo liquidar por entero. Como tampoco pudo hacerlo el zarismo en la época que comentamos. Ni tampoco puedan hacerlo uds.

"...vemos que entender los soviets como lo que realmente son, como bases persistentes del Nuevo Poder de las masas armadas, pone ya en cuestión gran parte de imaginario insurreccionalista". O sea que Lenin estaba confundido al hacer parte de ese "imaginario". Nos da la impresión que uds. desconocen la Historia del Partido Comunista -bolchevique- de la URSS. En la



pág. 78 dicen que es sobre la base de los comités de huelga -armados- de 1905, y “da vía libre a la iniciativa creadora de las masas” que se constituirán los soviets. Es el PCUS el que lleva a cabo la insurrección de 1917- Octubre, pese a, o quizás por no haber comprendido, lo que uds. afirman que era “fruto y resabio de la revolución burguesa decimonónica”, “de movilización espontánea de masas”, “de un modo, si se nos permite decirlo así, burgués, sin la iniciativa del proletariado revolucionario, como es en el esquema de GPP”. Todo esto que uds. escriben no parece ser otra cosa que tratar de hacernos creer que Lenin, los bolcheviques, y el proletariado de Rusia, eran unos pobres ignorantes que no sabían lo que uds. saben, pese a lo cual llegaron a instalar la URSS. Cosa que quizás no deberían haber hecho, porque, y como uds. también dicen, ya se ve cómo ha acabado la cosa...

El decir “Claro que Lenin, debido al estado objetivo de la experiencia revolucionaria del proletariado no es capaz de ir más allá consecuentemente, y muchas veces también, debido a muchas premisas compartidas con el marxismo socialdemócrata, incurrirá en flagrantes contradicciones”, es algo inaudito. Si repetimos tan largamente citas de su escrito, es para evitar que nadie pueda tacharnos de hacer interpretaciones erróneas, o malintencionadas. Esto, y algunas cosas más, hacen parte de la pág. 30 de su ¡viva! a Octubre. Atrévendose a decir que es una “forma bastarda de consumir el asalto al poder supondrá de entrada taras de nacimiento en la construcción revolucionaria posterior”. Y poco después uds. insisten (parecen tener una fijación en ello) con “entender un Octubre bastardo en el que se mezcla lo viejo y lo nuevo ayuda a entender un MCI igualmente bastardo”. Y más abajo “Este carácter bastardo será una marca de nacimiento del MCI, alumbrado a su calor”. Y así

de manera constante en su escrito, donde llegan uds. a caer en lo mas bajo de la crítica política, como ya lo hicieron los trotskistas y otros. Desde luego, no podemos comparar las figuras y obra de aquellos gigantes de la Historia, sobre los cuales uds. intentan arrojar todo tipo de injurias y basura, por el simple hecho de que están fuera de su alcance. Uds. son una cosa, y ellos son otra. El problema es que nosotros habíamos considerado, al no conocer a fondo sus posiciones, la eventualidad de discutir aspectos sobre la reconstitución del PCE, pese a su negativa a reconocer el Maoísmo, que considerábamos fruto de su ignorancia.

Ahora vemos que su posición, su declaración de intenciones a favor de la GP, o su alusión al Partido Comunista del Perú y su estrategia de GP, carecen de la más mínima base ideológica Marxista-Leninista-Maoísta, con la cual uds. están en contra. Son incapaces de comprender que el proceso de GPP no es una simple cuestión técnica a la cual el PCP hubiera llegado, al margen de su condición de maoístas, de comunistas, al margen de la ideología. Uds., y por lo que ahora sí conocemos, cuando escriben sobre Marxismo-Leninismo, es para atacarlo, para deformarlo. Y si no aceptan el Maoísmo, no es por ignorancia, es por que están en el otro lado de la trinchera.

Por lo expuesto, y muy a pesar nuestro, nuestra opinión sobre uds. ha variado de la expuesta al contenido favorable al principio de estas líneas, para considerar que se dedican a practicar el revisionismo, y no el M-L-M. La demagogia con títulos y vivas a Octubre, y que su obra anterior, y por lo que hemos observado, deberían haberla titulado “Cautivos del Debate”, que parece ser su afición, su “leit motiv”. Damos por zanjadas las tímidas esperanzas de sacar algo en limpio de nuestras relaciones.

Ignoramos cuál es su concepción de la Guerra Popular, pero a diferencia de los camaradas del Perú, o de la India, o de la que en España fijemos en su momento, la suya carece de cualquier basamento ideológico, es una posición de carácter oportunista fruto de una posición ajena al Marxismo-Leninismo-Maoísmo, como sí lo es la de los Partidos mencionados que han declarado su fidelidad a la doctrina comunista. Al intentar colocarse por encima de Marx o Lenin, y evidentemente en contra de Mao, uds. se han colocado fuera del Marxismo-Leninismo-Maoísmo.

“La ideología del proletariado internacional, en el crisol de la lucha de clases, insurgió como marxismo, deviniendo marxismo-leninismo y, posteriormente, marxismo-leninismo-maoísmo”. (Comité Central. Partido Comunista del Perú. 1988)

Noviembre 2007

Reconstrucción

Algunas consideraciones sobre el maoísmo

Camaradas de *Reconstrucción*:

Con ustedes nos ocurre como a Bill Murray en *Atrapado en el tiempo*, que por mucho que se desenvuelva nuestra relación, siempre retornamos al principio, como si nada hubiera pasado. Phil, el personaje que encarna Murray, por muchos acontecimientos que se sucediesen en el día, se despertaba siempre a la misma hora de la mañana del Día de la Marmota, como si no hubiera ocurrido nada, condenado a vivir esa jornada eternamente. Igual que Phil, para nosotros, la relación con ustedes parece un permanente volver a empezar. Esta impresión extraemos de la última carta con la que se dirigen a nosotros (con fecha de 7 de abril) proponiendo una entrevista, en la que no hay ni rastro de nuestras mutuas comunicaciones anteriores, ni de sus resultados, ni del punto de confrontación en el que quedaron fijadas nuestras diferencias. Sobre todo, por parte de ustedes, que no han dudado en hacerlas públicas a través de su órgano de expresión.

Sin embargo, aunque esto ya sucedió en una ocasión, aunque una vez aceptamos retomar el contacto con ustedes simulando no conocernos, como si no hubiera habido ningún encuentro directo anterior entre nosotros, ahora no va a ser así, porque la relación entre nuestras organizaciones ya no puede empezar desde cero. Igual que Phil sale de su peripecia rompiendo el círculo vicioso del tiempo, nosotros nos permitimos señalarles que lo nuestro no puede convertirse en un permanente intento y que no podemos comportarnos como si no hubiera ocurrido nada entre nosotros, que la cosa ya ha avanzado, por lo que, también, nos permitimos recordarles el punto donde se quedó: que, por lo que a ustedes respecta, el MAI practica “el revisionismo” y se dedica a la “demagogia”, por lo que ya concluyeron que debían dar “por zanjadas las tímidas esperanzas de sacar algo en limpio de nuestras relaciones” (ver *Reconstrucción*, nº 3, pág. 5); y que, por lo que a nosotros respecta, todo deseo sincero de retomar el contacto pasa por una explicación de las razones que ahora les conducen a pensar que sí pueden “sacar algo en limpio” de quienes, según ustedes, estamos “en el otro lado de la trinchera”, y, sobre todo, que el punto de partida de esa relación recuperada sólo puede ser el que ya conocen, el debate de nuestra proposición al conjunto de la vanguardia que publicamos como Carta abierta, con el título de *El debate cautivo*, en sus términos y punto por punto. E insistimos en esto porque en su prensa dicen que les pare-

ce “bien encaminada” nuestra propuesta de “un órgano de expresión conjunto”, pero la han vaciado tanto de contenido, adulterándola de manera inadmisiblemente, que es preciso advertir que hablar con nosotros significa debatir, primero, sobre determinados aspectos de carácter ideológico y político, para después, si procede, concretar la forma organizativa de toda posible colaboración. No queremos comenzar la casa por el tejado, con un órgano de propaganda de corte liberal en el que pueda entrar cualquiera, incluso, como parecía que ustedes pretendían, gentes como la Unión Proletaria (UP), tras la que han ido, según ustedes mismos confiesan, recabando información y opinión sobre el MAI. Lo cual, por cierto, dice mucho sobre la absoluta desorientación ideológica y política de que adolece su organización, incapaz de distinguir entre los amigos y los enemigos de la revolución en el variopinto y heterogéneo movimiento comunista actual. Para saber de qué pie cojea la UP basta con leer sus documentos y comprobar que, efectivamente, este grupo se inclina más por “la vía reformista”, lo cual, a ustedes, parece no importarles mucho, pues todavía esperaban “aclarar con ellos” cuestiones que están muy claras para todo el mundo, excepto, al parecer, para los señores de *Reconstrucción*. Necesitaron comprobar por ustedes mismos, en persona y de viva voz la posición revisionista y oportunista que defiende la UP para convencerse del verdadero carácter de su línea, como informan tras su entrevista con un representante de esta organización. Este grupo pidió el voto para IU y el PSOE en las últimas elecciones municipales, autonómicas y generales, pero ustedes necesitaron todavía “el esclarecimiento de las posiciones de cada uno”. El MAI defiende la línea de Guerra Popular, pero ustedes desconfían y ponen todo tipo de reparos y trabas a la colaboración entre nuestras organizaciones. Mientras se gastan paños calientes con la extrema derecha de nuestro movimiento, desprecian a la izquierda, demostrando una total insensibilidad ante la necesidad de construir un referente revolucionario frente al oportunismo derechista –al que pertenece, con pleno derecho, la UP– que hegemoniza actualmente tanto el movimiento comunista como el movimiento obrero.

También es posible, por otra parte, que su problema consista en que, sencillamente, no saben leer, o que sus lecturas están demasiado condicionadas por prejuicios que les impiden comprender lo que tienen delante. Así parecen atestiguarlo no sólo el beneficio de la duda que tan generosamente otorgaron a la UP, a pesar

de conocer sus documentos, sino también su manifiesta tergiversación de algunos de los nuestros. Decir, por ejemplo, que el MAI “ha apoyado al PCE(r) de Arenas” alguna vez, si no es producto de una incomprensión de texto, de una mala lectura, es mentir burdamente o interpretar de manera malintencionada el hecho de que alguna vez militantes de nuestra organización hayan exigido la libertad de los presos políticos en acciones de propaganda; o afirmar que entre el MAI y el partido de Arenas sólo hay diferencias organizativas, mientras que “se comparten” los “argumentos ideológicos o políticos” (*ibid.*, p. 11) es una monstruosa aberración que sólo demuestra o un déficit en la capacidad cognitiva a la hora de asimilar la lectura de los textos o desidia intelectual para realizar cualquier esfuerzo de comprensión de los mismos. Circunstancia que queda corroborada cuando señalan que, para el MAI, la Guerra Popular “es una simple cuestión técnica a la cual el PCP [Partido Comunista del Perú] hubiera llegado, al margen de su condición de maoístas” (*ibid.*, p. 5), cuando, en realidad, nosotros defendemos todo lo contrario: primero, realizamos la crítica de quienes, como el PCE(r) entre otros, reducen en la práctica la Guerra Popular a un problema logístico; y, segundo, extraemos varias conclusiones teóricas de la aplicación de la línea genuinamente maoísta del PCP, cuya filiación ideológica nos encargamos de situar y resaltar. En todo caso, y muy al contrario, comparamos el maoísmo fiel y consecuente aplicado por el PCP con la línea política y la concepción de la Guerra Popular de otros *maoístas*, comparación, por cierto, de la que, si mereciese la pena hacerla, con toda seguridad tampoco saldrían muy bien parados los *maoístas* de *Reconstrucción*. En todo caso, por otro lado, lo único que añadimos nosotros al análisis del plan revolucionario del PCP es la sugerencia de que, tal vez, los propios maoístas peruanos no son conscientes del alcance teórico de su aplicación práctica del maoísmo, y de que, tal vez, esto se deba a elementos ideológicos y políticos periclitados que se encuentran en el seno mismo del imaginario maoísta actualmente vigente, a los que es preciso depurar para que la ideología proletaria pueda ver explotado al máximo su potencial revolucionario (independientemente de que lo que resulte de ello pueda o no seguir denominándose *maoísmo*). En cuanto a lo que ustedes ofrecen al respecto, en la misma línea que casi todas las organizaciones autodenominadas maoístas, es lo que nos confirma el hecho de que son los propios maoístas, o muchos de ellos, los primeros interesados en impedir esta labor de deslinde entre lo correcto y lo erróneo en el pensamiento que dicen enarbolar como bandera. Pero, a nuestro entender, sólo dogmáticos empecinados pueden creer en el monolitismo de una doctrina, en que, a diferencia de todas las cosas reales, no está atravesada por contradicciones, las únicas que permitirán, por cierto, su desarrollo. Detectar, estudiar y comprender esas

contradicciones es para nosotros crucial, pues contribuirá de manera determinante en la superación de la crisis que hoy vive el comunismo revolucionario a todos los niveles.

Significado de los acontecimientos en Nepal

Éste es el punto de vista desde el que el MAI observa al maoísmo, y creemos que con ello demostramos más respeto hacia él que muchos acólitos fanáticos que no hacen otra cosa que desprestigiarlo haciendo gala de su absoluta falta de sentido crítico y de honestidad intelectual. Porque empecinarse en salvar al maoísmo de toda mácula después de todo lo que ha ocurrido en la historia del movimiento comunista internacional, sobre todo desde 1976, es absurdo; pretender desvincular la derrota política –temporal, pero derrota al fin y al cabo– del proletariado a escala mundial de toda connotación e implicación ideológica, resulta hasta obsceno. Sólo en el mundo de las quimeras idealistas los avatares políticos no salpican a la esfera de las ideas, ni los fracasos de los proyectos políticos arrastran a las doctrinas que los inspiraron. Este punto de vista no es propio de materialistas, ni de marxistas; ni siquiera ya de quienes no saben entender lo que ven o leen, sino de auténticos ciegos. Pero, los hechos son tozudos y a ellos nos remitimos. Ahora no se trata ya de las consecuencias teóricas que, para el maoísmo como doctrina, pudo acarrear la derrota de la Gran Revolución Cultural Proletaria, ni de las vicisitudes que le han acompañado desde la caída del Presidente Gonzalo, en 1992; ahora se trata de algo inaudito cuyas consecuencias, de largo alcance, no pueden ser desdeñadas por más tiempo. Ni siquiera por ustedes. Nos referimos al giro liquidacionista protagonizado por el Partido Comunista de Nepal (maoísta) [PCN(m)]. El latrocinio perpetrado contra la revolución por este partido ya no puede ser atribuido a la *traición* de alguno o algunos dirigentes, o a un error táctico, etc. Este tipo de explicaciones o excusas ya no es suficiente. Es preciso profundizar más en el análisis de las causas de esta nueva manifestación de revisionismo y liquidacionismo revolucionario, hasta escudriñar en los postulados mismos que conforman algunos de los pilares básicos del paradigma revolucionario que fue forjándose a lo largo del Ciclo de Octubre y cuya última y máxima expresión es el maoísmo. Ésta es nuestra opinión y, aunque aquí no ahondemos en ello, sí expondremos los rasgos, tan peculiares como insólitos, que indican que, con el *caso nepalí*, nos encontramos ante un hecho que no puede ser despachado, al viejo estilo, como otra desviación más del justo camino. Los nuevos síntomas que presenta esta última manifestación del fenómeno del revisionismo denotan una enfermedad distinta y más grave; presentan, más bien, un cuadro clínico en fase terminal que obliga a pensar que lo que está ante

nuestros ojos es el punto final de algo. Y es sobre esto que los comunistas debemos reflexionar seriamente.

En primer lugar, jamás en la historia de la Revolución Proletaria Mundial el partido de la revolución recurrió a una maniobra de repliegue estratégico, ni a un cambio de alianzas que supusiese el acercamiento a fuerzas conservadoras y el simultáneo alejamiento de importantes sectores de las masas trabajadoras, como en este caso, cuando las fuerzas revolucionarias disfrutaban de una situación franca y favorable de ofensiva estratégica; nunca el partido revolucionario ha optado por la vía pacífica, desistiendo de tomar el poder por las armas cuando ha estado en condiciones de hacerlo. Es la primera vez que ocurre en nuestra historia, la cual, en todo caso, está plagada de infructuosos intentos de asalto violento del poder, oneroso precio que el proletariado internacional ha querido pagar por perseverar en la línea correcta para conquistarlo.

Es cierto, por otra parte, que, en su último análisis, con el que pretendía justificar la liquidación de la guerra popular, el PCN(m) redimensionó el papel del contexto internacional de hegemonía y ofensiva del imperialismo yanqui, exagerando tanto las dificultades que impondría la injerencia exterior y cubriendo de tan malos presagios un hipotético triunfo de una revolución aislada en Nepal que trocaron el optimismo de la ofensiva estratégica de la guerra popular en pesimismo y, sucesivamente, en cobardía y claudicación. En estos términos, los nuevos parámetros políticos del PCN(m) ponen al proletariado internacional ante una paralizante paradoja: si la Revolución Proletaria Mundial avanza desde la ruptura de los eslabones débiles de la cadena imperialista, constituyendo bases de apoyo revolucionarias en condiciones de cerco imperialista, y si solamente con la extensión de este principio pueden crearse condiciones internacionales favorables, entonces, la exigencia de que se cumpla como condición y requisito de la acción política lo que no es sino consecuencia o resultado de la puesta en marcha del mecanismo de la revolución mundial, supondrá que ésta sea abortada y quede detenida antes de comenzar. Esperar a la ofensiva del proletariado internacional para iniciar o consumir *mi* ofensiva nacional es absurdo, pues aquélla depende de que la suma de ofensivas locales permita que la defensiva proletaria a escala mundial pueda transformarse en ofensiva en el plano internacional. Y lo peor y más grave, por extravagante y nunca visto, es que este absurdo con regusto trotskistamenchevique se lo ha planteado el PCN(m) al movimiento comunista internacional no como plan o como problema teórico, sino como *solución* práctica que no admite apelación.

Si rendir las armas a las puertas mismas de la victoria es algo insólito en nuestro movimiento, no menos inusitado resulta el hecho de que, también por primera vez en nuestra historia, el partido revolucionario

asuma la responsabilidad de sostener al viejo Estado. Es verdad que el partido obrero ha participado, históricamente hablando, en gobiernos burgueses; también es cierto que incluso la Internacional Comunista avaló esta posibilidad; sin embargo, desde los gobiernos de Frente Popular, en los años 30, hasta el Gobierno Allende, nunca soportó el proletariado la mayor parte de la responsabilidad en la gestión del Estado reaccionario. Nunca fue tan grande la concesión hecha a la burguesía como la que ha realizado el PCN(m) al integrarse en el sistema legal con el fin de protagonizar y cargar con la responsabilidad de la refundación constitucional del Estado reaccionario nepalí. En la historia de nuestro movimiento sólo hay un precedente en esto, que es el que nos permitirá situar la tercera peculiaridad original del *caso nepalí*: el gobierno encabezado por el socialdemócrata Ebert, con el que el SPD contribuyó de manera destacada a la refundación del Estado imperialista alemán, en 1918-1919. Pero, a diferencia de los traidores y asesinos socialpatriotas de la República de Weimar, en Nepal es el ala extrema de la revolución quien ejercerá el papel de verdugo de la misma comprometiéndose en la reconstitución del viejo poder. Una constante que se repite en la historia de nuestro movimiento consiste, precisamente, en que siempre que ha tenido lugar uno de esos vergonzosos episodios de colaboracionismo, por parte de algún sector de la clase obrera, hubo en cambio un ala izquierda que denunció y rompió con esa política o que, al menos, buscó y aplicó una verdadera línea revolucionaria, manteniendo en alto el estandarte de la lucha de clases proletaria por el comunismo. Desde que A. Millerand inaugurase la funesta tradición del oportunismo político en nuestro movimiento, entrando en el Gobierno Waldeck-Rousseau, en 1899, hasta los *ministerios comunistas* que el partido de G. Marchais encabezó en varios gobiernos franceses en los 80 del siglo pasado, siempre hubo alguna corriente organizada y con cierta influencia política a la izquierda del movimiento comunista internacional desde la que se combatió ese oportunismo y desde la que, aplicando lucha de dos líneas, se desarrolló la línea proletaria revolucionaria. Incluso cuando la Komintern realizaba sus llamamientos a los frentes nacionales antifascistas con la burguesía, el Partido Comunista Chino mantenía su independencia del Kuomintang y organizaba formas nuevas de poder popular en sus bases de apoyo, experiencia que será la semilla de la línea roja futura cuando, tras la liquidación de la Internacional, el PCUS y sus satélites caigan en el revisionismo moderno en sus distintas versiones. Pero, en Nepal, esto cambia. Lo insólito y, a la vez, lo original de este caso consiste en que es el PCN(m) quien representa la línea roja, en que no hay nadie más a su izquierda. El PCN(m) ha representado, hasta aquí, al partido extremo de la revolución, a la forma más avanzada de la revolución proletaria, tanto en su ideología como en su

línea política. En el movimiento obrero y comunista internacional actual no hay nada más allá del PCN(m), no hay nada a la izquierda del partido maoísta nepalí aplicando Guerra Popular y del Ejército Popular de Liberación en ofensiva estratégica. Esto es –o era– el *non plus ultra* de la revolución hoy en día. Ni siquiera el PCP o el Partido Comunista de la India (maoísta), que prosiguen Guerra Popular, pueden comparársele u ofrecerse como alternativa, pues, hasta el momento del giro revisionista, estos partidos defendían exactamente la misma línea ideológica, política y militar que el PCN(m), sólo que menos desarrollada en su aplicación. Y es nada menos que este partido, el buque insignia de la revolución, el que protagoniza el último episodio de conciliacionismo y renuncia revolucionaria. Este hecho inaudito sólo puede tener consecuencias de gran calado: es la señal definitiva que se suma a la lista de pruebas que demuestran como irrefutable y consumado algo que, por lo demás, era ya hartamente evidente: el agotamiento de la ideología y de la política que ha dominado una época de la historia de la clase obrera, el final, en suma, de todo el ciclo histórico que abrió la Revolución de Octubre.

Ciencia y marxismo

Como ya hemos señalado, los maoístas han achacado tradicionalmente estos desagradables incidentes a la traición o a errores en la aplicación del maoísmo. Sin embargo, es evidente que este caso sobrepasa este marco de explicación. Ya no se trata de la contradicción entre asunción y aplicación del maoísmo, sino de algo situado a otra escala que abarca al propio maoísmo; se trata de las insuficiencias de la teoría misma, de la contradicción entre teoría y práctica, de la incapacidad conceptual de la teoría de vanguardia para asimilar toda la experiencia práctica de la Revolución Proletaria Mundial; se trata de que la teoría va por detrás de la práctica y de que, en consecuencia, no puede ser guía, no sirve para orientar ante los problemas nuevos que propone la realidad. Los maoístas nepalíes han fracasado ante este reto, tomando el camino del liberalismo al no ser capaces de poner su marxismo a la altura de las exigencias teóricas y políticas que impone la nueva época histórica. Hasta ahora, los maoístas –ustedes y otros mucho mejores que ustedes– han podido obviar hechos tan evidentes como el tamaño de catedrales y tan importantes por sus consecuencias para su teoría como fueron, primero, la derrota de la Gran Revolución Cultural Proletaria y la debacle general de la Revolución Proletaria Mundial y del movimiento comunista internacional, después, gracias a ciertos episódicos repuntes revolucionarios localizados en Perú y Nepal, principalmente, que les permitieron cerrar los ojos y confiar en la continuidad de su modelo revolucionario. Lo cual, no quiere decir, por cierto, que el MAI comparta el derrotista adagio menchevique-

plejanovista de que *no se debió coger las armas*, tanto por lo que se refiere a estos últimos casos aludidos como, en general, a todas las experiencias revolucionarias de nuestra historia, como ustedes se atreven a insinuar, con más petulancia que ironía, cuando aluden a la instauración de la URSS por Lenin y los bolcheviques y apostillan: “Cosa que no deberían haber hecho, porque, y como ustedes también dicen, ya se ve cómo ha acabado la cosa” (*ibid.*, pág. 4). Es importante dejar clara esta cuestión, pues no podemos permitir tan arrogante como infundada crítica, ya que forma parte de nuestro pensamiento el convencimiento de que no es posible el desarrollo de la línea y de la práctica social revolucionarias sin sufrir errores, fracasos y derrotas. Lo que nos diferencia es que ustedes abordan este problema desde una errónea perspectiva positivista. Para ustedes, las leyes de la transformación consciente de la sociedad, las leyes de la construcción del Comunismo son leyes preexistentes, anteriores a la lucha de clases proletaria y su desarrollo. Según este punto de vista, la lucha de clases es el medio de conocimiento de esas leyes, y el error y el fracaso el límite del conocimiento, el momento de toma de conciencia de la imperfecta percepción de la realidad. De este modo, el proceso de conocimiento se identifica con la acumulación de experiencias, que son teorizadas o *resumidas*, hasta conformar una especie de *verdad universal* que, posteriormente, debe aplicarse o encarnarse en la realidad específica de cada revolución concreta. Se trata, en definitiva, del traslado del *modus operandi* de las ciencias experimentales al ámbito de la sociedad. Por esta razón, ustedes se empeñan en identificar al marxismo con la ciencia; pero, en realidad, esta identificación no es más que una nefasta operación de reduccionismo epistemológico, que persigue comprimir una forma superior de la conciencia social, la concepción del mundo proletaria, para asimilarla a formas inferiores y pretéritas, que expresan formas de la conciencia social anteriores a la aparición histórica del proletariado. Ustedes se escandalizan porque nosotros afirmamos –en plena coherencia con el materialismo histórico– que la ciencia es un producto social que surge en una época determinada, la época de expansión y ascenso de la burguesía, y que, como producto ideológico, se corresponde con la concepción del mundo de esta nueva clase, al mismo tiempo que es su hija legítima; de hecho, la cosmovisión que genera la ciencia es la que más y mejor se adecua a la posición social de clase de la burguesía, desde el punto de vista de las condiciones de la reproducción ideológica de esa posición; es la concepción del mundo más acorde con sus intereses de clase. Ustedes se escandalizan cuando afirmamos cosas como éstas y cuando añadimos que el marxismo, aunque contiene la ciencia (en el sentido dialéctico de la categoría hegeliana de *Aufhebung*), es una forma superior de conciencia, también histórica y socialmente

determinada, superior a ella. Pero, lo verdaderamente escandaloso es que ustedes, como casi todos los autodenominados *marxistas*, pretendan reducir el marxismo a ciencia o a metaciencia y hacer de la ciencia como forma de conocimiento algo absoluto, una categoría ahistórica y abstracta que se sitúa por encima del desarrollo social y de la lucha de clases. Con ello coinciden, una vez más, por cierto, con el positivismo, la forma burguesa tradicional de concebir la ciencia.

En tal sentido, resultan patéticas sus contra argumentaciones, basadas en la idea de que la ciencia es un subproducto no deseado del “ansia de beneficio” y del carácter belicoso de la burguesía. Parece que viven ustedes en otro mundo, y no en éste, en el que la ciencia juega el papel de gran oráculo, como becerro de oro que es de los adoradores de la verdad absoluta y de la razón pura, un mundo donde las organizaciones internacionales de la propia burguesía miden el grado de *desarrollo humano* de las naciones o el nivel de *civilización* de los Estados por sus inversiones en I+D+i, y donde, si los capitalistas no quieren o no pueden invertir más en ciencia, es debido a la contradicción entre el beneficio a largo plazo que ésta comporta y su “ansia de beneficio” inmediato. No negamos que la guerra sea aliciente o incentivo para el desarrollo científico –aunque creemos que, más bien, acelera su aplicación tecnológica–, pero estos desarrollos presuponen el método científico y la comunidad científica como instituciones ya establecidas, lo cual no se explica únicamente desde la guerra, sino por todo el contexto histórico de lucha de clases en todos los planos, principalmente el ideológico, de crecimiento y ascenso de la clase burguesa.

Más todavía. Como ustedes otorgan a la ciencia valor absoluto, como la consideran la única y verdadera forma de conocimiento, proponen al proletariado como su único valedor y legítimo heredero, mientras propagan la imagen de una ciencia adulterada por su creador, la burguesía, sin siquiera plantearse explicar tal paradoja. En esta materia, son continuadores de cierta tradición revisionista, según la cual, el papel histórico del proletariado es el de desatar las potencias sociales que tienen amordazadas las relaciones de producción capitalistas, principalmente, las fuerzas productivas. Así, del mismo modo que el poder proletario permitirá el despliegue ilimitado de la capacidad productiva de la sociedad, facilitará, igualmente, una vez que la ciencia esté en manos del proletariado, el despliegue del conocimiento verdadero e íntegro del mundo, sin cortapisas, ni manipulaciones *ideológicas*, ni torcidos intereses corporativos, para su aprovechamiento en beneficio de la humanidad. Pero este ideal de armonía entre ciencia y proletariado –al igual que el idílico maridaje entre poder obrero y desarrollo económico– al que ustedes aspiran, planteado como porvenir, como objetivo natural de la clase obrera, acarrea consecuencias graves de carácter ontológico que,

al parecer, ni siquiera sospechan. Porque imponer a la clase obrera, en tanto que sujeto social, o al marxismo, como forma de la conciencia social, la tarea de conocer el mundo significa el desplazamiento de su relación con la práctica social hasta la posición burguesa que se identifica con el ideal racionalista de la Ilustración de conocimiento del mundo y de entronización de la *verdad* como máximo bien, dejando de lado el objetivo propio, que se inspira en el imperativo categórico de transformar el mundo; significa suplantarse la vocación de revolucionar el mundo por la de conocerlo y, en consecuencia, la liquidación del programa marxista, programa consignado en documentos, como las *Tesis sobre Feuerbach*, de los que ustedes hablan, pero que, evidentemente, no han comprendido, porque quizá sólo se los hayan aprendido. Algo muy frecuente, por cierto, entre los recitadores de nuestros clásicos, incapaces de extraer de éstos algo más que consignas memorizadas. No somos nosotros, por consiguiente, los prisioneros de la “interpretación” del mundo, sino ustedes, con su exaltación de la ciencia y su asimilación al marxismo, pues “interpretar” es la esencia de la ciencia, definida por la posición gnoseológica del observador independiente del mundo que busca conocerlo.

Por consiguiente, frente a la concepción positivista que entiende la relación entre la teoría y la práctica como una relación externa de conocimiento, de reflejo consciente del mundo, el marxismo enseña que, por lo que se refiere de manera particular a la época de tránsito del capitalismo al Comunismo, las leyes del desarrollo social no son arquetipos ideales que se van proyectando desde la experiencia práctica y van sumándose a un *corpus* teórico de verdades universales y eternas; al contrario, esas *leyes* son asimismo transformadas también por el desarrollo de la lucha de clases proletaria, por la acción subjetiva de los agentes sociales. De este modo, la teoría y la práctica forman una unidad en permanente transformación mutua (dialéctica), no son esferas separadas en las que una supuesta realidad objetiva *refleja* sus leyes en la conciencia del sujeto, leyes que son independientes de la acción práctica de éste (metafísica). Nos hallamos ante un proceso –la revolución–, por así decirlo, de *creación* social, no de simple *evolución*, en el que lo nuevo *se construye*, no surge espontáneamente como brote tierno después de retirada la hojarasca que le cubría. Ni qué decir tiene que esta última visión se corresponde con una concepción determinista de la historia, con la tesis teleológica, tan ingenua como fatalista, de que el Comunismo es el destino ineluctable de la humanidad, independientemente –una paradoja más– de la voluntad de los hombres. En este sentido, el *maoísmo* que ustedes profesan no es más que una evolución de la ideología de la II Internacional, razón por la cual decimos nosotros que es necesario –como por tantas otras– recapitular y reflexionar

sobre un bagaje teórico que contiene innegables elementos de dudosa adscripción marxista.

Sobre las categorías del marxismo

Todo esto no significa que caigamos en el relativismo. No negamos la existencia de principios que conforman el núcleo matricial del marxismo como concepción del mundo. Por ejemplo, el principio de la lucha de clases como motor de la historia, o el de la Dictadura del Proletariado como epílogo de esa lucha, etc. Sin embargo, es preciso situar, por lo que se refiere al primero de los principios señalados, que se trata de una conclusión extraída por Marx del análisis de toda la experiencia histórica de la humanidad, en lo que se refiere principalmente a la sucesión de las civilizaciones y culturas que han precedido a la aparición del proletariado como última clase social de la historia. Se trata, por tanto, de un principio o, si lo prefieren, de una *ley* del materialismo histórico, que preside la época en la que esa última clase actúa y su misma actuación. Esto, por una parte. Por otra, permítannos reclamar su atención sobre el aserto maoísta que reza que *la historia la hacen las masas* o los pueblos y les invitamos a compararla con la de Marx, a ver si aciertan a averiguar si ambos son idénticos o, como nosotros pensamos, el maoísta es una simplificación economicista y espontaneísta del aserto marxista. En cuanto a la Dictadura del Proletariado, ya no se trata de un principio de la misma naturaleza que el anterior, pues es resultado de la acción práctica revolucionaria del proletariado; es decir, su necesidad no se sostiene sobre la experiencia histórica anterior al capitalismo, sino por la experiencia presente del proletariado durante su lucha por derrocar el capitalismo. Se trata, por tanto, de un principio o de una ley del socialismo científico, del conjunto de normas recogidas, en virtud de la experiencia de la lucha revolucionaria del proletariado, para guiar y orientar esta lucha. Es por esto que, a diferencia del principio general de la lucha de clases, aquél sí puede variar en sus contenidos y en su papel en función, precisamente, del desarrollo de aquella lucha. Recordemos, sin ir más lejos, la importancia que daban los maoístas chinos durante la revolución cultural a la redefinición del concepto como *dictadura omnímoda sobre la burguesía*, con el fin de recoger en él las novedades de la experiencia que estaban viviendo, y con el fin de continuar la tradición, inaugurada por Marx, de sometimiento crítico de las categorías de la teoría revolucionaria en función de los resultados de la práctica revolucionaria. Ejemplo paradigmático de esto, como se sabe, fue la renovación a que Marx sometió el concepto de Dictadura del Proletariado después de la Comuna de París. Y lo mismo que con las categorías ocurre con la relación existente entre ellas. Hay toda una evolución, desde la época en que Marx y Engels redactaron el

Manifiesto, en el contenido y el lugar que ocupa la Dictadura del Proletariado dentro de la Línea General proletaria: de ser el elemento central y el instrumento principal y casi único de la lucha de clases revolucionaria del proletariado, ha pasado a ocupar un lugar más subordinado y más sujeto al Partido Comunista. Éste, por su parte, también ha experimentado una evolución, pasando de ser *un partido obrero más*, una corriente dentro del movimiento obrero, a ser actualmente el instrumento central y principal de la clase. Estos cambios y estos desplazamientos en la correlación interna de los instrumentos de la revolución proletaria son consecuencia del desarrollo histórico de la lucha de la clase obrera. En resumen, no hay leyes absolutas, objetivas y ajenas a la actividad del sujeto revolucionario, porque esas *leyes* cambian con esta actividad. Lo que percibimos como un principio normativo de nuestra actividad revolucionaria sobre la base de una experiencia dada, será transformado precisamente por los resultados de la práctica posterior que ha sido guiada por esa norma, porque esta práctica, que es práctica revolucionaria, ha transformado la base anterior sobre la que se sostenía nuestra primera percepción. Es esta dialéctica la que guía el conocimiento del proceso revolucionario, y no supuestas leyes inmanentes del movimiento social que se *proyectan* mecánicamente sobre la conciencia social. De este modo, la teoría maoísta de *los tres instrumentos* y su construcción concéntrica es expresión madura de la Línea General proletaria, en tanto que síntesis que expresa teóricamente el desarrollo más elevado de la práctica revolucionaria del proletariado, no es una teoría que estaba prefijada y esperaba a ser *descubierta*.

Por lo tanto, el problema de la *derrota* o del *fracaso*, en definitiva, el problema del *error*, no se dirime, para el marxismo, desde el simple contraste entre una supuesta ley universal y lo que nosotros conocemos de ella, entendida como *verdad absoluta*, no consiste en la simple verificación del grado de correspondencia entre las supuestas leyes objetivas del desarrollo social y nuestra práctica. Según esta perspectiva positivista, la causa de la derrota de la Comuna de París hubiera sido el *desconocimiento*, por parte del proletariado y de su vanguardia, del principio de la guerra popular como método de acumulación de fuerzas y como instrumento para la conducción de la lucha de clases proletaria, principio que ya existiría, sin embargo, sobre las cabezas de los comuneros, dispuesto para ser aprehendido por alguna mente genial, independientemente del nivel de desarrollo alcanzado por la lucha de clases y del punto alcanzado por el proletariado en su maduración como clase revolucionaria. Ni el mismo Marx alcanzó tal grado de preclaridad. Según la lógica de su pensamiento positivista, ¡el análisis de Marx sobre la Comuna no fue marxista, o sólo llegó a ser semimarxista! A este tipo de absurdos se llega partiendo de las premisas teóricas de las que ustedes par-

ten. En cuanto a la teoría del Estado marxista, que Marx extrae de la experiencia de la Comuna, y que está plenamente vigente, no preexistía a esa experiencia, sino que fue su resultado, indicando el grado alcanzado por el desarrollo del proletariado como clase revolucionaria.

Errores de concepción aplicados

En resumen, las *leyes* de la transformación revolucionaria de la sociedad no son arquetipos proyectados desde el discurrir anónimo de los mecanismos de la evolución económica y social hacia una etérea esfera de las ideas o una impersonal conciencia social, al contrario, son reflejo tanto del nivel de evolución material de la sociedad, como del grado alcanzado por la lucha de clases general y por el proletariado como clase revolucionaria particular. En este conglomerado, también concurre como factor objetivo la acción de los sujetos sociales, incluido el proletariado con la concepción (subjetiva) que tiene en cada momento de sí mismo, de su papel social y del modo como entiende los mecanismos del progreso social y de la revolución. Se trata, pues, de una unidad permanente entre la teoría y la práctica, no de una práctica en constante cotejo con la teoría, con una supuesta *verdad universal* inmutable que se muestra separada e independiente de esa práctica.

Entre el espacio que separa la teoría —o la *verdad*— y la práctica se ha colado la doctrina de la Jefatura maoísta, con la que ustedes simpatizarán como devotos seguidores de esta escuela, creemos nosotros. En efecto, la separación de la verdad que está *ahí fuera* y la realidad de nuestra práctica crea las condiciones teóricas para la irrupción de un personaje excepcional capaz de acercarse más que los demás a esa verdad. Este *jefe* no es producto de las condiciones sociales y políticas concretas, sino que se ha elevado sobre ellas para *acercar* aquella verdad a estas condiciones concretas. Así, es en este personaje que confluyen la teoría y la práctica, donde se *encarna* la unidad teórico-práctica revolucionaria. Pero, en realidad, se trata de una tesis idealista, porque es una reedición de la visión burguesa que sobrevalora el papel de los individuos en la historia y, sobre todo, porque supone el desplazamiento a un segundo plano del Partido Comunista y de su papel en la revolución proletaria. El Partido es el punto de encuentro donde se unen lo más alto y avanzado de los logros del proletariado como clase revolucionaria internacional, a través de su vanguardia, y las condiciones específicas del proletariado de cada país en forma de movimiento político; es a partir de este movimiento que se construye el movimiento revolucionario. Si, como en los hechos hace la tesis de la jefatura, el centro de construcción de este movimiento pasa del Partido a la jefatura, entonces, deja de tener sentido o pierde toda su sustancia la cuestión de la Reconstitución del Partido como

objetivo político inmediato y principal de la vanguardia, como así deja en evidencia la cruda realidad del maoísmo en nuestro país, fiel ejemplo de lo cual son ustedes, a pesar de sus proclamas.

La conciencia subjetiva del proletariado es componente esencial de su lucha de clases, determina las formas que esta lucha adopta y está determinada por el grado que la misma ha alcanzado en el plano histórico o universal, es decir, como clase internacional, y por el modo como su vanguardia ha asumido esas conquistas. Esa conciencia se expresa como teoría y como línea política. Desde una perspectiva positivista, que es la que ustedes adoptan, el fracaso o el error no ponen en cuestión el agregado de experiencias o conocimientos que sirven de base a esa conciencia. Todo consiste en desandar el camino equivocado y retomararlo en el punto crítico para reiniciar la senda correcta. No comprenden que esa vía equivocada, ese tramo recorrido infructuosamente, forma, en realidad, parte del mismo y un único camino posible. Por esta razón, ustedes aceptan el error sólo como lección de lo que no se debió hacer, cuando la verdad es que el error es el modo de comprensión de la insuficiencia de nuestros métodos, instrumentos y concepciones teóricas para triunfar en un momento histórico determinado. El error es necesario, no es una *anomalía*, sino que forma parte constitutiva del proceso de conocimiento, al ser parte integral y subyacente de su estructura epistemológica, y también del desarrollo del marxismo. Por eso, éste exige una permanente reflexión sobre sus categorías y una permanente recapitulación de su equipo conceptual. Algo que ustedes no comprenden, porque creen que el maoísmo, en contra de toda evidencia, sigue siendo el camino verdadero, y que, cuando se asume, los fracasos sólo pueden proceder de su mala aplicación. Sin embargo, a diferencia de esta visión positivista, lo cierto es que el error también afecta a la conciencia de la clase y puede suponer el colapso de su concepción de los procesos de transformación social en los que está involucrada (lo que nosotros denominamos *paradigma revolucionario*) si su capacidad de adaptación y evolución teórica no está a la altura del desarrollo de la práctica social de la lucha de clases. Esto es lo que, a nuestro entender, ha sucedido efectivamente con la derrota del proletariado en el pasado ciclo revolucionario. Es por esto que hablamos de la necesidad de la Reconstitución ideológica y política del comunismo; no porque queramos refutar o liquidar el marxismo, sino porque queremos recapitular sobre una determinada concepción marxista de la revolución, que dominó el movimiento comunista durante toda una época y que es hija natural de esa época. Se trata de investigar y reflexionar sobre ese modelo hegemónico, ese paradigma revolucionario, que sin duda está en la base de todas las corrientes marxistas importantes del ciclo, desde el trotskismo al maoísmo. De esto trata el Balance que

propone el MAI.

Otra consecuencia adonde conduce la visión positivista de las cosas no sólo es absurda, sino que arruina la posición de partida que ustedes afirman sostener en relación con el legado de la Revolución Proletaria Mundial. Ustedes dicen que lo abanderan y defienden y se atreven a cuestionar al MAI, acusándonos de que nuestra posición crítica respecto del Ciclo de Octubre y el objetivo de nuestro Balance sólo persigue negar esa herencia y, de este modo, negar la posibilidad de la revolución proletaria. Pero, en realidad, son ustedes quienes, de hecho, reniegan porque su perspectiva positivista les conmina a adoptar una posición de independencia respecto de la práctica histórica de nuestra clase y a asumir sólo sus resultados teóricos. En efecto, según ustedes, el maoísmo o el Marxismo-Leninismo-Maoísmo es el punto culminante de nuestra ideología y el momento de madurez plena del proletariado. En otros términos, el maoísmo es el momento en el que, por fin, la práctica de la clase se corresponde íntima y completamente con las leyes universales e inmarcesibles de la revolución proletaria, es el momento de conocimiento pleno o superior de esas leyes, el momento en que la teoría y la práctica proletarias, que durante todo el periodo histórico anterior permanecieron separadas, se unen finalmente en la política maoísta. De lo cual se deduce que el estudio y conocimiento de ese legado deja de tener sentido político; únicamente tiene relevancia el estudio y conocimiento del resultado final, del producto ideológico finalmente destilado por la historia, pero no esta historia. Sólo se recuerda ésta para reivindicar una determinada genealogía, para conmemorar alguna efeméride o recordar los hitos que marcaron el camino hacia su meta final y verdadera, el maoísmo. La historia del marxismo o del pensamiento comunista en general pasa a ser, entonces, sólo la prehistoria del maoísmo, y la experiencia revolucionaria del proletariado sólo intentos prematuros o ensayos generales de la verdadera revolución que pondrá en marcha el maoísmo. Así, pues, es esta visión del pasado de nuestra clase la que niega, en realidad, el valor de ese pasado y la factibilidad, por no decir la utilidad, de la revolución proletaria durante todo un periodo histórico. Son ustedes los renegados, no nosotros.

La última consecuencia malsana de sus errores, en particular de esa equivocada concepción de la relación entre teoría y práctica que sirve de fundamento a la doctrina de la jefatura, consiste en la idealización cuasi mística de los líderes del proletariado, a su conversión en vulgares iconos a los que rendir pleitesía. Eso han hecho ustedes con Marx, Engels, Lenin y Mao, hasta tal punto que ser *maoísta* no consiste en conocer, comprender y compartir el pensamiento de Mao, sino también en rendir tributo a su persona, de modo que cualquier crítica, por mínima que sea, a alguno de esos personajes se interpreta indefectiblemente como un ataque a su pen-

samiento y posición política. Esto explica la reacción irascible que han mostrado ante nuestro análisis del método insurreccionalista empleado por Lenin en Octubre. Nosotros decimos que la línea militar aplicada en 1917 por los bolcheviques es una mezcla del viejo insurreccionalismo decimonónico típico de las revoluciones burguesas y de elementos nuevos aportados por el proletariado al entrar en la escena de la historia como clase revolucionaria. Por eso lo calificamos como método *bastardo*, en el sentido de que reúne estirpes distintas de experiencias y expresiones de clase. Pero, en su puritanismo rancio, leer la palabra *bastardo* al lado o cerca del nombre de Lenin ha colmado su paciencia y han terminado desbordándose en desprecio hacia nosotros. Lo cual, créanlo, no nos afecta; únicamente nos ha provocado lástima comprobar su malquerencia a la hora de interpretar las palabras en su contexto o, tal vez, su limitado conocimiento de las acepciones de los vocablos y, sobre todo, su inclinación a escoger el significado de los términos según la pacata mentalidad burguesa; y es que han reaccionado ante la palabrita como el patriarca burgués, celoso de la pureza de su linaje y de la legitimidad de sus hijos. Sin embargo, al margen de que sea más o menos acertado, nuestro análisis se mantiene dentro de las fronteras del materialismo, en general, y del materialismo histórico, en particular. En la historia, nada aparece *ex nihilo*, nada nace de la nada: todo, las relaciones sociales, las clases y las formas y métodos de las luchas de clases surgen sobre la base de lo anterior. Esto es precisamente lo que tratábamos de demostrar en sendos artículos dedicados a la Revolución de Octubre y a la revolución china en el número 20 de nuestra revista, *El Martinete*: que la línea militar proletaria se forja sobre la base de su convivencia en origen con la línea militar de la revolución burguesa; que ejemplo y paradigma de esta convivencia primordial es Octubre; que esta naturaleza mixta, *bastarda*, es lo que define la originalidad histórica de este evento fundamental para el proletariado, y que será preciso un mayor desarrollo de la práctica revolucionaria de la clase obrera para que la línea militar proletaria se independice definitivamente hasta configurarse bajo la forma de guerra popular prolongada. Esto es lo que defendemos y nada más. Pero su visión idealista de las cosas les ha impedido comprender el sentido casi elemental de un análisis que únicamente pretendía explicar el origen y la naturaleza particular de la línea militar proletaria, de cara al deslindamiento ideológico y político con aquéllos que todavía incluyen elementos del viejo insurreccionalismo en su definición de la lucha armada para la conquista del poder por el proletariado. Y es que, para ustedes, como la conciencia no se construye en estrecha unidad con la experiencia, sino que *la verdad* es pura, está ya establecida y preexiste a esa experiencia, es inadmisibles aceptar el escarnio que supone reconocer que los métodos de la lucha de clases

revolucionaria del proletariado hallan su antecedente o se construyen sobre los métodos de las clases revolucionarias anteriores en la historia. Para ustedes y su idealismo recalitrante, la línea militar del proletariado ya estaba ahí, sólo había que elevarse a su comprensión y aplicarla. Y aquí entra en juego, parece ser, la genialidad de Lenin. Naturalmente, ustedes no se detienen a analizar y comparar el método militar de la Revolución de Octubre con la experiencia de la guerra popular en China, como hacemos nosotros. No aceptan este debate porque es camisa de once varas para ustedes. Sólo tachan, reprochan y rechazan lo que sus oídos puritanos no quieren oír, ni su mente, forjada a fuerza de machacar certezas huera, entender. Su insensatez les impide cerciorarse de la nueva paradoja en la que incurren, una vez más. Si, como dicen, a la guerra popular no se llega “al margen del maoísmo”, si la guerra popular es la línea militar proletaria y si Octubre fue resultado de la aplicación de ésta, entonces, Lenin fue maoísta antes que Mao. Como, precisamente, son las premisas teóricas que permiten llegar a este tipo de paradojas lo que tratamos de refutar en nuestros análisis, resulta que su rechazo de los mismos consiste, simple y llanamente, en que nos negamos a decir que Lenin era maoísta. ¡Absurdo! Desde luego, como maoístas y defensores del maoísmo como *tercera y superior etapa* son ustedes un desastre.

Desarrollo cíclico o evolución lineal

Pero, a lo que íbamos. Tras este largo pero pertinente paréntesis dedicado a definir someramente algunos aspectos de la teoría del conocimiento marxista, retomaremos los argumentos en el punto que los dejamos más arriba. Decíamos que los procesos revolucionarios abiertos en Perú y Nepal permitieron a la vanguardia del movimiento comunista internacional, a los maoístas, concebir la ilusión de una posible continuidad histórica entre esos episodios revolucionarios y toda la experiencia anterior de la Revolución Proletaria Mundial —a pesar de la caída de China en manos del revisionismo— y ocultar, al mismo tiempo, el hecho evidente del colapso de toda esa experiencia histórica. Igualmente, esos episodios sirvieron para justificar la exclusión del desastre a la esfera ideológica y *salvar* al maoísmo de la crisis general del comunismo. De este modo, el maoísmo continuaba siendo el depositario de la teoría proletaria, expresando los principios y las leyes de la revolución comunista. En consecuencia, los errores se concibieron como errores *de aplicación*, y no *de concepción*, con lo cual se podía continuar añadiendo principios o nuevas leyes al viejo *corpus* teórico. No importaba que la base material real sobre la que se sostenía y de la que era expresión teórica no existiera: no importaba que no existiesen Estados socialistas, ni que la revolución cultural hubiese sido derrotada. La visión posi-

vista del desarrollo de la sociedad y de la revolución impone un modelo acumulativo y lineal para el discurrir de los acontecimientos según el cual, en el futuro, cuando se inicie una nueva ola de la Revolución Proletaria Mundial, la clase obrera se encontrará frente a las mismas situaciones, ante los mismos obstáculos y con los mismos problemas que los del periodo de 1917 a 1976; sólo que, esta vez, armado con el *invencible* maoísmo, el triunfo está asegurado.

Lo cierto, por el contrario, es que ni el marxismo ni nada en el mundo de la materia se desarrolla de forma lineal. La dialéctica enseña que todo avanza por ciclos, que son un permanente recomenzar, pero nunca desde el mismo punto. Por eso, hay formas de desarrollo cuantitativas y formas de desarrollo cualitativas, y por eso, existen, además de los saltos, retrocesos en los procesos evolutivos. Según su *maoísmo*, todo es progreso permanente o, peor aún, no existe correspondencia entre los retrocesos del mundo real, de la sociedad, y el mundo de las ideas. Esta dislocación entre su teoría y su práctica sólo puede acarrear esterilidad política. En nuestra opinión, el desarrollo del marxismo sigue esa pauta dialéctica-cíclica propia de todo lo que es verdadero y tiene arraigo material. Detengámonos un momento en esta cuestión, imprescindible para distinguir entre una concepción materialista y una visión idealista del desarrollo de nuestra ideología y de nuestra clase como clase revolucionaria.

En primer lugar, el marxismo es siempre el marxismo de una época, de su época, y no sólo en el sentido objetivo que tradicionalmente se asigna a esta idea, es decir, que cada época plantea y exige solucionar problemas históricos nuevos y originales (según esta idea, el marxismo propiamente dicho se corresponde con la época del primer capitalismo y de formación de la clase obrera; el marxismo-leninismo sería el marxismo de la época del imperialismo y de instauración de la dictadura del proletariado, y el marxismo-leninismo-maoísmo, el marxismo de la época del progreso en la construcción del socialismo), sino también en el doble sentido subjetivo de que esos avances van forjando un determinado modo de conciencia que acompaña esa evolución, la autoconciencia que tiene la clase de esos procesos y de su papel en ellos, por un lado, y, por otro, en el sentido de que en esa toma de conciencia se recogen las concesiones, no siempre premeditadas, que las necesidades políticas de cada momento obligan a otorgar a otras clases, concesiones acopladas en el discurso, pero que, a la larga, imponen determinadas servidumbres que serán siempre el primer síntoma de la necesidad de recapitular sobre la naturaleza ideológica del mismo. En segundo lugar, la composición de esos modelos o modos de conciencia se remite al plano teórico, se desenvuelve bajo la forma de lucha de dos líneas y se construye sobre categorías y conceptos establecidos, que son repensados, cri-

ticados y reformulados para adecuar la teoría a la práctica y actualizar permanentemente el carácter de vanguardia de esa teoría.

El marxismo que conquistó el movimiento obrero de masas en la última década del siglo XIX no fue el marxismo genuino del pensamiento original de Marx y Engels. Ustedes citan, en su crítica hacia nosotros, algunos trabajos de Marx, pero ocultan –o no saben– que algunos de ellos se publicaron tardíamente y otros, muy importantes para conocer el pensamiento marxiano, póstumamente, cuando ya los partidos obreros habían diseñado su línea, muchas veces en direcciones distintas de las indicadas en esos trabajos, y el movimiento obrero ya estaba conformado. La formación de la conciencia de la vanguardia proletaria en esa primera época no se fraguó sólo desde premisas teóricas marxistas, sino que recogió y sintetizó tradiciones distintas y en muchos casos difícilmente compatibles. El resultado fue una doctrina adecuada a la etapa de desarrollo del momento; en particular, una doctrina adecuada a la etapa de expansión, de desarrollo cuantitativo del proletariado y de su constitución como clase económica. Los Bebel, Liebknecht, Bernstein y Kautsky, cabezas visibles de la II Internacional –expresión política de esta etapa de formación–, representan un marxismo mixturado en el que, junto a los principios generales del proletariado, se agregan elementos de otras clases que rebajaron el perfil revolucionario del discurso original, pero que, simultáneamente, permitieron cumplir más rápidamente los objetivos de ganar la hegemonía del movimiento para el marxismo, de incorporar al proletariado como clase independiente a la lucha de clases y de que fuese reconocida como agente e interlocutor social. Resulta llamativo, por elocuente, el hecho de que ni Marx ni Engels militaran nunca en ninguno de estos partidos, manteniendo hacia ellos siempre una posición crítica, a la vez que colaboradora. Esta ambivalencia dice mucho sobre el alcance del marxismo ecléctico y conciliador de esos partidos y, al mismo tiempo, sobre el respaldo como expresiones del marxismo *realmente existente*, como expresiones del marxismo de la época, por parte de los padres de su ideología y de su programa. Más aún, incluso si nos remitimos al documento fundador del comunismo moderno, el *Manifiesto comunista*, y a sus autores en la época en que lo redactaron, también observaremos elementos de rebaja conceptual que obedecieron a las necesidades políticas del momento, elementos muy cuestionables incluso desde el punto de vista del contenido de formulaciones a las que ya habían llegado sus autores. Por no extendernos mucho en esto, sólo señalaremos que, por ejemplo, en el *Manifiesto* de 1848 no se distingue entre conciencia *en sí* y conciencia *para sí* del proletariado –diferencia que ya aparece en *Miseria de la filosofía*, libro publicado un año antes– y que el proceso de construcción de la conciencia revolucionaria

de la clase obrera está concebido de una manera bastante mecánica, como elevación desde el simple desarrollo de las luchas inmediatas del proletariado –quedando relegada, asimismo, la cuestión de la contradicción vanguardia-masas–, cuando Marx tenía claro –como dejó patente en sus conferencias impartidas a los obreros de la AIT, publicadas con el título de *Salario, precio y ganancia*– que es preciso distinguir entre lucha económica y lucha revolucionaria de los obreros, entre su lucha por el salario y su lucha por la abolición del trabajo asalariado. Igualmente, en el *Manifiesto* pierde centralidad el problema de la lucha de dos líneas como método de construcción de esa conciencia, cuando es la actividad que más absorbe la atención de Marx y Engels a lo largo de su carrera, empeñada en dotar de unos principios y de una línea revolucionaria correctos al movimiento obrero. Algo parecido ocurre con el manifiesto inaugural de esa Internacional obrera, redactado por Marx, y que supone una rebaja incluso desde el punto de vista del *Manifiesto* de 1848. Es decir, en todos los documentos citados, se vislumbra el esfuerzo por integrar en cada momento los principios revolucionarios con los intereses políticos de los sectores de la clase más atrasados, de modo que pudiese garantizarse la hegemonía del marxismo en el movimiento obrero. Así, si el *Manifiesto comunista* refleja en ciertos aspectos, y no pudo dejar de reflejar, el abandono, por parte de un sector de la vanguardia del proletariado internacional –representada, principalmente, por círculos de exiliados políticos–, de las posiciones del socialismo pequeñoburgués y su paso a las del socialismo científico, su transición del democratismo radical al comunismo (en particular, la transformación de la Liga de los Justos en Liga de los Comunistas), los documentos fundacionales de la AIT reflejan la necesidad de incorporar, dos décadas más tarde, en el movimiento revolucionario a las *tradeunions* inglesas y al socialismo francés, la alianza de la vanguardia del proletariado internacional con otros sectores que ejercían una innegable influencia sobre la clase en los países más desarrollados de la época.

Naturalmente, esto nada tiene que ver con el revisionismo y el oportunismo (aunque sí puede constituir su punto de apoyo –ver, por ejemplo, la utilización por Lassalle de la formulación categórica situada en el *Manifiesto* de que el proletariado es la única clase revolucionaria y la crítica de Marx al respecto), únicamente pone en evidencia las condiciones sociales y políticas reales de la marcha del movimiento y el arraigo del marxismo en esa realidad; asimismo, demuestra el hecho de que la elaboración teórica de la vanguardia en cada momento es un acto político que se somete a las necesidades de la lucha de dos líneas, y también que, en esa lucha, la fijación de las posiciones políticas del partido revolucionario incorporan fórmulas y elementos *extraños* que son concesiones a otras fuerzas cuya finalidad

es consolidar la posición de hegemonía o dirección del movimiento para la línea roja. Esta síntesis determina la unidad teoría-práctica en cada fase del movimiento y define lo que es el marxismo de cada época. Por eso, es preciso repensar permanentemente sobre ella, con el fin de depurar los elementos y conceptos cuya obsolescencia impide afrontar de modo adecuado los nuevos retos que se presentan ante el movimiento. Por tanto, no existe un marxismo puro o ideal, establecido de una vez por todas, ni tampoco un desarrollo absoluto del marxismo –como marxismo-leninismo-maoísmo, por ejemplo–, sino que existe una concepción del mundo cuyas categorías se desarrollan a la par que la lucha de clases y en función de sus condiciones históricas. Dirimir qué contenido de esas categorías es correcto o no depende de la lucha de dos líneas y del criterio de la práctica. La concepción absoluta y abstracta, idealista, del marxismo y de sus categorías es la que abre las puertas al oportunismo y al revisionismo, porque rompe esa unidad teoría-práctica consustancial al marxismo y su desarrollo. La ruptura de esa unidad es el denominador común de socialdemócratas, mencheviques, marxistas-leninistas, hoxistas y, ahora, con el *affaire* del PCN(m), también los maoístas, entre los cuales les contamos a ustedes, aunque se hayan pronunciado en contra del proceso de paz social en Nepal. La visión idealista del marxismo –por poner un ejemplo del presente– permite a sus antiguos amigos de la UP distinguir entre “defensa rígida de los principios” y “flexibilidad táctica”, como si principios y política, estrategia y táctica no tuviesen nada que ver, no mantuviesen en el marxismo una necesaria e indisoluble relación dialéctica de unidad y mutua determinación. Pero eso permite a esos señores engañar a los obreros –incluidos ustedes– con altisonantes palabras sobre el comunismo, la vía armada y la Dictadura del Proletariado, mientras en los hechos, con su “flexibilidad táctica”, se dedican a la rastrera tarea de reivindicar la república burguesa, el electoralismo, la política de reformas y la conciliación de clases.

Prosigamos, sin embargo, con el desarrollo del marxismo durante el primer ciclo revolucionario. Ya hemos señalado algunas de las vicisitudes que acompañaron tanto a la formulación del marxismo como expresión primordial, y al mismo tiempo primaria, del proletariado naciente como a su asimilación parcial como teoría de vanguardia por parte del incipiente e inmaduro movimiento obrero. En cuanto al leninismo, éste no fue sino una ruptura con el ciclo del marxismo anterior y un reinicio del pensamiento y de la política revolucionarias recapitulando sobre las premisas del marxismo, depurando lo viejo del anterior discurso en función de la nueva etapa histórica de la lucha de clases y del grado de madurez alcanzado por el proletariado en ella. Cuando el leninismo, entendido como el marxismo que sintetizaba los intereses revolucionarios del proletariado y los

compromisos adquiridos por él para llevar a cabo la obra revolucionaria en una época determinada, comenzó a manifestar síntomas de agotamiento y a encontrar dificultades para hallar respuestas a los nuevos retos desde su propio equipaje teórico-conceptual –síntomas que se hacían evidentes a través de la doctrina de la III Internacional y del pensamiento de Stalin–, la vanguardia del proletariado internacional cerró de nuevo el ciclo a través de un esfuerzo por retornar y retomar las bases de la concepción del mundo marxista en función de los logros históricos del proletariado. Éste fue el papel del maoísmo. Igual que Lenin recupera y desarrolla el marxismo desde la crítica del marxismo de la II Internacional elevándolo a una nueva época, el maoísmo inicia un nuevo ciclo de desarrollo sobre la crítica de Stalin y de la obra de construcción del socialismo en la URSS. Pero el maoísmo, aunque es el marxismo más evolucionado, igual que en los ciclos de desarrollo anteriores, es también el marxismo de una época, que revela tanto principios como compromisos, porque es la teoría de vanguardia del proletariado bajo condiciones históricas y políticas determinadas. Hoy, sin embargo, este ciclo también ha terminado y han caducado las condiciones materiales –económicas, sociales y políticas– que le daban sentido. Y no es posible, como ustedes y todos los maoístas hacen, abstraer los elementos teóricos del maoísmo de ese contexto concreto para formular una teoría general y universal, porque ambos son inseparables, porque son expresión de la unidad teórico-praxeológica que es el marxismo, unidad que salvaguardó su carácter de pensamiento de vanguardia en cada uno de esos ciclos.

Acerca del Paradigma de Octubre

Desde la perspectiva actual, desde el punto de vista del Ciclo de Octubre clausurado, observado en retrospectiva, todos esos progresos de la ideología proletaria son ciclos de desarrollo cuantitativo. Cada uno representa, respecto del anterior, un avance; sin embargo –y ésta es para nosotros la cuestión principal y donde se sitúa el meollo del asunto, que justifica un Balance de reconstitución también en lo ideológico–, todos esos avances se realizan sobre la base teórico-conceptual del mismo paradigma revolucionario, en cuyos fundamentos permanece inmutable a lo largo del tiempo. Es prerrogativa del Balance realizar el análisis en profundidad de los elementos primordiales de ese paradigma y del lugar que cada uno de ellos ocupa, a lo largo del proceso, en el seno de cada una de las corrientes políticas y de pensamiento marxistas de todo el periodo, atendiendo a la experiencia en marcha de la lucha de clases proletaria, con el fin de hallar un nuevo paradigma revolucionario como síntesis que permita elevar nuestra ideología a un peldaño cualitativamente superior que permita afrontar con éxito el inicio de un nuevo ciclo. En cuanto al para-

digma de Octubre, podemos adelantar, a modo de hipótesis y para ilustrar nuestra argumentación, un modelo general al que respondían todas esas corrientes, en mayor o menor medida e independientemente del contenido que cada una de ellas otorgase a cada uno de sus factores, entre 1917 y 1976. Esas corrientes tenían como denominador común una concepción de la construcción del movimiento revolucionario del proletariado según la siguiente correlación:

Sindicato—Partido—Frente—Conquista del Poder (mediante insurrección o guerra popular)—Dictadura del Proletariado—Revoluciones Culturales.

En esta correlación están incluidos todos los desarrollos del modelo, es decir, hasta el punto que fue llevado por el maoísmo. Naturalmente, no todos llegaron tan lejos. Por ejemplo, los trotskistas no sólo suprimen en su estrategia el *Frente* y la *Revolución Cultural*, sino que incluso, en su gran mayoría, discutirían mucho la diferenciación entre *Sindicato* (pues este concepto también incluye el de *partido obrero de masas*) y *Partido (de nuevo tipo)*, pues, como se sabe, para el trotskismo, el Partido no es sino una corriente dentro del partido obrero de masas (*entrismo*).

Este modelo tiene valor tanto en el plano histórico como en el político; es decir, expresa la representación que todas esas corrientes se hacen de la construcción del movimiento obrero revolucionario, tanto en términos de vigencia universal como en el ámbito de cada país. De modo que, en efecto, todos coinciden en partir del movimiento de resistencia de las masas, de sus luchas reivindicativas y de la posición de clase económica del proletariado. La lucha espontánea es el caldo de cultivo desde el que se crearán las condiciones para la construcción de los instrumentos políticos y la base sobre la que se edificará todo el movimiento. Por esta razón, iniciamos con la categoría de *Sindicato*, refiriéndonos con ella, en el plano histórico, a las primeras organizaciones obreras, tanto sindicato como partido de masas, cuya función primera y principal consistió en dar cuerpo organizativo a las luchas de la nueva clase, cohesionándolas en un movimiento social homogéneo, así como, en el plano político, nos referimos a la línea de remisión al movimiento práctico y de dirección de las luchas inmediatas como criterio de construcción revolucionaria y como guía de elaboración de todo plan político por parte de todas las corrientes marxistas y comunistas actualmente. De esta labor, entonces, surge el *Partido*, entendido como reunión de los elementos de la clase que han destacado en las luchas parciales —y en cuya selección el criterio de su formación teórica es subsidiario— y son elevados a la posición de vanguardia. Del trabajo de masas de esta vanguardia, organizada en partido, en las luchas espontáneas de la clase y de su capa-

cidad para obtener su dirección depende la construcción del *Frente* de masas, que puede incorporar a sectores de otras clases. El desarrollo del *Frente* en su lucha contra el capital crea las condiciones de conciencia y organización para, en un contexto determinado de crisis del sistema, provocado por la sacudida de una crisis económica coyuntural, pasar a la lucha armada de masas como vía de conquista del poder y de instauración de la *Dictadura del Proletariado*, etc.

En resumen, la resistencia económica de las masas y la crisis económica del sistema crean las condiciones políticas para el *derrumbe* del capitalismo. En nuestra Carta abierta, hemos combatido este paradigma economicista, en primer lugar, porque se trata de un modelo espontaneísta que sumerge en el movimiento práctico inmediato de las masas los instrumentos políticos de la clase hasta el punto de perder los perfiles que les dan sustantividad, y, en segundo lugar, porque diluye en ese movimiento el factor consciente de la revolución y elimina *de facto* su papel en ella. Ante el dualismo *resistencia-revolución*, el MAI propone un punto de vista *monista* del proceso en el que la revolución es principio y fin. El desarrollo histórico alcanzado por la lucha de clases proletaria nos ofrece una clase madura que ha superado ya sus etapas infantil y juvenil; una clase que, a través de su vanguardia, debe iniciar el proceso desde la revolución misma, comenzando con la revolucionarización de la conciencia de la vanguardia (y aquí la realización y asunción del Balance juega un papel fundamental) y continuando con la revolucionarización de las masas para terminar revolucionando el mundo. Por eso hemos propuesto el paradigma *Partido—Guerra popular—Dictadura del Proletariado* como modelo alternativo, porque el punto de partida es la vanguardia, no las masas, y porque partir de la resistencia de éstas supone retroceder hacia una posición superada por la historia y por la propia experiencia de la clase, supone adoptar una posición reaccionaria que conduce y sólo puede conducir al oportunismo y el reformismo.

Incluso los maoístas, que están en las mejores condiciones para reconocer y aceptar este modelo alternativo y cuya influencia —es justo reconocerlo— ha contribuido grandemente en su formulación, terminan rechazándolo en la práctica debido a su apego al viejo paradigma, debido a su insistencia en aplicar una línea de masas el viejo estilo, en partir del movimiento de resistencia de masas y construir desde él, en lugar de construir desde la ideología y desde la vanguardia, debido a su incapacidad para extraer todas las consecuencias de las lecciones de la experiencia histórica de la lucha de clases del proletariado. De este modo, encontramos a los maoístas compitiendo por la dirección de las luchas sindicales, compitiendo como sindicalistas contra el sindicalismo político de los revisionistas, emulando sus métodos y estilo de trabajo. O, al menos, eso es a lo que

ustedes nos invitan o lo que dicen que hay que hacer en teoría, teorización a la que nos remitimos aquí; pero, en la práctica, al menos en este país, es más bien difícil encontrar a los maoístas predicando con el ejemplo, organizando y dirigiendo luchas parciales, y mucho más fácil verlos apoyando otras revoluciones allende las fronteras, mientras se abstraen de la de aquende, o bien, dedicándose –como algunos de los señores que editan *Reconstrucción* se dedican– a interponer demandas por genocidio contra Fujimori en los garzonianos tribunales del Estado español, propalando la fútil y reaccionaria esperanza de que puede ser la justicia del imperialismo y no la de los pueblos quien juzgue a los tiranos.

Por todo este tipo de cosas, los maoístas, aunque han llegado hasta la linde, son incapaces de dar el último paso, el que les permita cerrar el ciclo y comprender que éste ha terminado y que es preciso adecuar nuestra ideas y nuestros planes de construcción política a las condiciones históricas que vivimos, las condiciones de una nueva época, época de transición entre dos ciclos de la Revolución Proletaria Mundial. Y si al arraigo de los maoístas en lo caduco y en los comportamientos de la vieja tradición sumamos la visión positivista del mundo de que adolecen, obtendremos una proyección de futuro en la que la próxima ola de la revolución –de la que algunos de ustedes hablan, pero en sentido distinto de nosotros– será casi una réplica de la anterior, una repetición casi idéntica de etapas, problemas y soluciones. Así, las masas, aleccionadas por el maoísmo, reconstituirán el Partido; de éste se elevará la jefatura, que lo dotará de pensamiento guía; desde el Partido se construirá el Frente y se iniciará la Guerra Popular (simultáneamente o a la inversa, según la corriente), que instalará el Nuevo Poder en todo el país, el cual, a su vez, se consolidará y desarrollará a través de la Revolución Cultural. Sin embargo, a nuestro entender, esto es una condena. Una condena al fracaso. Precisamente, decía Marx que los pueblos (y las clases, habría que añadir) que no conocen su historia están condenados a repetirla. Y repetir, aquí, es fracasar. Por eso, el Balance tiene como finalidad evitar esta repetición. Porque se trata de prever una línea de progreso de la revolución que eluda esa escalada hacia una nueva derrota. Por lo tanto, de lo que se trata, en realidad, es evitar repetir el proceso –algo, por otra parte, ineludible, dada la naturaleza de las cosas–. Pero el positivismo, que se basa en la acumulación de datos y de experiencias y en la ruptura en el punto en que se encuentra el error, indica que lo nuevo sólo puede aparecer a partir del momento último considerado como correcto, en nuestro caso –mejor dicho, en su caso–, la Revolución Cultural. Todo consiste, entonces, en reproducir todo el proceso hasta la Revolución Cultural y, una vez aquí, promover o hallar una experiencia exitosa nueva que permita desarrollar el modelo, el antiguo paradigma.

Para ilustrar mejor esta perspectiva, tomaremos como ejemplo a los camaradas peruanos que prosiguen guerra popular, que son punta de lanza en la defensa de esta posición. Para estos camaradas, el problema de la Revolución Cultural –y éste es el *Balance del pensamiento gonzalo* en este asunto– es que el Ejército fagocitó al Partido, y de lo que se trata, en la próxima ocasión, es de que el *mar armado de masas* se trague al Ejército. Aquí tenemos, pues, al viejo paradigma reproducido y desarrollado. Pero, desde el punto de vista dialéctico, contrario al positivismo que aquí se sostiene, surgen en seguida varios interrogantes. Si en el socialismo las masas están armadas y en condiciones de neutralizar al Ejército, entonces, estamos ante un escenario muy distinto del de la China de 1976. Incluso, podríamos decir, de la China a partir de 1949. No sólo porque el EPL no sería un ejército profesional, o lo sería en una medida muy pequeña, que no le permitiría estar en condiciones de golpear al Partido, sino, sobre todo, porque estaríamos hablando de una estrategia de construcción del socialismo diferente de la que se aplicó realmente, más parecida a la continuación de la guerra popular que a la importación del modelo soviético que se dio efectivamente. El PCP defiende hoy la consigna de *Guerra popular hasta el comunismo*; pero no se ha parado a explicar que no fue esto lo que se aplicó en China, dando por buena esta experiencia hasta 1976. Lo cual es un contrasentido que no ayuda a esclarecer los hechos ni a extraer conclusiones válidas. Y si rompemos con las premisas que favorecieron el golpe de Estado de los usurpadores revisionistas chinos, deberemos retrotraernos en el tiempo hasta encontrar otro momento crítico en la experiencia socialista china para evaluar si la línea de los acontecimientos se correspondería con la que realmente se dio. Pongamos por caso el año 1967, cuando se decide la vía de desarrollo de la Revolución Cultural sobre la base del ejemplo de la Comuna de Shangai o sobre la base de los Comités Revolucionarios. Ésta última fue la vía escogida, como sabrán, vía que expresaba la alianza de distintos sectores contra la burguesía burocrática que seguía el camino capitalista. Desde el punto de vista de la lucha de dos líneas, la Triple Alianza que formaban esos comités perseguía cambiar la correlación de fuerzas en las instituciones del Estado que se estaba dando a favor del revisionismo, motivo éste que, en última instancia, daba sentido a la Revolución Cultural que se había iniciado meses antes. La solución de los Comités Revolucionarios fue la opción más moderada, escogida por los maoístas en función de la situación de debilidad en la que se encontraban. Quizá por esto fue también la alternativa más conservadora y la que menos removía los cimientos de la sociedad china. Pero, en condiciones de *mar armado de masas*, lo más probable, o lo más coherente, hubiera sido el triunfo de la Comuna, la vía más radical y más acorde con el espíritu de la

Revolución Cultural. Los camaradas peruanos, por supuesto, ni se plantean estas cuestiones y dan por válida la Triple Alianza, sin percatarse de que esto también contradice una Revolución Cultural protagonizada por las masas armadas. Para ellos, y para todos ustedes, para todos los maoístas, en la próxima ola, después de tomar el poder, la revolución continuará con Revolución Cultural sobre la base de Comités Revolucionarios, comités integrados en un tercio de su composición por el ejército profesional, y ni siquiera se preguntarán cómo de aquí puede salir debilitado un ejército que era fuerte y fortalecidas y armadas unas masas que estaban desarraigadas, etc.

Podríamos seguir desandando los pasos de la historia para demostrar reiteradamente que no es posible una réplica del Ciclo de Octubre en el próximo curso revolucionario porque todo se iniciará necesariamente desde un punto de partida diferente. Pero, para ello, es preciso aceptar que el plan estratégico que oriente ese inicio deber ser resultado del Balance del ciclo anterior y de la extracción de las pertinentes lecciones que nos ofrece.

Para terminar este asunto y con el fin de no generar equívocos, que sus resabiadas artes intentarían aprovechar en detrimento nuestro, les informamos de que lo dicho no significa que el MAI no esté a favor de la Revolución Cultural o que crea que ésta puede no ser necesaria. Creemos que la Revolución Cultural, hasta donde sabemos, es el modo de lucha contra la burguesía que desea restaurar el capitalismo, por lo cual es justa y necesaria. Lo único que añadimos es que, por una parte, probablemente no se dé la próxima vez *al modo chino*, es decir, según el modelo de la única Revolución Cultural que se ha conocido, modelo que obedecía en gran medida a especificidades chinas y a errores de concepción en origen de la línea de construcción del socialismo y de conducción de la lucha de clases y de la lucha entre fracciones del Partido; y que, por otra parte, tal vez el sentido y el papel de la Revolución Cultural adquiera una relevancia distinta –quizá menor– abordada desde premisas diferentes, como la del *pueblo en armas* del que hablaba Lenin como estrategia de construcción del socialismo. Por todo esto, el MAI está de acuerdo con la tesis de *los tres instrumentos* de los camaradas peruanos, tesis que debe ser aplicada y desarrollada tanto antes como después de la conquista del poder. Pero no estamos de acuerdo con el PCP en ocultar que esa tesis sólo puede ser coherente y completa como resultado de la crítica intransigente de la experiencia anterior de la Revolución Proletaria Mundial, principalmente de la revolución china y de la línea de Mao y sus seguidores, porque en ellas está condensado tanto lo más elevado alcanzado por el ciclo como los límites que no pudo superar y por los que finalmente pereció.

A estas alturas, nadie nos creará si les confesamos que no teníamos intención de responder a su carta crítica publicada en *Reconstrucción*. Sus censuras hacia el MAI, la verdad, son llover sobre mojado, y el nivel de sus razonamientos apenas merece que sean consideradas. Sin embargo, el hecho de su publicación no podía dejar de tener una respuesta por nuestra parte, si lo que se pretende es que sea la vanguardia quien juzgue sobre nuestras respectivas posiciones. Esto, unido a su queja, también hecha pública en esa misma revista, por no haber obtenido contestación y su sugerencia de proseguir el contacto orgánico entre nosotros, impedía que pudiésemos continuar ofreciéndoles la llamada por respuesta, quizá la mejor dada la opinión que hemos terminado formándonos de ustedes. Pero, lo que finalmente ha motivado el presente esfuerzo por definir nuestras diferencias frente a ustedes ha sido que este debate se nos ha presentado como la mejor excusa para iniciar el deslindamiento ideológico y político con la corriente a la que representan, el maoísmo. Esta tarea es requisito imprescindible para la Reconstitución del comunismo revolucionario y para el cierre definitivo del Ciclo de Octubre, para recoger sus frutos y para que la vanguardia empiece a dirigir su mirada hacia el futuro, hacia el inicio de un nuevo ciclo revolucionario, y deje de aferrarse con nostalgia retrógrada al pasado. Cancelamos Octubre al mismo tiempo que nos erigimos en sus legítimos herederos. Éste es, efectivamente, nuestro brindis por la Revolución de Octubre. Ustedes dicen que elevamos nuestras copas con vino aguado. Tal vez sea así. Desde luego, de la cosecha no ha salido un gran reserva que haya que conservar por lustros en la bodega. Al menos, si el caldo es ese “Marxismo-Leninismo-Maoísmo” que ustedes van ofreciendo en cáliz de plata. La cosecha de Octubre es vino que hay que saborear y apurar pensando en que la próxima recolección será mejor. Si nuestro punto de vista crítico les parece “echarle agua a ese vino”, al menos lo que nosotros servimos sigue sabiendo a vino, aunque sea de mesa –una mesa que puede ser útil al diálogo y el debate–, sin el sabor dulzón del vino moscatel, ese vino de consagrar con el que ustedes se comulgan cada vez que ofician en política.

Aquí concluimos y nos despedimos de ustedes; pero no es punto final, sino punto y aparte. Algunas cosas han quedado en el tintero, pero basta por ahora con lo dicho. Tiempo habrá de volver sobre ellas en el contexto de la lucha de dos líneas por la Reconstitución del Partido Comunista.

Agosto de 2008

Movimiento Anti-Imperialista (MAI)

Un polvorín social que no explota...

Recientemente, hemos asistido a acontecimientos muy interesantes y aleccionadores en el Estado español.

El pasado mes de octubre se procedió al derribo de varias viviendas en una zona chabolista, la Cañada Real Galiana, en la periferia de Madrid. Sin embargo, para sorpresa de la policía, los humildes residentes, lejos de acatar la aclamada *legalidad* y cumplir dócilmente con los imperativos de ésta (es decir, perder hasta el lugar *donde caerse muertos*), plantaron decidida cara a los perros del sistema, hiriendo a más de una quincena. Esta auténtica batalla quedó plasmada en una serie de elocuentes imágenes en las que parecía que Palestina y la rabia de la Intifada se hubieran trasladado al corazón del Estado español. Sólo una casa fue derribada –reconstruida inmediatamente por la solidaridad de los que allí habitan- y los vecinos consiguieron detener con su propia fuerza los mecanismos que habían pasado por encima de ellos cuando aceptaron sus reglas de juego, es decir, la tan consabida legalidad y el laberinto burocrático del sistema judicial.

Ahora que, gracias a su decidida resistencia, un problema de *higiene social* se ha convertido en un problema de orden político, la maquinaria del Estado capitalista se ve paralizada y presa de sus propias contradicciones. Nadie quiere cargar con los costes políticos que tamaña operación de *higiene* requeriría, y los apagafuegos de la crisis social ya se han puesto en marcha: IU ya ha pedido una solución “legal” y “consensuada”.

Desde luego, no nos vamos a detener un instante en tratar sobre las disposiciones de su sucia legalidad y en las contradicciones que genera el estercolero parlamentario; sólo señalar la obligación de aprovecharlas por el futuro movimiento revolucionario.

Lo que sí nos preocupa, en la actual coyuntura de crisis del movimiento revolucionario, es la actitud de aquellos grupos que se autoproclaman comunistas. Ante un hecho evidente de rebelión abierta de las masas, y además ampliamente difundido por los *media* capitalistas, su actitud general ha sido la de la desatención y la indiferencia. De esta serie de hechos podemos sacar varias conclusiones de sumo interés.

Para comenzar, nos reafirma en el hecho de la derrota de hondo calado, política e ideológica, que ha sufrido el movimiento comunista con el cierre definitivo del Ciclo de Octubre. Es tristísimo observar la indiferencia de toda esa pléyade de pretendidos *revolucionarios*, cuya propaganda se llena de prédicas sobre “aprender con la clase”, “estar con las masas”, etc., ante un suceso de genuina rebeldía espontánea de las masas, fuera de todo cauce instituido, frente a un ataque del capital contra sus más primigenios intereses, contra su propio techo.

Es evidente que ante estos hechos toda la palabrería imperante sobre la “práctica” y la “realidad concreta” se nos desvela como un grosero fraude. No obstante, mucho nos tememos que este “fraude” tiene un origen bastante más profundo, que es el que señalamos, la crisis del marxismo imperante durante el Ciclo y, por tanto, la cada vez más descarada convergencia ideológica y política del pretendido movimiento revolucionario con el sistema burgués.

Hemos señalado repetidamente, y continuaremos haciéndolo, que las manifestaciones dominantes de esta crisis son el economicismo y el sindicalismo, proyecciones políticas de un estrecho empirismo, inevitablemente sazonado con la pereza *comunista* para estudiar la historia del desarrollo de nuestro movimiento y de la lucha de clase del proletariado. Todo este inmediatismo y su superflua comprensión de lo que es la realidad impiden a estos grupos observar el elevado desarrollo histórico alcanzado por la lucha revolucionaria del proletariado, impidiéndoles colocarse a la vanguardia del movimiento social, coadyuvando objetivamente, más allá de voluntades particulares, a la reproducción y mantenimiento del sistema capitalista.

Hace casi un siglo Lenin ya señaló, con el advenimiento del imperialismo y el desarrollo de la lucha revolucionaria del proletariado, que en los países imperialistas la clase obrera se escindió en dos alas, la masa inferior y honda y la superior, la aristocracia obrera, elevada económicamente por la posición de dominación y privilegio que detentan sus Estados en el sistema imperialista. Esto, a su vez, provocó la división del movimiento obrero en



dos alas, irremediamente enfrentadas, la revolucionaria, el comunismo, y la reaccionaria, la socialdemocracia, representante de esa aristocracia obrera que objetiva y gustosamente acepta el sistema imperialista y la posición privilegiada que ocupa en él, y que, andado el tiempo, se ha convertido en insustituible parte integrante del bloque y el expolio imperialistas, abrazando abiertamente la contrarrevolución. Esto, cuya base fue sentada por Lenin, tiene hondas implicaciones históricas y políticas para la táctica revolucionaria, comunista, cuyos principios fueron asumidos también por el dirigente bolchevique:

“Del ‘partido obrero burgués’ de las *viejas* tradeuniones, de la minoría privilegiada, distingue Engels la ‘masa inferior’, la verdadera mayoría, y apela a ella, que *no* está contaminada de ‘respectabilidad burguesa’. ¡Ese es el quid de la táctica marxista!”¹

No obstante, la rápida y temprana propagación del virus revisionista por el comunismo, y el hecho de que, tras Octubre, el protagonismo del empuje revolucionario se centrara en los países oprimidos (donde la importancia de este planteamiento tal vez sea menos evidente), impidieron desarrollar esta fundamental tesis y emplazarla en el lugar clave que le corresponde dentro de la táctica comunista.

Debido a ello la mayor parte de los destacamentos del Movimiento Comunista Internacional tomaron precisamente la dirección contraria, incapaces de desarrollar consecuente y cabalmente la senda revolucionaria fueron readoptando (si es que alguna vez se abandonaron) cada vez más elementos del viejo utillaje socialdemócrata.

La pretensión de construir movimiento re-

volucionario desde las reivindicaciones parciales inmediatas de las masas devino, a medida que se profundizaba este trayecto, en una rancia política sindicalista como línea de masas, coronada por un frentismo que cedía la iniciativa política a tal o cual fracción de la burguesía.

El final de este proceso se muestra patéticamente en la actualidad, cuando la mayoría de los autodenominados comunistas practican una política esencialmente idéntica a la que hace un siglo desarrollaba la socialdemocracia, más degenerada e irrisoria aún por

la pérdida de la perspectiva política de la revolución que ha traído la derrota del Ciclo de Octubre.

Así, al ser incapaz de trascender los límites ideológicos y políticos del sistema burgués, dominados por el positivismo y el pragmatismo, el comunismo dominante actualmente, al igual que antaño la socialdemocracia, ha pasado a servir, no a quien dice hacerlo –los parias, los desposeídos, a la revolución en definitiva–, sino a esos sectores obreros instalados en el sistema, del que forman una pieza esencial y al que han atado políticamente su suerte. Los hechos de la Cañada Real y la indiferencia general del movimiento hacia ellos, a la par que su prensa se llena de referencias a las luchas, bien gestionadas por los sindicatos oficiales, integrantes estructurales y beneficiarios del capital, de los obreros de *cuello duro*, demuestran fehacientemente que, fraseología aparte, el comunismo dominante es reaccionario y sirve a la aristocracia obrera y, por tanto, al sistema capitalista.

De entre las escasísimas organizaciones que se han dignado a posicionarse en este asunto destaca Corriente Roja, y sus manifestaciones son todo un canto, junto con el silencio dominante, de las concepciones que dominan nuestro movimiento. Citemos algunos extractos:

“Las condiciones en las que ha ido creciendo la Cañada Real Galiana son completa responsabilidad de las cuatro administraciones implicadas. (...) Las condiciones inhumanas de habitabilidad de la Cañada son hoy el mejor espejo en el que mirar los resultados del modelo de ‘crecimiento económico’ que ha convertido la vivienda en uno de los negocios más rentables (...) El ‘boom urbanístico’ trae consigo este boom de la miseria y el chabolismo. (...) porque a nadie en este país,

salvo al hijo del Rey, se le regala la casa. (...) Nosotros defendemos el legítimo derecho de los vecinos a defender su casa y a defenderse del primer y más violento acto del que son objeto: el derribo de sus viviendas."²

Como se ve, puro cretinismo parlamentario, con el ataque a las "administraciones implicadas", salvaguardando al conjunto del sistema capitalista y dando a entender que sus trágicos efectos podrían solventarse con otra "administración". ¿Acaso no es la especulación inmobiliaria un efecto del sistema capitalista? ¿Pecamos de *izquierdistas* al señalar que perseguir los efectos sin atender a las causas ha sido, es y será siempre la impronta característica del reformismo? Pero es que además la reforma, sin un contexto en el que la revolución sea una fuerza política o un referente social, es un mecanismo reaccionario que al no cuestionar, fraseología aparte, la causa –el conjunto del sistema- sino sólo las consecuencias, reproduce y apuntala objetivamente la primera. Nótese por otra parte que del mismo modo que se niegan a cuestionar la causa de fondo de estos hechos, que es evidentísima en este caso, sí que consiguen colar su línea republicanista. Toda una oda de a quién sirve el republicanismo (que no es a la revolución proletaria).

En cuanto al justo rechazo de la represión policial y la legitimación de la lucha violenta de los habitantes de la Cañada Real, vemos que se queda muy cortita para unos supuestos *revolucionarios*, ya que queda limitada a una perspectiva resistencialista, defensiva ante las agresiones, sin ni siquiera plantearse que la violencia ofensiva contra el capital, la revolución, no sólo es legítima sino absolutamente necesaria.

Pero lo que más destaca del comunicado de Corriente Roja, y que junto al silencio mayoritario del movimiento es una clara indicación de su falta de compromiso revolucionario, es el estilo de su discurso, su posicionamiento externo, como sujeto que se solidariza con un objeto ajeno, sin pretender buscar la fusión con él para formar un todo, para formar un movimiento revolucionario.

Este encajonamiento ideológico y político dentro de los límites que nos impone el sistema, que impide percibir más allá de su escaparate y no deja ver otro *movimiento* u otra *clase obrera* que a la que publicitariamente da pábulo, ya que es uno de los componentes fundamentales del orden imperialista, creemos que no es un problema táctico, sino ideológico, que hunde profundamente sus raíces en concepciones que, aunque contradictoriamente formuladas en el primer marxismo,

acabaron dominándolo y fagocitándolo, como el empirismo, el mecanicismo o el más burdo posibilismo en política, que no percibe más que la inmediatez (es decir, lo que el sistema nos muestra de sí mismo), y que son totalmente opuestas a la coherencia interna del marxismo. Así pues, décadas de pragmática rebaja de los ideales emancipatorios y del programa del comunismo han terminado provocando que le perdamos el pulso a la sociedad capitalista, que no veamos más allá que lo que nos quiere mostrar, que, a la par que elevábamos a los altares el espontaneísmo de las masas y abrazábamos el sindicalismo como plataforma de construcción de un proyecto político revolucionario, el movimiento *comunista* se haya acabado transformando en un reproductor y un sostén de la sociedad capitalista, es decir, se ha convertido en la criada fiel de la aristocracia obrera. Huelga decir que sobran razones para acometer el imprescindible Balance y la reconstitución ideológica, como paso necesario de su reconstitución política, del comunismo.

Un buen primer paso en esta dirección, y en la de encumbrar una auténtica línea revolucionaria, sería empezar a ser fieles al principio de la lucha de clases y dejar de considerar a las masas que se encuadran en el sindicalismo mayoritario como tontainas engañados por unas direcciones "corruptas" que supuestamente blanden un discurso clasista ajeno a la *esencia revolucionaria* del obrero (inexistente), sino, y las razones inmediatas, señores empiristas, se acumulan en este sentido, comprender a los sindicatos como órganos de encuadramiento del capital y a los que los integran y secundan como masas que objetivamente aceptan su posición social y su lugar de privilegio en el orden imperialista mundial. También sería un gran paso despojarnos de concepciones seudodemocráticas y desarrollar la tesis leninista en el sentido de captar la magnitud de masas que



estos sectores, con el desarrollo del imperialismo, encuadran en Occidente.

El proletariado revolucionario ya ha conseguido forjar formas de organización más elevadas, el partido de nuevo tipo (y recordemos como señaló Lenin esos "rasgos reaccionarios" que empezaba a manifestar el sindicato ante esta nueva forma, rasgos que se han profundizado y perfeccionado desde entonces), por lo que el deber de una vanguardia digna de tal nombre es comenzar, mientras cumplimos los ineludibles requisitos ideológicos, por esa forma superior. Sólo una vez reconstituido el Partido Comunista, y garantizada así la independencia del proletariado, se podrá plantear, como parte de la línea de masas revolucionaria, el actuar contra los sindicatos reaccionarios para agravar la crisis social y política del capitalismo y ganar sectores de esas masas para la revolución.

Mientras tanto el movimiento comunista está ciego y a la deriva, ignorando, contra su vocación, a los que todos ignoran o para los que se planean externas recetas paternalistas, ese *hondo y profundo* de las masas, esos que sí que *no tienen nada que perder salvo sus cadenas* y que se amontonan, como una ironía del imperialismo, desde todos los lugares de un planeta expoliado, a las puertas de nuestras satisfechas ciudades. Las *banlieues* franceses y ahora los hechos de la

Cañada Real vuelven a mostrarnos a los revolucionarios occidentales a ese *enterrador* del imperialismo, a esas masas desprovistas del *respetable* aborregamiento *ciudadano* que nos inyecta la ideología burguesa y de la que el obrero *medio* y su *vanguardia*, dominada por la medianía, están infectados hasta el tuétano.

Observen a esas masas, *revolucionarios*, como supieron organizar sin su concurso una auténtica *lucha armada sin armas*, saltando todos los mecanismos institucionales dispuestos, consiguiendo hacer retroceder a los perros de presa del capital. Ha pasado en Madrid, pasó en Francia, en Suecia³ ... ¿Cuántas veces tendrá que suceder para que la vanguardia abra los ojos? ¿Para que dejemos de considerar a las masas como inútiles que no saben autoorganizarse para defenderse? Nuestra misión es otra, es construir los instrumentos que permitan a su rabia, de otro modo, como actualmente, ciega, tener una perspectiva, mostrarles que, en efecto, tienen *un mundo que ganar*.

Mientras tanto el legítimo odio y la saludable rabia se van acumulando a nuestro alrededor, sin que seamos capaces de dejar de mirarnos el ombligo, en esos lugares, dejados y despreciados por todos, y que algún día se convertirán en las bases de apoyo idóneas para la Guerra Popular en Occidente.

Noviembre 2007

MAI



NOTAS

¹ LENIN, V. I.: *Obras Escogidas*. Progreso. Moscú, 1976, Tomo VI, pág. 141.

² Corriente Roja: *Ante los hechos que vienen aconteciendo en la Cañada Real Galiana*.

³ En este país, en incidentes similares en una barriada periférica de la ciudad de Södertälje, en septiembre de 2005, de nuevo las masas se organizaron por sí mismas hasta conseguir expulsar a la policía y, más aún, incluso llegaron a atacar espontáneamente una comisaría local con armas de fuego. Suecia, paradigma del *Estado social del bienestar*, es un gran ejemplo de cómo la miseria y la podredumbre que el imperialismo genera se acumula en la puerta de "nuestra" satisfecha sociedad occidental, con un 9% de su población viviendo en la pobreza, cifra, a pesar de su magnitud, sensiblemente inferior a la del Estado español; SOL ROJO, nº 28, febrero 2007, págs. 39-41.

LA III REPÚBLICA SÓLO SERÍA OTRA FORMA DEL ESTADO BURGUÉS

La nueva convocatoria a favor de la III República y contra la Constitución monárquica de 1978 se enmarca dentro de la tendencia hacia el reformismo contrarrevolucionario y el republicanismo burgués que domina un amplio sector político situado a la izquierda del PCE. Los dirigentes de los numerosos grupúsculos políticos –muchos de ellos autodenominados *comunistas*– que pueblan este sector pretenden que esa tendencia cristalice en un frente único construido sobre la base de un programa mínimo de reformas, de contenido muy rebajado para que pueda ser aceptado por amplios sectores de la burguesía, y desde un discurso oportunista y demagógico de corte antifascista y frentepopulista que persigue explotar políticamente ciertos elementos del imaginario colectivo del pueblo, a los que, sin embargo, se ha vaciado de todo contenido clasista y revolucionario.

Aquella tendencia se ha visto alimentada últimamente por algunos acontecimientos políticos, como el asesinato del joven antifascista a manos de un militar neonazi en Madrid, el pasado mes de noviembre, y por el creciente desprestigio público de la Corona tras la desproporcionada represión ejercida sobre los protagonistas de la quema de fotos del Rey en Catalunya –que ha obligado al monarca, por primera vez en su reinado, a defender públicamente su institución– y, sobre todo, por el episodio de la Cumbre Iberoamericana entre él y el Presidente venezolano Hugo Chávez. Si, hasta ahora, la principal y casi única razón para la pervivencia de un rey esgrimida por sus defensores era su supuesta eficacia como embajador máximo del Estado y como figura emblemática de moderación y para la ponderación y el entendimiento con los demás países, la salida de tono en Santiago de Chile, que ha provocado una crisis diplomática innecesaria y sin precedentes, ha puesto en cuestión el principio de utilidad que todavía *justificaba* la supervivencia de una forma de gobierno feudal por encima de un orden constitucional que pretende basarse en el principio de igualdad de los ciudadanos ante la ley.

Todos estos sucesos han sido vinculados y metidos en el mismo saco por quienes pretenden mostrar a la monarquía como la máxima expresión y como la causa última de los déficit democráticos del sistema actual. Por quienes, en la misma proporción que señalan a la Corona como fundamento de los males que aquejan a las masas, desvían la atención de éstas de la verdadera causa de los mismos: las relaciones sociales de opresión y explotación del capitalismo. Los problemas de las masas no se hallan en la monarquía, sino en el carácter de clase del sistema de dominación en su conjunto; no es un asunto que pueda atajarse con reformas políticas, sino sólo a través de la revolución social.

No se trata de quitar a un Borbón para poner a un Sarkozy. La cuestión del denominado *déficit democrático* no tiene calado político: *democratizar la democracia*, introducir reformas en el Estado actual sobre el sistema de gobierno, sobre las relaciones entre las naciones que lo componen, sobre la supuesta situación de dependencia que sufre en el concierto internacional, etc., no tiene alcance alguno desde el punto de vista de los intereses fundamentales del proletariado y el resto de las masas populares. La clase obrera ha comprobado por su experiencia que, bajo el capitalismo, toda conquista es pasajera y que toda promesa sobre la mejora de su condición de clase asalariada es vana. La clase obrera ha aprendido que sólo es factible, perdurable y real toda reforma que se imponga ella misma desde el poder, desde su condición de clase dominante, desde su transformación de clase asalariada en clase revolucionaria. El programa de la República –llámesela III República, República Democrática o República Popular– no es su programa; su programa es la República Socialista.

En las actuales condiciones de dominio del capitalismo monopolista, no tiene sentido el programa de reforma o de *revolución democrática*. En la economía del Estado español, hace mucho que desaparecieron las reminiscencias feudales o semif feudales: las relaciones socioeconómicas son las del capitalismo maduro, las que preparan las condiciones materiales para pasar al Socialismo y el Comunismo, a la sociedad sin clases. Reivindicar *más democracia* es hacer el juego a los sectores de la burguesía y de la pequeña burguesía que se ven desplazados por la hegemonía del capital monopolista y que levantan la bandera política de la *democracia* o la bandera tricolor para conservar o recuperar

viejas posiciones económicas perdidas o a punto de ser perdidas. Igualmente, son las banderas que levanta la aristocracia obrera cuando el empuje de las políticas monetaristas del capital le arrebatara ciertos privilegios de casta que en su día le otorgó aquél con el fin de recabar su apoyo en la lucha imperialista por los mercados exteriores. El *déficit democrático* es resultado del propio sistema capitalista, de la propia democracia burguesa en su etapa de decadencia. No sirve, por tanto, *más democracia*. La actual falta de libertad es hija legítima de la libertad burguesa en su fase terminal, es producto de la transformación inevitable del ideal decimonónico de libre mercado en monopolio y del productor independiente en capitalista. No sirve, pues, *más libertad*, la reaccionaria añoranza de los tiempos pasados del liberalismo burgués, sino que se impone como necesidad ineludible la dictadura de la nueva clase revolucionaria.

Hoy por hoy, la consigna de República no es válida para el proletariado, por todas estas razones de orden económico y político, pero también por razones históricas, ya que la historia ha demostrado que no es posible el paso del capitalismo al Socialismo desde la reforma del Estado, a través de la transición pacífica o de la *depuración democrática* del parlamentarismo. Esa transición sólo es posible desde la destrucción del Estado burgués a través de la Guerra Popular revolucionaria. Porque la historia también ha demostrado que sólo desde la lucha armada de las masas, sólo desde la experiencia en la aplicación de su propia dictadura, se crean las condiciones para la elevación consciente de la clase obrera, y que éste es el único método para que la clase sea la verdadera protagonista en la obra de la transformación social.

Hoy por hoy, la consigna de República sólo sirve para desviar al proletariado y al pueblo del camino revolucionario, sólo sirve para sembrar ilusiones constitucionalistas entre las masas, para embaucarlas con el señuelo reformista, para engañarlas una vez más, como ya ocurrió durante la II República. Y es que, en último término, el programa republicano, en el actual estado de las luchas de clases en el Estado español, tiene como objetivo agrupar al atomizado sector de la izquierda extraparlamentaria con el fin de organizarlo como reserva del sector *más progresista* del capital monopolista que le sirva de apoyo, en un momento dado, en su confrontación con el bloque *más reaccionario* de la clase dominante. Esta tendencia a conformar un frente político de apoyo situado a la izquierda de IU y del PSOE ya se ha verificado, como prueba el llamamiento de alguna de las organizaciones que hoy convocan esta manifestación a votar a las candidaturas *antifascistas*, incluyendo a las del PSOE y de IU, en las elecciones municipales de mayo.

En la actualidad, la consigna de República es la consigna del apuntalamiento del sistema económico capitalista y del sistema político de dominación burguesa. Para la clase obrera, la consigna de República no se opone de manera antagónica a la de monarquía. *Monarquía sí o no*, no es ésta la cuestión. Hoy en día, monarquía y República son útiles por igual a la dictadura de la burguesía, y, en el futuro, es previsible su relevo como forma de contrarrestar la crisis del modo de producción capitalista. Frente a la dictadura del capital sólo hay una consigna posible y verdaderamente antagónica: la República Socialista, la Dictadura del Proletariado.

¡No a la dictadura burguesa: ni Monarquía ni República!

¡Por la Dictadura del Proletariado!

¡Por la Revolución Socialista!



mai@nodo50.org

6 de Diciembre de 2007

Octavilla repartida en la manifestación "POR LA III REPÚBLICA" celebrada en Madrid

SOLIDARIDAD CON LA LUCHA DE LOS ESTUDIANTES REVOLUCIONARIOS DETENIDOS EN MARRUECOS

El sábado día 12 de julio se celebró en Marruecos un mitin en favor de la liberación de 24 presos políticos del movimiento estudiantil, detenidos en las protestas desarrolladas en la Universidad de Marrakech.

Las primeras chispas de estas protestas tuvieron lugar el pasado 24 de abril, después del envenenamiento de 22 estudiantes en el restaurante universitario. El 14 de mayo el movimiento estudiantil fue brutalmente reprimido por las fuerzas de seguridad. De abril a julio la lucha se desarrolla dentro de las universidades, extendiéndose a los barrios populares con enfrentamientos con la policía.

Los 24 prisioneros, estudiantes de Rachidia y Marrakech, son militantes de la Vía Democrática Basista (marxista-leninista) organización mayoritaria de la UNEM (Unión Nacional de los Estudiantes Marroquíes).

De los 24 jóvenes estudiantes presos, 18 iniciaron una huelga de hambre en la prisión Boulmharez en Marrakech, en protesta por su encarcelamiento por participar en esas manifestaciones y protestas siguiendo las consignas de su sindicato, la UNEM y para ser considerados presos políticos.

Dentro del movimiento estudiantil en Marruecos colaboran saharauis y marroquíes, siendo esta unidad un paso más en la lucha para derrocar al viejo régimen reaccionario y establecer un Estado de Nueva Democracia en Marruecos respetando el derecho de autodeterminación del pueblo saharauí.

El Movimiento Anti-Imperialista (MAI), ha considerado enviar un mensaje de solidaridad con estas luchas y sus protagonistas, los estudiantes revolucionarios, con un comunicado para que fuera leído en el mitin del día 12 de julio, realizado para reclamar la liberación de los estudiantes revolucionarios detenidos y mostrar el apoyo al movimiento estudiantil en lucha.

A los estudiantes revolucionarios detenidos y en lucha en Rachidia y Marrakech

Desde el Estado Español, el Movimiento Anti-Imperialista (MAI), se solidariza con las luchas sociales de los revolucionarios marroquíes y anima a proseguir todos los esfuerzos que encaminen esas luchas hacia la guerra popular por el establecimiento del Estado de Nueva Democracia en Marruecos. Saludamos la unidad revolucionaria entre los combatientes marroquíes y saharauis y resaltamos la necesidad de reconstituir Partido Comunista para afrontar la tarea de llevar adelante la guerra popular y conquistar el poder.

Los comunistas revolucionarios del Estado español, asumiendo que la manera acertada de aplicar la solidaridad internacionalista marxista-leninista es la reconstitución del Partido Comunista en nuestro país, trabajan intensamente por la reconstitución del movimiento comunista revolucionario, contribuyendo a la lucha de dos líneas para definir y realizar las tareas necesarias para este objetivo, principalmente el balance de la experiencia del Ciclo revolucionario de Octubre, denunciando y combatiendo al mismo tiempo incansablemente todo reformismo político y revisionismo ideológico dentro del Movimiento Comunista Internacional. Estas son las tareas fundamentales que los destacamentos de vanguardia comunista revolucionaria han de llevar a cabo para reconstituir Partido Comunista.



¡Por la reconstitución de Partidos Comunistas en cada país!
¡Por la guerra popular!
¡Por la revolución comunista y la conquista del poder!
¡Adelante la lucha de los revolucionarios marroquíes y saharauis!

MAI
10 de julio de 2008

¡Ante el comienzo de la intervención yanqui en Perú, apoyar la guerra popular conducida por el PCP!

No es la primera vez que un contingente de militares de los Estados Unidos, que alcanzará a finales de agosto de este año los 350 efectivos, se instalará en territorio peruano con el consentimiento del gobierno. Esto ya se puso en práctica por el Comando Sur de los EE.UU. en 2006. En este caso se ha escogido intervenir en el Valle del Río Apurínac-Ene (VRAE), en la región de Ayacucho, según informa AFP el 23 de mayo. Como no podía ser de otra manera, el imperialismo norteamericano utilizando el tan socorrido y ya podrido sofisma de la ayuda humanitaria bajo el nombre de “operación Nuevos Horizontes 2008”, ha empezado a instalar las primeras bases de campamentos militares. No es descabellado pensar que se trata de la avanzadilla previa a una futura intervención de tropas a mayor escala para la instalación de bases militares permanentes de contrainsurgencia.

Es indicativo que la zona escogida para el emplazamiento de estos primeros efectivos del ejército yanqui, el VRAE, sea precisamente donde las acciones del Ejército Popular de Liberación y la influencia del Partido Comunista del Perú se están haciendo sentir con mayor fuerza. Todos los intentos para acabar con el PCP por parte de la reacción peruana y derrotar la guerra popular han fracasado, no sin causar gran daño.

La intervención directa de los Estados Unidos vendría a confirmar que la línea roja que dirige el PCP estaría superando el repliegue forzoso al que hubo que adaptar la guerra popular, que el EPL estaría reorganizándose en mejores condiciones y con mayor firmeza y potencia de fuego y que la caída de la mayor parte de la dirección central del Partido en el 92 y las posteriores traiciones y escisiones protagonizadas por la línea oportunista de derechas (LOD), así como la guerra sucia contra la población de la que se nutría la revolución, estarían siendo superadas.

El MAI saluda la prueba de vitalidad del PCP que la intervención confirma. Remarcamos que este cambio que adquiere la lucha en suelo peruano es precisamente el que ha conseguido evitar el reformismo armado del PCN(m) en su viraje histórico introducido en su línea en el año 2003, renunciando a la guerra popular para acabar integrándose en el sistema parlamentario burgués como su principal valedor. Cuando la Bandera Roja ha dejado de ondear en la cima del mundo siendo sustituida sin lucha por la bandera republicana, es gratificante y aplaudimos que siga ondeando en Perú.

Si el PCP ha podido aprender y salir reforzado de los golpes del enemigo y en la lucha contra todas las LOD, el recodo no habrá sido baladí sino como lo definiera el camarada Abimael Guzmán: “simplemente un recodo, nada más, ¡un recodo en el camino!”.

¡Apoyar la guerra popular dirigida por el Partido Comunista del Perú!

**¡Denunciar la intervención del imperialismo yanqui
y la escalada de represión contra el pueblo peruano!**

**¡Combatir sin cuartel todo reformismo y liquidacionismo
como principales enemigos de la lucha por el comunismo!**

19 de junio de 2008

MAI

Un fantasma recorre Europa...

...Y las viejas familias cierran las ventanas,
afianzan las puertas,
y el padre corre a oscuras a los Bancos
y el pulso se le para en la Bolsa
y sueña por las noches con hogueras,
con ganados ardiendo,
que en vez de trigos tiene llamas,
en vez de granos, chispas,
cajas,
cajas de hierro llenas de pavesas.

¿Dónde estás,
dónde estás?

Nos persiguen a tiros.
¡Oh!

Los campesinos pasan pisando nuestra sangre.
¿Qué es esto?

—Cerremos,
cerremos pronto las fronteras.
Vedlo avanzar de prisa en el viento del Este,
de las estepas rojas del hambre.
Que su voz no la oigan los obreros,
que su silbido no penetre en las fábricas,
que no divisen su hoz alzada los hombres de los campos.
¡Detenedle!

Porque salta los mares,
recorriendo toda la geografía,
porque se esconde en las bodegas de los barcos
y habla a los fogoneros
y los saca tiznados a cubierta,
y hace que el odio y la miseria se subleven
y se levanten las tripulaciones.

¡Cerrad,

cerrad las cárceles!

Su voz se estrellará contra los muros.
¿Qué es esto?

—Pero nosotros lo seguimos,
le hacemos descender del viento Este que lo trae,
le preguntamos por las estepas rojas de la paz y del triunfo,
lo sentamos a la mesa del campesino pobre,
presentándolo al dueño de la fábrica,
haciéndolo presidir las huelgas y manifestaciones,
hablar con los soldados y los marineros,
ver en las oficinas a los pequeños empleados
y alzar el puño a gritos en los Parlamentos del oro y de la sangre.

Un fantasma recorre Europa,
el mundo.
Nosotros le llamamos camarada.

Rafael Alberti

Apdo. de correos 50944

28080 Madrid

mai@nodo50.org

www.nodo50.org/mai